

CUATRO

Caminaban tomados de la mano. Ella estaba cansada y andaba con lentitud, más que cansada, agobiada. Él había sobrellevado bien la jornada, aunque lo dejó insatisfecho. Pero ahora ya estaban en el parque, solos. Bordeaban el estanque artificial, mientras jugaban con las manos entrelazadas, tejidas una con otra. Los dedos de él tintineaban sobre sus yemas, sobre su palma. Ella sonreía, ya que gustaba mucho de esa nimiedad, de ese retozo propio de adolescentes bajo las sombras de algún cine de barrio. Sus manos estaban frías, pero de a pocos, él se las calentaría frotándolas, acariciándolas. Ella se ruborizó, pues tanto jugueteo le avivó las ganas de sentir sus labios en un beso; por supuesto no era ninguna muchachita para intimidarse ante un roce que siempre defendería como muy íntimo, pero no se necesita ser una mozuela para sentirse muy enamorada y colmar de colores el rostro por el ansia. Él notó en su mujer el deseo de ser asaltada por el apasionado furibundo que debía interpretar. La cogió por el talle, rodeó con sus brazos su cintura pequeña, ceñida, y acercaron sus rostros, sus labios, logrando que el tiempo por más de un instante se detuviera. El beso duró lo que tarda en aparecer un segundo o recorrerse un milenio, porque el tiempo de los amantes es singular, es privado. Siguieron la senda que los alejaba del parque sin ganas de apresurar el paso, con parsimonia, deleitándose con las tinieblas de esa noche sin luna ni estrellas, con la niebla enredándose en las copas de los árboles, con el rumor del viento silbando a los

oídos tonadas imperfectas pero frescas, dejando atrás el golpeteo del agua sobre el bronce de la fuente central, respetando el dormir de los animales del día que ocultaban sus gracias por la noche, sin prisas, reanimados, convencidos de que un beso leal puede corregir un día, salvarlo.

Los olivos que aún no reconocía, seguirían decorados como las calles y las casas hasta Bajada de Reyes, por lo menos, le había susurrado ella, cuando al regresar a la casa creyó oportuno desarmar tanto derroche navideño de la sala. Por fortuna, ya estaba por iniciarse el veintiséis y dejarían de escucharse los villancicos de espanto a través de las ventanas. Tres casas hasta la noche y atender por la mañana a cuanto gahnápiro se creyera con derecho de importunar su feriado, resultó demasiado. Había terminado por aceptar que la Navidad debía ser ridícula y artificial; pero detestaba la imposición de amor que surgía entre todos al darse apretones y abrazos. Los conocidos se comportaban como amigos por vez primera en el año y los amigos no se daban cuenta de que bastaba una mirada para saber que el afecto era fraterno y sincero. El exceso le fastidiaba porque es sinónimo puntual de afectación y falsedad. Al final el cojudo soy yo, pensó en voz alta para su Catalina. No te discuto, mi amor, le dijo ella con sorna, estampándole un beso en la mejilla, sacando las llaves, entrando a la casa, al dormitorio, a la cama.

Se durmieron rápido porque no había otra forma de coronar el día; pero Joaquín se adormeció con sobresaltos, inquieto. En la madrugada, en plena penumbra, abrió los ojos para no cerrarlos hasta el alba. Se levantó procurando no despertarla, ni siquiera agitarla. Hacía unos días que no podía dormir bien. Aquel Juan Manuel Chávez de la universidad lo tenía tan desconcertado que experimentaba miedo después de mucho tiempo. Demasiado había pasado para encontrar al joven Ramiro de Chaves disfrazado de profesor universitario y escritor incipiente. Sentado a la barra de la cocina, mirando su árbol enano y robusto al otro lado de la ventana, se sirvió una taza de té, jaló dos tostadas de una bolsa, que al poco cambió por un trozo de pan de leche, y jugueteando con una cuchara sobre la mayólica de factura artesanal que orlaba el mo-

blaje, se dejó arrastrar por múltiples pensamientos, mientras la cuchara castañeteaba sin intermitencias, brindándole sosiego. Se había reservado contarle a su mujer su encuentro con aquel inesperado, porque prefería presentárselo como una revelación inusitada y no un simple conocido; al fin y al cabo, se reunirían nuevamente mañana y ahí lo invitaría a la casa. Demasiado tiempo acaba con cualquier esperanza, pero en esa madrugada, Joaquín quiso pensar, aunque con total tristeza, verdadero dolor, que ya estaba cerca el momento de terminar y despedirse. Mal momento, pues el amor lo tenía dominado y liberado a una sola vez, cuando ya la amistad lo había empujado a dejar la vida errante y asentarse definitivamente en un buen lugar, y cuando muchos en Lima o en provincias creían que él podía gobernar el país, si bien no tenía siquiera los documentos en regla ni papeles precisos, convencido de que confesar tal nadería a una sola alma era una maldad decepcionante.

Sintió frío a pesar de que la estación comenzaba a manifestarse en haces de luz entre los árboles. Pensó recalar en su estudio a leer algunas cosas por ordenar sus ideas, a recobrar el placer primitivo del rumor de las hojas y el olor de lo rancio en el papel, envuelto entre la calidez y la inercia de sus estantes tallados en madera; pero eran las cuatro de la mañana y los días por venir serían cada vez más largos. Entró a la habitación, silencioso, descalzo sobre la alfombra se allegó a la cama, acomodándose en el colchón con sigilo y cubriéndose con la colcha y el edredón sin agitarlos demasiado. Pese a su cuidado, Catalina advirtió tanto movimiento y no tardó en posar con delicadeza su mano sobre él. ¿Por qué te fuiste?, le preguntó como desde lejos, con una voz prestada. Joaquín se acercó a ella, la cubrió con un abrazo y al aproximar su rostro a sus labios, notó que estaba dormida de nuevo, pegado su perfil a la almohada, muy quieta, silente y apartada.

Al entrar en el cuarto, la luz del sol los encontró envueltos entre las sábanas color marfil, simulando una mitología bicéfala con cuerpo de lino y satén, plegado y sinuoso. El repiqueteo de tambores del despertador no logró despertarlos, tampoco la llegada de Rosita con su bullicio de trastos y servicios, pues continuaron durmiendo un tiempo más, sin atender a las horas que peleaban

fuera de la habitación por imponerse sobre el ritmo de los hombres, indiferentes a las agendas y los horarios, como si un lunes valiera lo que un sábado o un domingo, como si un sábado o un domingo valiera lo que un lunes.

El desayuno estaba servido antes de que se aparecieran por el comedor. Rosita seguía correteando como una hormiguita en su primer día de trabajo, alegre y laboriosa. Saludó con deferencia a Joaquín, quien no terminaba de arreglarse la corbata. ¿Qué tal va tu primer día?, le preguntó, a manera de respuesta. Muy bien, señor, le refirió ella, viendo llegar a Catalina a la mesa. Alta y esbelta, muy bonita, muy señora, pensó, mientras le reiteraba su gratitud y afecto por acogerla esos meses, presurosa por consultarle algunas cosas que no comprendía del arreglo de la casa.

Rosa Páucar había nacido hacía veinte años en Catacaos. Era bajita y rechoncha, de gracia y chispa natural, rápida de mente y también de acción. Alegre, responsable y honesta, eso ni dudarle, les aseguró Zulema el viernes por la tarde, cuando la llevó a la casa de Pallardelle. Me da una pena dejarla; pero como va reiniciar sus estudios de computación, no podemos traérnosla al viaje. Rubén dice que así es mejor, en fin. Trátenmela bien.

En menos de dos semanas, Joaquín Medina se había asentado en una casa, contaba con un chofer y además, una muchacha. Qué lejos estaban los días en las afueras del Cuzco, oculto en una covacha infecta, mendigándole a la naturaleza algún sustento. Por supuesto que esos días eran lejanos; sin embargo, estaban más apartados de lo que el tiempo intuía. Tantas veces se había abandonado a la condición de bestia que, ahora, con un traje oscuro de fino corte y reloj en la muñeca, deleitándose el paladar con excelencias, le costaba ubicar entre muchos hechos de su vida una correspondencia. Juzgaba que había vivido varias vidas aglutinadas en una sola, mal metidos los recuerdos de éstas en una sola mente, oprimidos entre sí dentro de un recipiente que les quedaba muy pequeño. Como a jirones de plastilina de múltiples colores, amarillo, verde, azul, blanco, negro, violeta o carmesí, les reconocía linderos y diferencias dentro de un continente, pero entrecruzados y revueltos, sus fronteras compartían matices sin constituirse mejor

supremacía que la diversidad. Blanco: mugre e indigencia. Verde: conquistador timorato. Carmesí: Aprendizaje y amor. ¿Cuál era el Joaquín de ahora, frente a todos los joaquines que había sido? No recordaba que calentando a fuego lento los plásticos flexibles, éstos se van licuando, derritiendo, prestándose los colores que antes los distinguían de los demás, hasta que al final, convertidos en una sola pasta de tonalidad nueva y singular, con la adición de cantidades y cualidades de cada elemento, el conjunto volvería a exhibir, fuera de procesos y variados usos, lo que había sido en un comienzo: unidad.

Se levantaron de la mesa, luego de revisar todo lo que tenían para el día. Joaquín le dio un beso en la mejilla izquierda, otro en la comisura derecha de sus labios y finalmente, un beso que le rodeó a Catalina la boca entera. Traviesos y alegres, se prestaron sonrisas antes de abandonar la casa y despedirse ante el Mercedes negro, donde Pedro, leyendo en el asiento trasero un diario deportivo, lamentando las fechas sin fútbol, enterándose de tonteras pasadas sobre voley o tenis, lo aguardaba desde el inicio de la mañana.

— Buenos días, señor Medina —le dijo, apresurándose a tomar su sitio tras el timón, en el asiento de adelante.

— ¿Cómo está, Pedro? ¿Qué tal la Navidad?

— En casa con la familia, los niños; usted sabe. La Navidad es una fiesta para los chicos.

— ¿Cuántos tiene?

— Son sobrinos, señor Medina, mi esposa y yo no tenemos hijos. Compartimos con mis hermanas la misma casa y pasamos todos juntos las fiestas. Nosotros no... no podemos...

Pedro suspendió la plática, dobló su periódico y lo guardó con el permiso del señor Medina en la guantera. Se colocó el cinturón de seguridad luego de acomodarse el traje, un tanto viejo y bastante deslucido, y, repuesto, volvió la vista atrás para culminar la frase: Ya los tendremos, ya verá.

Ahora escúchenme: Hay un pigmeo que pretenderá, al igual que tantos otros, la Presidencia. De él se dice que es desprendido, inteligente, noble, sensato, en suma, un buena gente con habilida-

des. Sin embargo, el Presidente seré yo, pero no quiero sorpresas desagradables en el camino. Es un rival peligroso, porque sí, merece franco respeto y, por supuesto, también es digno de merecer el nuestro; mas no confundamos, una cosa es respetar y otra competir. Con Aliaga y el insufrible Pando de la Jara, lucharemos de frente, con otras armas. Compartimos con ellos la misma vitrina y no podemos arriesgarnos a que se rompa el vidrio de nuestra marquesina común. Pero este catedrático de San Marcos, maestro de escuela en otro tiempo, va a recibir nuestra estima a viva voz y nuestras verdades por escrito. No imaginan ustedes cuánto puede esconder este caballero. Nada ilícito, claro está, y no estamos aquí para inventarle sandeces; pero con lo que intuimos, basta para demolerlo. Es demasiado extraño lo que viene arrastrando. Pero mantengamos por hoy quieta la paciencia, muchachos, tan sólo quiero que se entremetan donde nadie los va a llamar, indaguen otra vez en la vida de Joaquín Medina, pues es urgente actualizar y mejorar nuestras informaciones. Vayan, fortalezcan esta candidatura; y no olviden que el trabajo que hacen por mí, lo hacen por ustedes.

La ciudad de Lima había despertado horas atrás, apresurada y confusa. Por el contrario, el tráfico que hace imposible acelerar la marcha en la avenida Arequipa hasta cercanas las nueve de la mañana, ya se había disuelto. Así, el auto podía movilizarse con menos dificultad, aunque entre las *coasters* que se pelean los pasajeros que no pretenden subir a ellas, los transeúntes que cruzan las pistas sin atender al semáforo porque les interrumpe su prisa y los policías que por no cuidar las calles desempolvan sus silbatos y contradicen según sus antojos el verde o el rojo de las luces, justificando sus sueldos de menosprecio en mayor eficacia, cualquier cosa era posible. Porque en Lima, a las nueve, a las once de la mañana, a las cuatro de la tarde o en la noche o la madrugada, cada cual hace lo que le da la gana.

El auto bajó por Diagonal, al lado del parque Kennedy, tomó Benavides y luego enrumbó en dirección a Larcomar. Cercano a librería *La casa verde*, Joaquín le indicó con un gesto a Pedro que se

detuviera; animado, le informó que aún quedaban varios minutos, es decir, un par de títulos. Revisó las dos mesas ubicadas en el centro del local y hurgó buscando alguna novedad interesante, pero nada llamó su atención. Examinó en los estantes y ubicó un libro nada reciente que siempre dejaba de comprar: *Caracol Beach*, de Eliseo Alberto. Lo hojeó como tantas veces y esta vez sí, en la semana se haría el tiempo, lo leería, como había leído *La eternidad por fin comienza un lunes* o *La fábula de José*, recomendados, como la mayoría de obras en los últimos meses, por David. Más tarde lo llamo para saber qué ha traído de nuevo, se dijo al salir del local, sabiendo que el tiempo no le daría para pasar por su librería y, menos aún, quedarse a compartir una botella de tinto. Pedro le abrió la puerta trasera del auto y retomaron la ruta sin cruzar palabra, cada uno atento a lo suyo. El hombre es un animal de costumbres, Joaquín; tanto refunfuñar contra la propuesta de un chofer y ya te andas acostumbrando a todos los hábitos que esto impone, le diría sin ninguna malicia algún buen amigo que reparase en la escena, sincero y divertido. Llegaron en un instante al Marriott Hotel, donde el portero lo saludó con respeto excedido, rastrero. Joaquín detuvo su marcha y se plantó frente a él. Leyó la pequeña placa, blanca, que resaltaba sobre su uniforme plumizo de ribetes dorados. Rómulo Cáceres, ¿cierto? Sí, señor. No pierda en su trabajo la dignidad, para que lo respeten. Sí... señor.

Joaquín se acercó a saludar a Tomás que seguía como siempre ajetreteado tras el mostrador de recepción. Desde hace un rato lo esperan, señor Medina, indicó, atajando sus apuros, con su habitual cortesía. Juan Manuel estaba sentado en uno de los sillones de cuero que alrededor de una gran mesa de metal y vidrio, articulan la decoración del vestíbulo del hotel. Se puso de pie apenas vio llegar a Joaquín, alisando maquinalmente su mejor traje, bien planchado y limpio. Joaquín vio su figura como un contraste penoso frente al lujo del lugar; sus ropas envejecidas y modestas, sus zapatos lustrados con esmero pero bastante trajinados, le hicieron pensar que citarlo a desayunar en ese sitio no había sido muy buena idea, tal vez le incomodaba, le restaba tranquilidad, pues lo había obligado a esmerar sus cuidados, a confrontar su reali-

dad con la suntuosidad. Al querer halagar, acaso había terminado por intimidar. Viendo a Juan Manuel, de pie, sonriente, venciendo su timidez como ya lo había hecho en el cafetín de la universidad, ahora alisando su corbata, deshaciendo el nudo antes que componiéndolo, sintió reafirmada su propia simpleza, se le reanimó su postergada nostalgia.

— ¿Cómo estás Juan Manuel? ¿Qué te dejaron las fiestas?

— ¿Cómo está profesor? Un gusto verlo de nuevo. ¿Las fiestas? Gastos, como a todos, creo.

— Oye hombre, en vez de tostaditas y jugo, tal vez prefieras un anticipo de almuerzo. Ya no es tan temprano. ¿Un tiradito de mero o choritos a la chalaca?

— Lo que sea, profesor; mi interés es hablar con usted, qué importa el sitio.

— Cierto, no sé por qué te he hecho viajar hasta acá. ¿Me dijiste que vives en el centro?

— Sí, profesor, en el centro, en Conde de Superunda. Pero no queda tan lejos.

— Una nada visto con paciencia; pero muchas veces el tráfico todo lo estropea. Francamente mantienes un buen ánimo Juan Manuel a pesar del trayecto, así que aprovecha a dejar por fin el usted y llamarme Joaquín. Ambos estamos bastante maduros para que insistas en profesorearme, terminaré creyendo que es un afán tuyo por aminorarte la edad.

— No, claro que no.

— Entonces, prefieres otra cosa.

— Sí, mejor.

Salieron juntos del hotel, entraron en el auto y emprendieron el camino a un restaurante cercano dialogando sobre la Capital, sobre lo fea que se ponía cada vez, acotando siempre uno o el otro, que igual de desgraciada la querían, como a esas mujeres bellas en la mocedad que con los años terminan hechas un esperpento, pero que no se pueden dejar de apreciar ya que son el reflejo permanente del esperpento que uno mismo llegó a ser, porque si de amadas y amantes pasaron a cómplices y compañeras, merecen ser queridas y cómo no, querer. Se puede dejar Lima y a la distan-

cia, extrañándola, seguir estimándola, dijo Juan Manuel. Ya lo hice una vez por muchísimo tiempo; pero no pienso volver a dejarla por algún otro lugar. ¿Por qué? No lo sé muy bien, y lo digo en serio. El día que me marche de aquí será para emprender mi último viaje. Yo no tengo niños que me aten y la mujer con la que vivo, la que me da vida, sería mejor decir, no tendría muchos problemas para comenzar en otro sitio; pero sabes, ya no es el tiempo de partir, comentó con sinceridad, omitiendo mencionar los imperativos de la candidatura porque sencillamente no la tenía presente, no la había considerado en su reflexión.

Entraron a un restaurante que recién comenzaba a abrir sus puertas, vacío y escaso de meseros. Tomaron una mesa cercana a la ventana, donde los cristales despedían una fragancia a limón que desagradó a Juan Manuel y gustó a Joaquín. Aprendí a gustar del olor a limpio, le dijo. Yo prefiero la limpieza sin olor, le respondió Juan Manuel sonriendo, sin pretender mudarse de mesa.

— ¿Qué más sabes de Ramiro de Chaves?

— No mucho más. Tuvo dos esposas diferentes, una indígena y una española que llegó a América a reemplazarla. Mi abuela recuerda que el abuelo contaba a veces con orgullo y, las más de las veces, con desprecio, que descendemos de la india Sebastiana Yarovilca, nacida en lo que hoy es Cutervo. No era rico, pero sí disfrutaba de la suficiente holgura para conservar amistades y engendrar envidias, como le conté; sin embargo, nada dejó a su primera esposa. La abuela dice que se casó con ella. ¿Usted cree?

— Supongo que no; pero prosigue.

— No, prosiga usted, profesor. Compléteme la historia.

— Ramiro de Chaves escuchó muy mozo los sueños de Francisco Pizarro y cayó rendido ante sus desvaríos de tierras y riquezas. La verdad es que tu antepasado era un bisoño temeroso, inmaduro e irritante. En la toma de Cajamarca dudó mucho sobre qué hacer: o participar en el ataque suicida o alejarse corriendo de ahí. Claro que no era el único que tenía dudas. Un hidalgo, bueno, hidalgo es un decir, le dio vuelta a su caballo y decidió marcharse de esa plaza. Tu Ramiro de Chaves viró hacia él, éste le estiró el brazo para que montase también en la grupa del animal;

pero no lo hizo, mantuvo el gesto a manera de despedida y el otro huyó de allí, quedándose con una última imagen: Numerosos, incontables indios corrían atrás de Ramiro, quien se mantenía impertérrito mirando hacia el norte, de espaldas a la matanza. Cualquiera desde la ubicación del huido habría pensado que estaban eufóricos; sin embargo, no era así, todos escapaban aterrorizados. Es lo único que hasta hace poquísimo sabía de este ancestro tuyo.

— ¿Cómo llegó a saber todo eso? ¿Existe alguna crónica de ese hidalgo o algún escrito? Yo he buscado en muchos archivos y aunque aparece un Rodrigo de Chaves en el reparto de oro en Cajamarca, me refiero a los papeles de Sancho de la Hoz como usted sabe, y otro Chaves llegado después con Almagro y asentado en Jauja, lo que se puede rastrear de sus biografías no corresponde a lo que se me contó toda la vida.

— ¿Anulado tu ancestro como si hubiera muerto antes del momento de gloria o cometido una falta mayúscula que lo ilegitimase?

— Sí, así es. Pero, ¿lo suyo?

— A través de la memoria. Tus abuelos y ellos de los suyos, guardaron esa historia que ahora atesoras entre tus recuerdos. No sólo los archivos conservan el pasado, Juan Manuel. Así también ocurrió conmigo.

— Muchas veces creí que ese relato tan repetido cuando niño y también de adulto, no era cierto. Locuras del viejo, pensé, porque sí, estaba un tanto chiflado. Sin embargo, usted me afirma que existió. Puede parecerle una ridiculez alegrarme con ese antepasado; pero me alegra no por su estirpe española o por ser uno de los conquistadores, acá no hablo de linajes ni blasones, sino, la emoción brota espontánea al advertir la veracidad de ésa y tantas cosas que el abuelo contaba, al descubrir en las necedades antiguas la lucidez y la memoria familiar.

— La verdad no debe preocuparte; ya deberías saberlo si pretendes logarte como escritor, según me confiaste la semana pasada, Juan Manuel. No debe preocuparte más que el creer en las verdades de las historias mientras están despiertas y alegrarte del eco que perdura cuando están dormidas.

— Ah, profesor, le traje un obsequio, modestísimo de veras. Es lo que escribí hace un tiempo. Espero que lo disfrute.

Joaquín abrió el sobre de manila y encontró en él cuatro carillas escritas a computadora. Leyó el título en negritas: “Siempre es de noche”, y luego de tres cortas líneas de dedicatoria, prosiguió: *Te despiertas cansado. Los rayos del sol matizan las sombras que envuelven tu habitación...* Gracias, le dijo.

Los platos demoraron en servirse, tanto como tardaron en ser pedidos. No había apuros ni impacencias, el mundo podía esperar.

— Mi razón daba por sentado que Ramiro de Chaves había muerto la misma noche de Cajamarca; pero no fue una intuición, sino una esperanza, una ilusión, lo que me llevó a indagar sus pasos bajo un destino distinto: haber salido airoso y con vida de tantos sucesos. Cuanto me has confiado es cierto, la Historia no conserva nada sobre su existencia, antes, durante o después de la toma del Inca. Su nombre no figura en ningún documento y, por supuesto, ni Rodrigo ni Pascual, el de Jauja, son máscara de tu ancestro. Pero, Juan Manuel, hoy como el jueves pasado, me está pasando casi lo que me ocurrió con mi Catalina... ya la conocerás, iremos un día a casa a almorzar y dialogar sobre éstos y otros más intrascendentes temas. La conocí hace ya tiempo en las esporádicas visitas que hacía a Lima; pero, como un caballero andante, necesitado de imponerme un amor para proseguir mis aventuras, pensé que podía acceder a mujeres más bellas y a otras no tanto, unas menos brillantes y otras a su altura, a unas más modestas o por qué no, más orgullosas, a cualquier otra mujer, en fin; mas no a Catalina, pues tantas circunstancias nos habían jaloneado siempre hacia delante y atrás, que compartir con ella mi vida, sinceramente tanpreciado a mí, parecía una aspiración de ensueño que no correspondería con la realidad. Y ya ves, esto que al parecer no ocurriría, que ya no lo tenía considerado, aparece, me sacude y me atrapa.

— ¿Tanto significa para usted lo que me contaba el abuelo?

— Es que, Juan Manuel, cuando el hidalgo huyó, se impuso una vida de exclusión, de pesares y tormentos, de ostracismo, que por supuesto no pudo imaginarse ni vislumbrar; pero se lo impu-

so a sí mismo. Cosa muy distinta es arrastrar a otro, alguien más inexperto, que confía y respeta tus palabras, hacia la muerte o a una soledad interminable. No creo ahora que cada uno puede hacer con su vida y su cuerpo lo que sea, hay venturas que uno debe procurarse; sin embargo, incrustarle a quien cree en tus palabras, en tu buen nombre y juicio, el único mal que con certeza existe: la dilatación del tiempo, es una crueldad que pesa demasiado en la existencia.

— ¿Con mis recuerdos está redimiendo sus recuerdos?

— Algo así.

— ¿Mi antepasado redime al suyo? ¿Qué clase de culpa vivió su ancestro, para que usted se empeñe en encontrar una respuesta después de tantas generaciones?

— Hubo un tiempo, Juan Manuel, en que la muerte de una persona entristecía, indignaba. Hoy nos hemos acostumbrado a los cadáveres y si bien el genocidio no es un invento moderno, antes la muerte no se digitaba ni se contabilizaba por estadísticas. Hasta las guerras eran viriles, motivadas por un ideal, nefasto o glorioso, pero un motivo y no la ignorancia las impulsaba. Cada difunto tenía un nombre y el resto del grupo se afligía, pues no lo tendría más. La indiferencia siempre existió; pero también la congoja. Ramiro de Chaves fue y aún sigue siendo una pena honda, porque sin decidirlo, parecía haber sido arrastrado no a la muerte, sino a una muerte en vida, a la soledad sin tiempo, al repudio de los suyos, tan mozuelo, tan crédulo, tan espantable.

— Me gustaría conocer el escrito que narra todos los avatares de su ancestro.

— Te repito que es la memoria la que todo conserva, Juan Manuel; como ocurre también en tu caso.

— ¿Tiene alguna idea de por qué Ramiro de Chaves no figura en ningún documento?

— Hay una falta de por medio que nadie perdonó a pesar de los años, porque si estuvo en Cajamarca y no huyó de la plaza como me contaste el jueves pasado, no tendría validez suficiente su exclusión.

— Vuelvo a preguntarle, profesor: ¿Se habría casado con la india Sebastiana Yarovilca?

— Lamentablemente sólo podemos conjeturar, aunque sigo creyendo que no. Sé que consideras aquello como una posibilidad indestructible; pero pretender borrarlo de toda memoria como a un cobarde traidor...

— ¿Ése rótulo merece el hidalgo que huyó?

— Tal vez merezca otros más. Pero, por el contrario, quien partió su brazo contra un enemigo superior, altivo y fuerte, debió recibir un trato mejor a pesar de un matrimonio censurable por la ley social, aquélla de los caprichos y las arbitrariedades.

— ¿Entonces?

— ¿Entonces? Entonces tenemos trabajo —le dijo Joaquín, levantando una copa de vino blanco.

— ¿Vamos a investigar?

— Investigar sería imposible, mi buen amigo, sé lo que te digo. Pero podríamos hacer algo mejor: reconstruir una vida.

PASADOS YA TANTOS Y TANTOS MESES, ESTOY SEGURO DE QUE SIN UNA PALABRA SOBRE SU VIDA, SIN PRONUNCIAR, CONFESAR, COMPARTIR NI OTORGARSE, JOAQUÍN ME REGALÓ ESTA NOVELA, QUE NO SE OCUPARÍA EN RECONSTRUIR A RAMIRO DE CHAVES, PORQUE ÉL SE HABÍA MUERTO Y YO ESTABA CON VIDA, DESPEJANDO LAS BRUMAS DE SU HISTORIA, SINO, A JOAQUÍN MEDINA.

— ¿Sugiere reconstruir la vida de Ramiro de Chaves? O, mejor aún ¿recuperar la vida del hidalgo? ¿Cómo se llamó?

— ¿Quieres sorprenderte? El nombre es Joaquín Medina.

— Igual que usted, profesor.

— No me digas profesor, Juan Manuel, Joaquín.

El diálogo transcurrió sobre otros temas, sobre otros intereses. La comida se acabó y la despedida debía interrumpir las palabras comunes hasta el día siguiente en el aula de San Marcos. Sí, mañana nos centraremos en la toma de Cajamarca, le ratificó Joaquín, mientras salían del local. Juan Manuel decidió caminar por un rato, recorrer las calles vacías durante la hora del almuerzo. Parado en la vereda, luego de un apretón de manos y unas palmadas en la espalda, contempló al Mercedes negro partir recto por la avenida

y perderse entre la neblina de la ciudad, lechosa, espesa a pesar del mediodía, a fines de diciembre, a inicios del verano.

Richard y Viviana aguardaban en casa a Josefina a secas, pues como siempre, ella tenía que tratar asuntos muy importantes y urgentes. Por supuesto, la pareja no atendió tanto a esos imperativos cuando le dijeron que sí, vente para acá que te esperamos, como el agrado que sentían al ver de nuevo a ese ventarrón de vida y entusiasmo. Richard era un tipo serio, que había hecho del orden y la organización una forma de vida, mientras que Viviana siempre fue capaz de improvisar en la cotidianidad, dejar para mañana lo que tendría que hacer hoy e inventarse malestares si quería pasarse la tarde mirando un estanque con peces de colores o las nubes haciendo figurines de algodón en las alturas o buscando la imperceptible línea que divide en la lejanía el mar del cielo o ahora, darse una escapada con su esposo, quien aprendió a desocuparse, a postergar lo urgente por lo importante. Así, Josefina a secas era para ambos un buen motivo para aguardar en casa. Claro que, meses atrás, a Richard poco le agradó la idea de esa jovencita revoloteando alrededor de su oficina, cuando Joaquín la propuso como parte del equipo de trabajo para las elecciones; pero si bien el futuro candidato tenía el derecho de sugerir alguna persona de su aprecio o de su confianza, tomarla en cuenta no dependió tampoco de un escalafón más arriba en la organización, sino de su esposa, quien descubrió en ella a quien había sido cuando estudiante.

Llevaba el cabello recogido, exhibiendo unas orejas puntiagudas que escapaban de su rostro en direcciones opuestas. Estaba de pie, con los talones juntos como un militar en revisión si no fuera por el *jean* maltratado, descolorido, la blusa ceñida transparente el *brasier* de encaje y una amplia sonrisa que mostraba sus dientes blancos como su blusa y sus ánimos, cuando le abrieron la puerta de la casa y le dijeron qué gustazo verte, pasa.

Se sentaron en los muebles de la sala. El decorado navideño, aunque austero, todavía permanecía: un papanoel mecánico, un arbolito copado de bolas de colores y estrellas de plástico o cartón y un pesebre rústico elaborado en madera; sin embargo, ningún

cerro verde de papel ni animalitos de arcilla ni cartelitos de *Merry Christmas* o feliz Navidad. La sala parecía un escenario de disputa entre el desborde y la contención, con sus paredes enfrentando al crema con el azul y los bronce opacos frente a las caobas brillantes por el barniz. Con vinos al tiempo bamboleando en copas, pasaron rápida revista a los lugares comunes de la Navidad, aunque antes de terminar, Josefina a secas reveló que le seguía gustando a pesar de tanto negociado y falsedad. ¿Por qué?, preguntó Viviana, olvidando a la jovencilla crédula que fue. Cuando era chica, mi viejito traía siempre el veinticuatro a la noche una rosca gigante rellena de manjar blanco y bañada con chispas de chocolate, porque a mi no me gustan las pasas ni las frutas confitadas del panetón. Muchas veces fue el regalo más apreciado entre todos los que recibía en esas fechas, empaquetada como un obsequio comprado en tienda; pues la verdad, me daba mucha alegría sentarme a la mesa con todos y tomar chocolate cuzqueño bien caliente en pleno calor, devorándome mi enorme dulce. Mi padre falleció hace cuatro años; pero en aquella Navidad dejaron a la puerta de mi departamento la rosca de toda la vida y así, cada año sin falta. La Navidad pasada me enteré que mi tío Ricardo era el caballero galante de mis recuerdos. La Navidad sigue siendo para mí, aunque ahora prefiera pasarla sola, el momento del dulce en la madrugada sin que nadie me apure para acostarme y dormir.

— ¿Pasas la Navidad sola?

— Sí.

— ¿No te da un poco de pena, sabiendo que todo el mundo anda reunido?

— No, para nada. Se está solo y feliz cuando sabes que a muchos les agradaría tu compañía. Si es una elección, ¿cómo va a dar pena?, Richard.

— Yo me pondría melancólico.

— Claro, Richard. Cómo pasarla solo teniendo a Viviana. Si yo tuviera alguien a mi lado, tampoco la pasaría sin su compañía. No sé, nos hemos acostumbrado a que ese día junte a todos los que se quieren en una sola casa... a veces parejas o familiones; pero mis padres ya no están y por más encantador que sea mi tío

Ricardo, él tiene su propia familia, en la cual, como sobrinita des-cocada, no encajo. Al fin, la Navidad es para mí el dulce tras la medianoche, con eso basta.

— Cada uno tiene su propia Navidad, ¿no?

— Creo que sí, Vivi.

Pasaron a la mesa, donde unas causitas rellenas de cangrejo y verduras les aguardaban. Richard preguntó sobre lo muy importante y lo muy urgente.

— Es por Joaquín, Richard.

— ¿Qué ocurre con él?

Josefina a secas refirió sus intuiciones, que para eso era buena, apuntó. Refirió el diálogo que tuvieron en el parque, en el centro. Lo notaba inquieto; es más, algo le aqueja y me parece serio, les dijo sin aspavientos.

— El domingo antepasado, Catita me dijo que notaba a Joaquín como si tuviera algo pendiente, entre preocupado y distraído.

— Viviana, él va a tentar la Presidencia del Perú, sigue empeñado en dar sus clases en San Marcos y recién está haciendo una vida de pareja, después de hacerle esperar mucho a sus buenos deseos. ¿No creen que eso basta para turbar a cualquiera?

— Richard, no tiene que ver con eso —interrumpió Josefina a secas.

— ¿Con qué, entonces?

— No quiere postular.

Sobre la mesa se volvieron a posar los cubiertos y las copas dejaron de bambolearse en el aire para quedar suspendidas y estáticas. Luego de algunos días, alguien se había atrevido a defender lo que era evidente.

— Y no sólo eso —prosiguió Josefina a secas—. Quiere huir de todos y por supuesto, huir de aquí.

— Estás equivocada, eso no es posible, no es así —rectificó Viviana, sin convicción.

Josefina a secas cogió su copa; pero no bebió de ella, tan sólo se empeñó en juguetear, comenzando con una caricia a sus bordes, luego balanceándola sobre su base, delineando círculos invisibles, efímeros. Vivi, piensa un rato, recuerda. Lo que digo no es

ninguna ocurrencia, insistió, columpiando la copa hasta que su torpeza pudo más y la quebró contra la mesa, tiñendo en un instante el mantel bordado, colmando el ambiente con un perfume intenso y ácido, esparciendo finísimas esquirlas de cristal sobre la madera intacta. Josefina a secas alejó las manos del vidrio quebrado cuando confundió con sangre las chispas de tinto sobre sus dedos. La mancha pareció detenerse al culminar su dibujo informe de nube escarlata sobre un cielo blanco y brocado. Perdón, dijo, intentando no jugar con el mantel inservible.

Richard y Viviana compartieron miradas, sonrisas, y decidieron que nada de eso debía ser cierto.

— ¿Qué? Se cayó, pues.

Se levantaron todos de la mesa, intentando hacer algo por limpiar; pero seis manos sobre una mancha se estorban y, al final, apareció doña Carmen a solucionar todo. Ya está, señora, indicó, acercándose al grupo que se había marchado a la sala a contarse anécdotas, a reírse, mientras más decidido estaba de olvidar la entera ocurrencia de Josefina a secas.

No te preocupes, hija. A Joaquín no le pasa nada, ni duda de nada. Él está bien con lo que quiere, afirmó Richard, tratando de persuadirse antes que a su esposa o a su amiga. Alargaron la despedida hasta que tocó el timbre el chofer del taxi que Viviana había pedido por teléfono. Josefina a secas se negó, prefería caminar un rato, por eso había dejado el auto en casa. Estirar las piernas cuadra tras cuadra, andar sin apuros entre gente desconocida con el barullo persistente de la calle y los comerciantes pregonando sus chucherías como compañía, podría ser lo que necesitaba para aquietar sus ideas.

Lima es una ciudad grande o pequeña, según quién o cómo se mire. En ella todos los días corretean muchas, demasiadas personas. Desconocidos, conocidos, amigos, parejas o amantes, recorren calles sin cruzarse, sin detenerse a pensar siquiera que muchos más hacen lo mismo y que las posibilidades de encontrarse con la persona ideal, el sueño de toda una vida, son inmensas mientras continúe atándose los pasadores a la vuelta de una esquina o parada frente a un puesto de revistas cercano, como también, que la

persona que nunca se debió conocer, aguarde en la cuadra siguiente, sin imaginarlo, sin saberlo. En esas calles, libres de apuros o compromisos, deambulan como tantos otros, Josefina a secas y Juan Manuel; claro que están en distritos distintos, pero limítrofes al fin, y bien podrían encontrarse si esta historia lo permitiera, acercando sus caminos bajo un árbol o burlando un semáforo en rojo; mas el relato sólo admite que sin conocerse ni imaginar que el otro existe, poquito que es bastante comparten, porque Juan Manuel no quiere complicaciones con una belleza monumental si tiene una novia, vejez con viruela diría alguno, pero tiene una mujer a la que ama aunque no la halla mencionado en conversación alguna, y Josefina a secas prefiere pasar las navidades sola y más aún, eso de volver a explicar por qué lo de a secas y no Josefina nomás, sería un mayúsculo esfuerzo. Por todo aquello, a esta historia solamente le basta contar que ambos, no obstante recorren calles semejantes en distritos diferentes y siendo, como son, personas tan distintas, sus pensamientos tienen un destinatario en común. Joaquín, que abandonó junto a su Catalina una exposición fotográfica para encerrarse a preparar su clase del día siguiente sobre la toma de Cajamarca, tampoco puede suponer que estos dos desconocidos piensan en él. Aquélla, con una preocupación creciente, porque no está convencida de la negativa de Richard y la vacilación de Viviana. Aquél, paladeando el aprecio y la admiración, la complicidad que surgió con un almuerzo. No cruzarán caminos, pero sí compartirán pensamientos, porque Joaquín sin saberlo, tiene a más de uno pendiente de sus días, mucho más de uno, como tantos otros que sin intuirlo, están pensados en Dasso, B. Leguía, Manuel Ramírez, Mosconi, Arequipa, La Marina o Pallardele.

La tarde, corta y apresurada, se retira para dar paso a la noche. La gente sigue andando, otros van en auto y los más, en micro o en *combi*. Pero Josefina a secas prosigue, cuando Juan Manuel ya de las calles se ha marchado. Ella camina inquieta, sin saber con certeza qué hacer, pues teme por su amigo, teme genuinamente.

Joaquín Medina, luego de un par de horas sentado en su estudio, realizando un trabajo infructuoso sin poder concentrarse frente

a variedad de apuntes y escritos, reclamándole a su memoria equilibrio ante los hechos que desencadenaron los sucesos más calamitosos de su existencia, necesitó huir de su casa, estar completamente solo. Sentado sobre las menudas piedras que cubren la playa del añejo balneario de La Punta, con el rumor del agua arrastrando guijarros como el viento hace con las hojas muertas en otoños verdaderos, con la luz de luna en su cuarto menguante matizando de plata su traje negro, sin mucha gente recorriendo el muelle próximo, sólo parejas de amantes o algún grupete de entusiastas bebedores que encuentran en la brisa marina una metáfora de la libertad, sin la compañía de Pedro que fue ya enviado a casa porque la soledad no necesita a alguien esperando en el auto para llevársela a descansar, contemplaba el mar con ansiedad porque su inmensidad, finita pero lejana, era lo más parecido a su perpetuidad.

Sabía que una etapa de su vida estaba por culminar. Como una bola de nieve que se agiganta al desbarrancarse en picada, con imprudencia había tendido demasiados lazos como el enlace con Catalina, una apreciable cantidad de amigos y una enormidad de conocidos. Había descuidado su invisibilidad, que debía ser norma, llegando al punto extremo de dejarse seducir por esa pantomima que era tentar una Presidencia, inventándose un pasado, mentira tras mentira. Todo se volvía insostenible. Así, como en la época de Florcita y don Rómulo, era tiempo de huir; pero el país ya no era el de antes, ni las sierras ni el monte eran terrenos despoblados sino pequeñas ciudades donde el anonimato cada vez caería derrotado ante documentación o papelerías, y todavía más difícil, volver a la vida errante... imposible. Estaba tan cansado, también contento, ya que recién sentía una vida completa, pero cansado para escapar y rehacerla, idearse un nuevo pasado o volver a explicar el porqué de su cicatriz en la mano derecha, si era lo que unos llaman un intelectual serio, o enseñarse nuevas costumbres y hábitos, cuando no correspondía persistir bajo su propio artificio más tiempo. Se habían reunido las circunstancias precisas para tener un final, pero la muerte lo tenía olvidado; como si se valiera de una lista correlativa de fechas de defunción asignadas por nombre y lugar, descuidada hubiera saltado su turno y

no conociera de enmiendas o de vuelta atrás. Ya no tenía empeños antiguos y oxidados que lo arrastraran a seguir existiendo, como la búsqueda insensata de un Inca para salvar su alma, entendiendo recién que su vagabundeo esperanzado bastaba para liberar a su alma de cualquier mal, como tampoco era apremiante rastrear los avatares de un Ramiro de Chaves signo, con el fin de expiar culpas, teniendo la presencia de un descendiente interesante y sensato a quien pretendía conocer mejor... a no ser por un empeño reciente y cruel: el compromiso o el amor. Temía a su vez al sábado, con la oficialización de su candidatura frente a tanta gente entregada a una causa que tendría el encargo de personificar, sabiendo que eso era absurdo, que no podría concretarse, pero tampoco ya valía renunciar si poco solucionaba. Hace tantísimos años, añoraba dar muerte a un soberano indígena para reconquistar el favor de Dios viendo en aquel un demonio; sin embargo, tardó mucho en comprender que en esa lejana tarde que se hizo noche, mucho de extraño ocurrió, pero nada cercano a una intervención divina y, sobre todo, que la única culpa a pagar era solamente por una pedestre cobardía, ni siquiera traición; empero, creyó indispensable asesinar. Cuántas noches juzgó que las diferencias ya estaban saldadas y estaba equiparado a su creador al burlar la muerte y el tiempo, negándose a ver su incapacidad para disponer con rebeldía sobre su singular destino. Mas nada de eso era cierto ahora, en plena penumbra, con los postes de luz intentado competir con el destello de luna que invadía el mar, nada de eso era cierto porque asesinar siempre será asesinar y suicidarse, más que un asesinato es terminar. No debía continuar, y no habría parca ni dios que lo impidiera.

Pasada la medianoche, Catalina escuchó el sonido de la llave dentro de la cerradura. Tenía un libro que no leía en las manos, intranquila y nerviosa. Joaquín entró en la casa y la vio de pie, cobijada por la luz tenue de la lámpara de la sala sin haberse mudado de ropa, con el traje sastre de la tarde arrugado y su semblante queriendo evidenciar fastidio, aunque sólo mostraba inquietud. Antes que ella preguntase algo, le explicó que se marchó hacia el mar de La Punta en el Callao, que despachó al chofer porque que-

ría estar solo; pero ella le interrumpió pidiéndole que para la siguiente vez que se le ocurriera hacer algo así, le contara a donde iría, le avisara que volvería tarde o, cuando menos, le confiara en intimidad que nada malo le sucedía. Joaquín pensó que su vida estaba demasiado distinta, para que ahora una mujer le reprochara llegar tarde a casa y le esperara, de pie, esquivando el sueño, asustada por desconocer su paradero. Carlos Fuentes escribió algo como esto, amor: *soy yo, en tanto hay otro que mira*. Créeme, Catalina, que si tú no me miras, no soy. Ella lo abrazó, preguntando si algo de veras pasaba porque no era habitual en él abandonar la casa sin mencionar nada, muy preocupada por su tono de voz, propia de alguien que ha llorado y oculta sus sentimientos en frases plagadas a figuras notables. Joaquín entendió que la mujer, aparte de amante y amiga, también anhela ser madre y sintió mucha, muchísima pena, al desear con todas sus fuerzas que después de la muerte todo terminara, que no hubiera un alma ultraterrena vagando incansable por regresar al mundo de los vivos, que la memoria y los sentimientos sucumbieran con el cuerpo para no tener que cargar por una eternidad con la separación de esa mujer singular que lo abrazaba cada vez más fuerte, compartiéndole su angustia y su aprensión; pues la decisión de no continuar más, no era un arrebatado de fatalismo sino una medida necesaria e irrevocable.

— ¡Qué pocos son! No se puede hacer una clase con sólo cinco de ustedes, alumnos. Todo se ve enorme y vacío.

El recinto que tenía desde principios de abril era el mismo; pero a unos días de terminar el año, el entusiasmo estudiantil había decaído enormemente y, aunque debiera ser tolerable, no lo fue para el profesor Joaquín Medina, quien no sabía cómo entender que el tema, su monotema, desarrollado con tanto ánimo y pasión, no interesara a los alumnos; así, de resultas, pasó a reconocer en esa aula despoblada, una muestra más del conformismo y la apatía que arrinconaba a los estudiantes cuando era necesario involucrarse en un curso, estimable solamente por facilitar una nota y a la postre, aligerar un mísero cartón. Quiso pensar que su grupo había sido una colección de mediocres como la mayoría de los que se

mosquean o pululan en las universidades; sin embargo, tan difícil como dar una clase es tratar de comprender a los demás. Por otra parte, tenía cinco carpetas ocupadas, con cinco personas que también se habían levantado temprano, que habían dejado de hacer otras cosas para llegar temprano a escucharle un par de horas y, por tanto, merecían toda su atención. ¿Por qué no dejamos el salón, profesor, y nos da la clase sobre el pasto, afuera, entre los árboles?, preguntó La Serna, muy apoyada por uno de los intrascendentes sin nombre, por Juan Manuel Chávez, al fondo, en mangas de camisa, sin saco ni corbata. ¿Usted qué opina?, señorita Cisneros. Genial, profe. ¿Y tú?, mi estimado Carlos. El joven Zárate pensó un instante, seguro sopesando cualquier eventualidad o intentando darse importancia. Dime, hombre. La ropa se lava, el tiempo es una inversión y lo bien aprendido jamás se olvida... tres razones contundentes, profesor, dijo, al momento que se levantaba, realmente entusiasmado, sacando hojitas en blanco de uno de sus fólderres, cinco, seis, diez, y repartiéndolas entre todos.

Se ubicaron fuera de Sociales, en el bosquecillo, entre los árboles tupidos que miran a Economía, Administración y Letras, sentados sobre el césped descuidado, con gaseosas o galletas en las manos, imitando un paseo de campo antes de prender la fogata, alejados de grupos que tarareaban canciones bajo los acordes de guitarras, que discutían algún libro o se contaban historias que todos recordaban. Joaquín quiso realizar la clase sin ponerse de pie, dejando la imagen de preceptor que lo acorralaba delante de una pizarra, con un plumón en la mano; pero le fue imposible, porque cuando Francisco Pizarro pasaba revista a su hueste en la madrugada del sábado, convenciéndolos de que eran hijos de Dios y herederos de España, que ya no serían labradores, criadores de cerdos o reses, ni comerciantes sino que, a partir del día siguiente, se ganarían el derecho a ser nobles o cuanto menos, hidalgos, que sus brazos eran invencibles y que sus deseos y su fe les proporcionarían la victoria, Joaquín tuvo que erguirse completamente para rendir tributo a un tiempo fundacional, de sangre, incompreensión y muerte; pero fundacional al fin.

Contó que durante toda la mañana estuvieron los peruleros excitados y asustados a una sola vez. Que esperaron, imponiéndose paciencia y fortaleza, la llegada del Inca con sus veinte mil, tal vez hasta cuarenta mil hombres, acompañándole hasta la plaza que los hispanos tenían cercada, con sus caballos y demás armas bien dispuestos, con un plan preparado entre manos y la disposición indiscutible de atacar bajo el grito unánime de Santiago y, sobre todo, que de la plaza sólo podrían marcharse victoriosos o con los pies por delante.

El grupo se fue ampliando tras el ruedo inicial que se había formado. Una docena de muchachos, sin hacer ruido, habían engrandecido el anillo para escuchar la verborrea enfebrecida de aquel orate inmenso de rostro indescrptible y piel de nieve, que gesticulaba sin controlar sus brazos, sufriendo en carne viva las dudas de los conquistadores y refiriendo con orgullo la entrada de los danzantes indígenas a esa plaza lejana, también el brío del Inca y la sumisión de su gente; contemplándolos nuevamente desde aquel preciso día, mientras precisaba con detalle su repugnancia por el oro, equiparándolo a una mierda infecta que pudría a quien se le acercaba. Contó trivialidades que nadie creyó ciertas, que nadie creyó históricas, porque las anécdotas no son los pagos de la Historia sino de la Literatura y así, cual relato fantástico, escucharon el cuento del huído anónimo emparentado al judío errante o las gracias de un Malaver y las crueldades de un tal Santander. Cuando estaba por caer la tarde, bajo el silencio total de una plaza atestada por miles, Atahualpa arrojó a tierra el Breviario que le había ofrecido el fraile Valverde, ilustró Joaquín con excitación.

—¿Lo arrojó por desprecio o porque nada comprendía?, profesor.

—La semana pasada les dije que, para estas clases, descartáramos el rigor de historiadores, a fin de conjeturar ociosamente sobre lo posible y lo improbable. Teniendo en cuenta aquello, no creo equivocarme al afirmar que el Inca la arrojó por genuina incomprensión y, por supuesto, por verdadero desprecio. Fuera de fray Vicente de Valverde, no pasaban de diez las personas que sabían leer en esa plaza y de esa decena, ninguno leía con fluidez el

latín en que estaba escrita la palabra de Dios. Nadie, excepto Valverde, podía comprender lo que decían esas páginas, pero nuestro ingenuo o maquiavélico fraile, según como lo miren, no digo juzgar, mirar, creyó que la grandiosidad religiosa que envuelve al libro sagrado bastaba para transformar a su demonio en santo. Iluso, ciertamente, pero recuerden que el fraile era un hombre de su tiempo y de su fe. No obstante, si quieren ahondar más, también iluso cuando confió en el lengua inepto del que se valió para traducir palabras que no existían en el otro idioma. Cristo, Cruz, Dios, qué palabras podían ser en la lengua del hombre, en el runa simi del incario. Máxima cerrazón cuando le muestra al soberano un artilugio desconocido que su competencia no pudo resolver. Pero iluso también, al afrentarle con palabras injuriosas, bárbaras y altivas, inéditas a los oídos del Inca, al mirarle de frente cuando sólo podían hacerlo los contados elegidos, al retarle con descaro en sus dominios. Cierto, mi estimado Zárate, incomprensión y desprecio.

El cielo de la mañana se fue nublando al paso de los minutos. Los rayos del sol, obstaculizados por las copas de los árboles, simulaban espadas de luz que nada podían contra el velo de las cosas: Se oscureció el paisaje y se tiñeron de pardo y ceniza los edificios, el verde del pasto se puso opaco y la blancura de la piel de Joaquín se escondió en las sombras, cuando Joaquín intentaba escapar de su propia noche, entre los rugidos de animales y los gritos de los indígenas y los conquistadores. La plaza estaba repleta de indios indefensos, sin más armas que incontables instrumentos de música o inútiles trastos de ornamento, cuando el grito de Santiago azuzó los ímpetus de cada hispano. Los hierros se desenvainaron en cada rincón de la plaza trapezoidal, en cada puerta. Desde el norte, del este, del sur o el oeste, los de a caballo espolearon con fuerza embravecida a sus animales y a una sola ambición, decidieron empuqueñecer la figura geométrica hacia dentro, clamando a voz en cuello el nombre de santos mártires de la Iglesia en su marcha, esparciendo sangre y desgracia en la tierra viva de un pueblo aún con vida. En el torreón, el cañón dio dos estallidos y murió para siempre, pero antes provocó un torbellino de terror entre la indiada que facilitó a los arcabuceros dar de tiros a

grupos de indígenas, convertidos en una masa sin razón ni pensamiento. Dos, tres, seis, veinte interminables descargas que dejaron sin vida no a un hombre, una mujer, un niño o un anciano, sino a un padre, una madre o una hija, un nieto o un ahijado, a un hijo o a un abuelo, no a gente sino a personas, a individuos. Los perros afinaron el ataque con sus hocicos abiertos, babeando apetito, reclamando juego y alimento a ladridos, reluciendo el rojiblanco de sus colmillos en la tarde gris, anticipando la noche oscura de un nacimiento. Los caballos perfeccionaron el estruendo con los cencerros y las cadenas, con el tronar de sus cascos sobre las piedras, aturdiendo a cada indígena desconcertado que había ido a esa plaza a curiosar, afanoso en conocer a esos blancos barbudos llegados del mar, desconcertando al Inca que no comprendía aún, tradición estúpida como todas, que alguien se atreviera a atacarlo; pero ahí estaban, una decena de *sancasapas* tajando a los cargadores, a los ochenta cargadores de su anda, anda que no debía caer, porque caería también la civilización que creían Imperio. Así, en esa boca de lobo, más de cuatrocientos indígenas murieron ensangrentados, tomando el lugar del hombro muerto para evitar que la litera se estrellase contra el suelo; sin embargo, ya era muy tarde y los últimos en inmolarse no pudieron evitar que el Inca perdiera el equilibrio, que a pesar de agazaparse a su silla de oro refulgente, casi rodara por el suelo, si es que la fortuita mano del maldito Pizarro no se le tendiera para bajarlo y apresarlo, único prisionero, claro está, porque el resto de los indígenas seguían corriendo, escapando de la muerte propinada por el miedo, el terror; pero también por el metal filudo e invicto. Quien pudo ser padre de un Jacinto Choquehuanca, quien seguro era la mujer de un Cusi Tupac, quien era el hijo de una Mama Uccha, murieron esa tarde que se hizo noche, antes de tiempo, como a veces se le antoja llegar a la muerte, sin cerrar un periodo, sin terminar un cometido, cancelando sus días como los del pequeño Yauri Coyllur, perdido entre la confusión extrema de los nombres revueltos a su alrededor, de las ráfagas, gritos y estruendo sacudiendo sus tímpanos, pues primero fue una mancha escarlata cubriendo una piedra cercana, luego unas gotas de sangre salpicadas sobre

sus pies desnudos, para convertirse después en un dolor gélido escociendo una línea de su espalda y al poco, la misma mancha que bullía en otros cuerpos asaltaba su pecho, enjuagaba sus manos y corría como un hilo salado desde sus labios, finalmente espantado por el manto negro que velaba su vista, incapaz de descubrir con los ojos el susurro próximo de su abuelo, reclamándolo para la vida. Abiertos, con sanguinolentos cortes que exponían sus miserias a la intemperie, asfixiados bajo las pisadas del pánico que llegó en estampida, aplastados por los muros que no resistieron las huidas colectivas fortalecidas por el miedo, desgarrados por los colmillos potentes de animales carroñeros que sus ancestros tomaron por divinos, una forma de vida tuvo fin esa noche que había dejado de ser tarde, como también, una forma singular y valiosa de ver el mundo en una civilización incomprendida que, por ignorancia del otro, debió sucumbir. La noche ya se había instaurado con las tinieblas que prefiguran el ocaso, a pesar del sol que burlaba las nubes, que se entremetía por las ramas de los árboles y restituía los colores y trastocaba el asombro en reflexión, en mudas preguntas de los alumnos y de aquellos que no lo eran, de los que solamente espectaban.

Un par de muchachos se alejó del grupo sin comentar nada entre ellos ni para los demás, mientras otros se acercaron un poco más para estrechar el anillo; sin embargo, nadie hablaba, ni siquiera el profesor que había quedado estático, sosegado bajo el sol que volvía a brillar sobre su rostro, sobre sus hombros cansados por el tiempo. Recuerden siempre, aunque les parezca falso cuanto diga, que para esa noche no es preciso hablar de un pueblo vencedor y un pueblo vencido. Porque ni los indígenas se acercaron a la plaza a luchar ni los conquistadores creyeron que vencieron aquel día... ¿Está hablando en serio?, señor, interrumpió un joven desconocido, uno de aquellos que se habían plegado al círculo por curiosidad o interés. Sí, hablo en serio... José, José Contreras, señor. Les repito con total honestidad que, para esa noche, no busquen derrotas ni victorias, es ocioso y, sobre todo, un desacierto. Busquen en esa noche un país, porque esta tierra que están pisando, siendo también la lengua, la cultura y el dios en el que creen o

no creen, se fundieron malamente entre sangre y muerte para fecundar nuestro inicio. Aunque, seguro prefieren interrogarse sobre los muertos, pensar en el final antes de vislumbrar el principio. ¿Cuántos indígenas sin vida?, profesor. Pues se conjeturan cifras entre dos mil y siete mil, si bien muchas voces dicen que arriesgar cantidades es una patraña encubierta por el desvarío. No obstante, tienen con justicia el derecho de contar los muertos según sea la magnitud del lamento entre cada una de sus fantasías, mejor decir, entre cada una de nuestras verdades.

El grupo se había hecho más grande, como esperando la continuación, el reinicio del relato; pero Joaquín se sentía extenuado, singularmente extenuado por el ejercicio de la retórica, pero fundamentalmente, por el empleo de la imaginación convertida en memoria y de la memoria adulterada por la imaginación. La jovencita La Serna le alcanzó su botella de agua sin gas, él la bebió con gusto, entre el comentario divertido de los muchachos y la sonrisa complacida de Juan Manuel, quien ya no estaba al fondo sino, comandando el grupo, impaciente por intervenir, por apuntar que sabía algo más de esa historia, que de alguna forma, también formaba parte de aquel inicio cruento, de aquel parto tortuoso que generó la nación compleja de todos nosotros, más olvidadiza que ignorante. Pero se abstuvo el buen Juan Manuel Chávez, porque ser un eficiente profesor de Literatura peruana de San Marcos, no conlleva ser un buen narrador de fábulas, pensó. Qué contradicción la mía, rumió con desconsuelo, recontándose como una ráfaga la novela que tanto repetía a sus amigos y que sí escribiría... Créanme, créanme, habría expresado si alguien le hubiera replicado lo contrario, por fin seguro de que el personaje esquivo ya había sido encontrado, seguro de que la ineptitud se combate con trabajo y la incapacidad con mayor trabajo. Sin ponerse de pie, sin exponer lo que quería compartir, guardándose para la complicidad con Joaquín la historia del timorato Ramiro de Chaves, su oscuridad y posterior anonimato, se empeñó en que sería escritor a punta de esfuerzo y redoblado esfuerzo.

Joaquín Medina dio unos pasos sobre el pasto burdo y la tierra seca, ante la mirada impaciente de los muchachos y las mucha-

chas, al poco les señaló que después de lo dicho ya no valía agregar más nada, porque el resto era la codicia por el oro corruptor y los saqueos de los santuarios, las violaciones de las vírgenes y también la violación de la dignidad de los varones; quedaban las traiciones, las disputas, la bestialidad del hombre en auténtico estado. Quedaba solamente decir la verdad, sin los remedios de la fantasía o de la poesía, quedaba hablar del hombre y de lo que hace el poder con el hombre. Ellos reclamaron, pues todos tenían por delante mucho tiempo y el profesor estuvo de acuerdo, tanto tiempo como para hurgar en archivos y bibliotecas, tiempo para revisar las fidedignas fuentes y recién después, volverse a reunir no para escuchar sino para discutir. Pactaron todos, las cuarenta y siete personas que estaban ahí presentes, volverse a encontrar el jueves a las nueve, sobre el pasto seco y entre los árboles, reavivando el informe anillo que, distraídos, habían inventado.

Estaban reunidos en torno a una mesa enorme y ovalada, eran catorce personas, nueve varones vestidos con ternos azules, negros o grises, y cinco damas con prendas más casuales, como vestidos de media estación o pantalones tipo sastre y blusas coloridas. A un extremo de la gran mesa, encubierta su juventud en un disfraz de formalidad que comprendía un traje oscuro, una corbata sencilla y atenciones a la urbanidad, Héctor alistaba unas hojas en un fólter naranja, antes de exponer al Concejo los magros resultados de sus pesquisas en provincia; en buena cuenta, exponerlos a su tío. Santiago Calderón presidía la mesa con una pluma fuente oscilando en su mano, un par de hojas en blanco dentro de una carpeta de cuero cobrizo, un vaso de *whisky* y una impaciencia creciente.

— Puedo afirmar con relativa confianza que Joaquín Medina es la personificación de un fraude documentario, una mentira de papeles y pasado.

— Mi querido Héctor, lo que estás sosteniendo lo dices obviamente entre amigos, amparado en que tus palabras sólo sean palabras y no, una acusación altiva que peca de insustancial y blan-

dengue, proclive de ser tomada como calumnia barata desde su pobreza de pruebas y documentos.

— Es que tío...

Santiago Calderón hizo un gesto fugaz con la mano, mientras una mueca de fastidio se dibujaba en su rostro.

— Don Santiago, no afirmo certeramente lo que digo, sólo estoy sugiriendo una posibilidad estimable al Concejo.

— No sólo tú has estado haciendo pesquisas. Dejemos tus resultados para el final, creo que mejor les calzará el turno de colofón que el de preludio, hijo. Escuchemos.

Un caballero de cabellos canos, de rostro digno y distinguido, que no parecía apropiado para labores de sabueso de a medio, expuso que los muchachos a su cargo lograron averiguar novedades muy interesantes sobre el potencial candidato. Comentó que residía en Lima hace más de tres años, cuarenta y dos meses para ser exactos, pero que mantenía viajes constantes a provincias tan distantes como Huamanga, Cuzco, Huancavelica, Cutervo, Cajamarca y Junín, apuntó sin traer a la reunión nada nuevo. Mencionó que recién hace diez días inicio una feliz convivencia con la licenciada Catalina Mariño; pero, como dije, conviven, no están casados ni por lo civil ni por la Iglesia; sin embargo, lo más saliente es que un hombre de sus luces y distinciones, jamás ha visitado los registros públicos en busca de un elemental pasaporte o una visa para emigrar al extranjero. Incluso, los datos de ochenta y cuatro Joaquines Medina consignados en el padrón electoral, no coinciden exactamente con la persona de nuestro rival. También es preciso anotar que nadie imagina cuál es su segundo apellido, aunque suponemos que segundo nombre no tiene y sobre fechas y lugar de nacimiento, de fuentes muy seguras y de orígenes diferentes, pude averiguar que existen por lo menos dos posibilidades: trece de julio de mil novecientos cincuenta y trece de febrero del cuarenta y ocho.

— Déjeme entenderle bien, señor Segura —intervino Justo Macedo, hombre de probada confianza en el partido—. ¿Don Tiziano Roggero ha confiado la candidatura de su partido a alguien que no existe?

— Deja a Tiziano afuera. Olviden ya al viejo caudillo, señores. Concéntrense en Joaquín Medina; quien sí, como ciudadano, no existe.

— ¿Es decir?... —quiso completar Macedo.

— Es decir, mis amigos, que Joaquín Medina o cualquier otro que no existe como ciudadano, no existe como persona.

Es una buena pesquisa, Melchor. ¿Qué más tenemos?, remató Santiago Calderón. Pero los aportes siguientes no agregaron nada significativo a lo dicho, aunque fue importante conocer que el currículo de Medina, obtenido de un colegio en Barrios Altos, tenía solamente la foto y el nombre en común con un currículo suyo olvidado en un centro educativo de Casma, y también revelador fue conocer los datos que consignó él mismo en la ficha de trabajo de San Marcos, amparado en una recomendación inmejorable y favorecido por el aprecio de los amigos. Profesión: estudiante. Edad: centenares, y bajo la viñeta de nombre, garabateó en tinta verde, don Quijote sin Mancha.

— Nada de eso es por gusto, señor Calderón —intervino la jovencísima Graciela Narváez, egresada reciente de Derecho de la Pontificia Universidad Católica, aguda y suspicaz.

— Por supuesto que no, Graciela. Así que, si te complace, des- péjanos el panorama.

— Tenemos a un personaje que no es capaz de sostenerse en la realidad y lo fáctico para explicar su pasado, léase profesión, natalicio, estado civil; entonces, se lo inventa. Dos posibles motivos: Un delincuente de estimable monta que se oculta bajo el disfraz de honorable o un chiflado ocurrente con chispazos de brillantez e inteligencia.

— ¿Quieres proponernos un Alonso Quijano, cuando no a un adúltero, asesino, asaltante y demás perlas? —preguntó insatisfecho Melchor Segura, intuyendo ya la solución al enigma.

Por supuesto, Melchor: No por gusto llevamos tantos años laborando juntos, intervino Santiago Calderón. Hay una tercera posibilidad, la posibilidad imposible. ¿Cierto?, Héctor. Héctor se puso de pie y refirió las indagaciones un tanto infructuosas en el Callejón de Huaylas, la duda que siguió martillando la razón de su tío

y la llamada providencial que éste hiciera a Cajamarca, con la respuesta contundente de que sí, Joaquín Medina fue profesor alrededor del cincuenta en el colegio La Libertad de Huaraz.

— Tú estudiaste en ese colegio, ¿no, Santiago?

— Sí, Ricardo. Joaquín Medina fue mi profesor.

Josefina a secas recorrió los pasillos sin encontrarlo. Visitó dos veces el aula donde presumiblemente debía estar dando clases; pero nada. No había nadie en las oficinas y pocos alumnos merodeaban por las bancas. Abandonó Sociales desconcertada, pensando que tal vez había confundido el horario de la cátedra, cuando, bordeando el bosquecillo que mira a Administración, Economía y Letras, lo descubrió gesticulando cual poseso, palabras inaudibles que provocaban el interés de los chicos que a pocos lo rodeaban. Josefina a secas se acomodó junto a un árbol, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el tronco envejecido de un manzano. Hacía mucho tiempo que no veía a Joaquín frente a un auditorio, por más variopinto que fuera. La pasión arrolladora que ponía en cada exhortación y la vida entera que parecía entregarse en cada frase, la motivó a estudiar algo, sin que la retórica la convenciera por entero a seguir una carrera, sino a cultivarse, a aprender. Sin pretenderlo, la conquistó a punta de sorpresas la vez aquella en que ofició de improvisada secretaria en el pobre auditorio de la Universidad del Centro, confiando a un público nutrido, la convicción serena y meditada que tenía de la dignidad del país y de su gente. Joaquín era un hombre honesto, por lo tanto muy ingenuo, el producto de un tiempo desvirtuado y caduco, tiempo en el cual la palabra de hombre valía sin mediar papeleos y la honorabilidad se cuidaba como a la vida, y no, de tiempos como éstos, pensó Josefina a secas, recordando una frase en televisión de Alfredo Bryce, donde explicaba a su entrevistador que la honestidad se había convertido en un irremediable estorbo. Observó al grupo de muchachos en torno a él y supo que ése era su estado, su gran placer, y no esa candidatura presidencial que se venía imponiendo día a día; apuesta absurda y desmedida que más le traería decepciones e injurias, que verdaderas alegrías.

Cuando la reunión parecía terminar, Josefina a secas se puso de pie para acercarse; pero el barullo que se armó en torno a Joaquín, le obligó a mantener la paciencia, a contemplar desde lejos esa imagen reproducida en diversas circunstancias tantas veces. Le asaltaron antiguos recuerdos de ocasiones pasadas en las cuales ella misma le acometía con dudas que no tenía, sólo por seguir escuchando, por mantenerse a su lado, aprendiendo a sentirse muy segura, con valía, apreciada. Se aproximó cuando los muchachos se habían marchado y sólo lo acompañaba hacia el estacionamiento un señor mayor, de cabello cano, un caballero que aparentaba en el rostro más edad de lo que insinuaban el vigor de sus pasos. Llegó a Joaquín con sigilo y, juguetona, le dio un empujón en el hombro; ambos voltearon y notó que el desconocido la observó con sorpresa y desconcierto... habitual, debió pensar. Saludó con un beso en la mejilla a su amigo y se presentó sin nombre a su acompañante. Juan Manuel Chávez, para servirle señorita, le respondió con una elocuencia antigua e inservible; pero no lo encontró falso ni zalamero, como esos carcamanes aguantados, adultos, adolescentes aguantados, que sabían decirle las más asquerosas obscenidades sobre su cuerpo, que la hacían sentir tan nauseabunda por el solo hecho de ser mujer; pero no, en él descubrió respeto y cortesía. Rectificó su conducta y lo invitó a que la llamará Josefina a secas, sí, a secas, y contó que era vieja amiga joven de Joaquín, ¿cierto, Joaquín? De algunos años ya, respondió él. Notó que Juan Manuel la seguía mirando con la misma expresión de asombro dibujada en su rostro desde el principio; sin embargo, ésta vez sí descubría a la joven, a la mujer muy hermosa que era, pero no sintió desprecio sino regocijo ante su contemplación libre de lascivia, cercana a la mirada atenta que curiosear un cuadro con gran asombro ante su belleza o una escultura que impone nuevos parámetros de armonía. Gustaba de ser observada así, porque su gracia, su inteligencia, su vitalidad, eran tan atributos suyos como su cuerpo, y un piropo a su entusiasmo no debía ser mejor aceptado que un vistazo arrobado a su figura. Yo los dejo, un verdadero placer sinceramente, señorita... Josefina a secas, cual señorita... y sí, un gusto; aunque lamento haber llegado así, interrumpiendo. Bueno, la verdad, no lo lamento

mucho. Gracias por comprender... Pierda cuidado, dijo Juan Manuel, y mirando a Joaquín, agregó: Espero su llamada entonces, profesor. Ah, y hágase un tiempito para leer el cuento, seguro le gusta... Buenos días, que les vaya bien, terminó de despedirse alzando la mano, con fingida premura. Josefina a secas, sin preguntar nada sobre aquel señor, se enteró por Joaquín que era profesor en Letras y aprendiz de escritor. ¿Escritor? Aprendiz, dije. Siempre me los imagino un poco más vanidosos y menos inseguros. Debías saber bien, mi querida Josefina a secas, que ante una joven hermosa, hasta al más aplomado le tiemblan las piernas. Pero el aplomo no parece ser el fuerte de este Juan Manuel. No creas, eh. Cuando tiene certeza de lo que está hablando, es muy agudo y preciso. No es tu alumno... supongo. No, claro que no, visita las clases, le gustan. En fin, ¿qué te ha hecho pisar por fin San Marcos? No seas gracioso. Sígueme, vamos al carro. Caminaron por un corto sendero de tierra y pequeñas piedras, eludiendo arbustos ralos y esqueléticos, rodeando las bancas de cemento que circundan el improvisado estacionamiento de la puerta principal de la universidad y, entre el saludo a Pedro que aguardaba en el Mercedes, Josefina a secas abrió la puerta de su auto como invitación. Sentados en los asientos delanteros, ella se soltó el moño que había intentado en su cabello, se desprecizó la flojera que no tenía y puso un disco compacto en la bandeja de su equipo: *Pat Metheny Group*, postergando para más tarde la estridencia, sólo como telón de fondo, y volvió sin más preámbulos, sobre el mismo asunto que la inquietaba permanentemente.

— Sigo preocupada por ti. Es más, mucho más preocupada que antes; y para serte sincera, anda enterándote de que busqué a Richard y Viviana para comentarles mis sospechas, pues estoy segura de que pretendes escapar de aquí, marcharte, no sé.

Joaquín no tenía ningún tipo de dudas del porqué mantenía a esa jovencita revoltosa tan cerca, pues aparte de lo intuitiva y preocupada, era la única capaz de ser descaradamente sincera con sus conjeturas y reservada con sus certezas. La relación que mantenía con Josefina a secas no le trajo nunca un inconveniente con Catalina, pues también sabía de las cualidades y luces de la mujer que lo había elegido como pareja. Se sintió muy afortunado, di-

choso, a pesar de ese ruido sin concierto que martillaba sus oídos, afortunado porque tendría la oportunidad de hablar, de descargar la pesada incertidumbre que lo agobiaba.

— Sé muy bien, Joaquín, que no quieres postular. Te entusias mó por mucho tiempo la idea, empujado por tu solidaridad y tu idealismo; pero también, porque muy ingenuo creíste que la propuesta no era completamente seria, que al final no se concretaría.

— ¿Cómo llegaste a...?

— Amigo, nos conocemos el tiempo suficiente para descubrir en tus ojos transparentes lo que no dices.

— Nos conocemos unos años.

— ¿Cuántas veces me has dicho que la cronología está inválida para estimar las cosas del espíritu?

— Eres una alumna aplicada.

— Respóndeme sin rodeos. ¿Qué ocurre?

— Soy un hombre feliz: Me acoge una estupenda pareja, tengo buenos amigos, mucho aprecio sincero y fraterno, respeto; ¿pero no te ha ocurrido que todo eso puede llegarte a abrumar?... Es una buena época para mí; sin embargo, estoy más acostumbrado a los pesares, a la soledad.

— Siento que a pesar de ser sincero, estás evitando hablar.

— ¿Qué quieres escuchar?, Josefina a secas.

— Tu respuesta.

— Estoy llegando a ella, no es sencillo, pues tengo que hurgar dentro de mí para descubrir qué deseo. La candidatura es algo que me entusiasma genuinamente; pero desconfío de mis propias fuerzas. Sé que no soy el indicado para postular. Ciertamente me emocioné con la idea, parecía la gran oportunidad para concretar tantos anhelos aplazados, volcar un sinfín de experiencias; sin embargo, soy un maestro, no un presidenciable...

— Sabes que lamento, Joaquín, que a pesar de los años, de la verdadera amistad que nos une, no seas capaz de confesarme qué te ocurre y me trates como si fuera una estúpida, meciéndome con lamentos prestados. Ya es suficiente patraña para un día, es mejor despedirnos. Yo te estoy llamando, ahora es mejor irme.

Joaquín descendió del auto sin pronunciar una sola palabra. Parado al lado, estupefacto, escuchó el interminable rugido del motor en vez de una despedida. Permaneció de pie viéndola marcharse, abandonar la universidad con las lunas subidas y la mirada atenta hacia delante, mientras confiaba en que se detuviera y regresara, le dijera bien, comencemos de nuevo, vamos a conversar; pero el auto ya circulaba por la avenida Universitaria y estaba por atravesar la Venezuela, camino a San Miguel; sin embargo Joaquín seguía de pie, en silencio.

Pedro había aparcado el Mercedes negro a su lado. Joaquín pensó decirle: márchate, prefiero vagar por la ciudad unas horas, mas una sonrisa, una puerta abierta, lo animaron a subir y partir también de ahí. Sentado atrás, sin nada que decir ni ganas de escuchar, pretendió curiosear sus papeles sin leer en ellos siquiera una palabra, viendo a las letras moverse y deambular sobre las hojas blancas, quieto entre el asiento y la puerta trasera, dejándose apresar por el letargo.

Catalina le aguardaba para salir a almorzar. Como todos los martes, Richard y Viviana tenían reservada una mesa en algún restaurante y Joaquín, como todos los martes, había olvidado que no debía retrasar mucho su salida de la universidad; pero ya estaba en Pallardelle, desprezándose con el aire que entraba por la ventanilla ahora baja, pensando que no habría nada mejor que permanecer en casa, sopesando la posibilidad de modificar los planes. Catalina estaba sentada ante la mesa del comedor, con un vaso de chicha morada en la mano, desinteresada de la revista que aparentaba leer, pensativa. Me gustas porque tienes el color de los patios de las casas tranquilas en las tardes de enero cuando llega el verano..., le dijo Joaquín, luego de trasponer la puerta en silencio, de acercarse con sigilo a ella por la espalda, viéndola tan bella y abstraída, al cubrirle los ojos con las palmas de las manos, al alzarle un beso en cada mejilla. Ella se iluminó, porque hacía días que no le escuchaba aquel arrebatado de lirismo del cual tanto gustaba. Dejó su vaso junto a lo poco de medida que le estorbaba, y se colgó de su cuello, cautivada, sin preocuparse por el tiempo, la edad, por los años, que son invento de la juventud, mentiras y pa-

trañas. ¿Por qué te gusto?, amor. Joaquín sonrió, se libró de sus brazos como un niño haciéndose de rogar, como un mozalbeta falseando el titubeo ante una verdad. Y más precisamente... Me gustas porque te amo, concluyó Joaquín plagiando de nuevo a Rose, plagiando sin falsedad ni exceso. Se sentaron en el sillón de la sala como dos enamorados en sus primeras citas, tentándose con los dedos las manos, nuevamente muchachos por la cursilería del amor, despreocupados del resto, olvidando los sinsabores del tállamo, negando los retrocesos de la pasión física, negándola, olvidándola, porque en aquel sillón, con las cortinas desplegadas y los destellos del sol estallando sobre los vidrios de la ventana y la reciente chica del servicio por ahí merodeando, el frenesí debía y podía no existir si tanta dicha se encontraba en un par de besos, en un abrazo, en una frase cortada y de plagio, en un jugueteo de manos, en un compromiso llegado desde antaño.

— No tengo ganas de salir, amor.

— Yo tampoco, Catalina. Podríamos proponerles almorzar aquí, en casa. Pedimos algo por teléfono y ya está.

— Eso estaría mejor, mucho mejor.

Viviana, al otro lado de la línea, aceptó complacida sin necesidad de consultar a Richard, quien no tendría la más mínima objeción al respecto; pero llegarían un poco más tarde porque no pensaban aparecerse sin el postre o el vino, comentó a medias Joaquín a Catalina, convirtiendo en palabras la sonrisa que le había disfrazado el rostro al colgar el auricular.

En una hora, antes de la llegada de los oportunos comensales, Joaquín debía transfigurar en comentario una confesión aplazada y cruda, trocar un desahogo nocturno en una glosa de mediodía. Inició, relatando la leyenda de un Ramiro de Chaves y un señor que se presentó como su descendiente, luego comentó que no era una singularidad la sangre de los conquistadores recorriendo las venas de la gente como tampoco lo debe ser un heredero de la sangre de indígenas insurgentes; pero lo insólito radicaba en que la Historia había olvidado a este hispano o, mejor, rechazado, cuando la memoria oral y no el papel impreso, lo conservaba. Emocionado le refirió que aquella revelación colmaba no sólo al investi-

gador sino, sobre todo, al hombre, que encontró en ese testimonio la siempre urgente respuesta a una pregunta antigua e incongruente. ¿Pregunta?, replicó sin comprender Catalina. Sí, mi amor, respondió sin explicar más, distraendo su atención a referencias sobre aquel señor que como él enseñaba en San Marcos, que ansiaba ser escritor. Es más, se apresuró a contarle, me alcanzó un cuentito suyo que no he llegado a leer. ¿Cómo se llama?, interrogó Catalina, trayendo a la memoria de Joaquín que ella también estuvo muy ligada a literatura y que cursó estudios en esa escuela académica en sus años de revoltosa. Juan Manuel Chávez, le dijo, para gran asombro de su amada, para asombro genuino, porque ella lo conocía, la había pretendido sin mucha convicción mucho tiempo atrás y, finalmente, lo recordaba como un amigo. ¿Te cortejaba cuando jóvenes? Sí, amor. Vaya sorpresa, para qué invitarlo a nuestra casa entonces. Me interesaba que lo conocieras; pero me vienes con esta sorpresa. Es un tipo muy buena gente, hasta lo que sé de él y lo que recuerdo. Sin duda lo sigue siendo. ¿Tiene un cuento, me dices?... Me lo das luego, quisiera leerlo. Desde la época de universitarios soñaba con ser escritor... Joaquín la interrumpió, porque no era momento de escapar de la conversación, de eludir los motivos verdaderos que los tenían sentados uno frente al otro. Las cosas vienen cambiando, Catalina. Recuerdas que Josefina a secas anda convencida de que algo me ocurre. Hoy, buscándome en las clases, me insistió en lo mismo. El asunto es que a ella no le falta razón. Dice que quiero huir, escapar de todo; pero no es algo que yo quiera hacer, aunque sé que está próximo el tiempo de marcharme; sin embargo, estando a tu lado, contemplándote, siento que sería un gran, grandísimo error, una cobardía mayúscula escapar de la vida que compartimos. Sé que no terminas de entender lo que te digo, por qué te lo digo, pero créeme que ninguna de mis tribulaciones pertenece a nuestra vida en común sino, son resultado de un pasado no resuelto. Piensa un momento cuánto sabes de mí. Dime ahora: ¿Me conoces? ¿Qué tanto? Date cuenta de que soy un enigma. Sabes de mí lo mismo que el resto: referencias nacidas de diálogos eventuales... Me basta lo que sé, mi amor. No debe ser así, Catalina. La cosa es muy sencilla, amor: Lo que guar-

do dentro me basta, me sobra y me satisface. El pasado está detrás y no me incumbe. Pero no vengas a decirme que no tendremos futuro, eso no lo acepto. Te estoy confiando lo que me ocurre con llana franqueza. No pretendo que aceptes lo que digo; pero intenta comprenderme... Sí; pero comprender qué. Procura un tanto de paciencia mi Catalina. ¿Sabes que soy un embustero que no creyó hacerte daño cuando se inventó en aquel cafetín un nacimiento provinciano y modesto, en un tiempo cercano al tuyo? Lo desalmado es que no creo haberte mentido, pues el único embuste retornó a mí para poder estar a tu lado. No digo que por ti sostuve fantasías ni pretendo remotamente achacarte responsabilidades por la bola de nieve en la que estoy metido, lo que pretendo explicar es que si estuviéramos nuevamente en ese localucho del centro, volvería a sostener similares engaños para atraerte a mi lado; pero lamentablemente la patraña no puede continuar como una película yanqui que espera su final feliz. ¿Recuerdas el párrafo final de nuestra novela? *Porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra.* En cambio, yo sí la tuve, la tengo, y eres tú mi oportunidad, pero las oportunidades son eventualidades que tienen un tiempo con plazos precisos e inclementes, saben de caducidades y no existe voluntad capaz de evadirlas. Cercano está el tiempo, mi amor, mi amor dichoso e inagotable, de decirnos adiós. Catalina lo observó, nublada, empapada en lágrimas, sabiendo que ni un ápice de chanza había en lo dicho, que todo era sincero y cruento porque la verdad nunca supo de prudencias ni tacto fino, consciente de que les quedaba ciertamente poco tiempo aunque no sabía el porqué, insuficientes momentos por compartir, para mentirse la felicidad que bien se ha dicho no existe. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano como una niña ingenua que ha perdido el obsequio preciado, se las secó demorando su acción, retardándola para no hablar, para no volver a repetir que nada de lo que había escuchado lo aceptaría; no obstante, trataba de comprenderlo, porque la vida está construida sobre silencios que siempre son reales, francos y más elocuentes que las cataratas de palabras de los dicharacheros. Te estoy comprendiendo, al fin dijo en un susurro Catalina, con-

venciéndose a fuerza, mientras cada letra se escapaba de sus labios. Te estoy entendiendo, le afirmó con pena, con sufrimiento, porque al fin la verdad no servía para nada. Estoy aceptando, concluyó devastada, abrazándole para siempre, comenzando el adiós sin saber cuándo llegaría el final; desconsolada, sola.

Timbró el teléfono y Catalina, esforzando la voz para no delatar su angustia, respondió que bien, pierdan cuidado, cuando Viviana se empeñó en exponerle uno y otro motivo por el cual no llegarían a almorzar a su casa, tal vez sí, a la cena, quiso agregar; pero no hacía falta, porque ella ya estaba colgando el auricular, despidiéndose rápido para continuar perdida con su Joaquín en el sillón, olvidada del resto, desconsolada, sola.

Mientras revoloteaba del comedor-salita a la cocina-comedor y viceversa, Josefina a secas se sirvió un primer vaso de *whisky* sin hielo. Se sentía apenada; pero sobre todo, confundida. Encendió el equipo de música, buscó en la bandeja de discos compactos los temas de Sinatra, dio con el número cuatro en la pantalla y el pequeño departamento retumbó ante un bramido prolongado de vocales arrastradas, trémulo y portentoso a una vez: *Mooooon Riiiver*, tronó la voz, anticipándose a una melodía sencilla que intentó sus primeros acordes desde muy lejos, melodía más propia del rostro grácil y hermoso de Audry Hepburn, reinventándola en una película sin nombre, antigua como el blanco y negro, haciendo de la canción un murmullo de oído para el amigo, dotando a la letra de intimidad y confidencia, quiso recordar, imaginó. Cobijada por su arrullo y enternecida por la cadencia de la tonadilla, remataron en coro como en un susurro: *...my Huckelberry friend, Moon River and my*. Desplomada en el sillón, bamboleando alcohol y bálsamo de madera añeja en un segundo vaso, resistiéndose a ahogar en su hondura una lágrima menuda, imperceptible, casi ridícula, ya fracasado el tiempo de remediar la pena con llanto, sin más gesto en el rostro que un parpadeo de caricatura y una muequita insulsa, nada valió para disimularle su tristeza a su completa, entera soledad.

El sol entraba por la ventana irradiando sus destellos a cada rincón del departamento, brilló sobre la mesa, sobre los muebles y

los aparatos eléctricos, brilló reflejado por las paredes a la alfombra, a los adornos y cuadros, brilló alrededor de una muchacha desanimada sin poder inundar de fulgor su rostro, muchacha derrumbada sobre un sofá de cuero frío y negro, derrumbada con la cabeza a un extremo y las piernas colgadas a un lado como sus cabellos, con un tercer vaso rodando sobre el piso al lado de la botella medio llena, medio vacía, con la música retumbando, acallando las preguntas que ya no formularía aunque fuera la preocupación y no la indiscreción lo que tanto la angustiara. Decidió posponer sus dudas para evitar discutir o, peor, contribuir a la evasiva insultante de su verdadero amigo. Pero la amistad también exige cargosear, importunar con supuestos para descubrir qué tanto tienen de ciertas; sin embargo, procuraría cerrar la boca unos días, una semana, ya que estaba harta de ser tomada siempre a juego, «la loquita», «la imprudente», «la disidente», y no era tanto así, pues podía a su vez ser responsable frente a cualquier cosa, ser diligente y comprometida. Ya basta, niña, se dijo en voz alta, canturreando *My way* en español y a lo Manzanero, con goterones de lágrimas abandonando sus mejillas, sus últimas lágrimas, mis últimas lágrimas, se prometió sin convicción, por decir, por jugar.

— ¿Qué hacemos si Joaquín no quiere postular? Esto no es un juego de niños del cual uno entra y sale cuando le da la gana, Vivi. Pero el partido tampoco está para tolerar indecisiones o titubeos, necesita una imagen aplomada capaz de catapultar ilusiones hasta el más alto poder. Sin embargo, esa muchachita en parte tiene razón. En tu rostro vi el mío, cuando se despachó alegremente con sus dudas sobre Joaquín: No quiere postular, sostiene con la seguridad de la impertinencia. ¿Quién le pidió a Josefina a secas tanta verdad? Que lo intuyéramos bastaba; pero ahora, ¿cómo nos inventamos otro candidato? No podemos dejar de competir en las elecciones, ni siquiera es admisible dar un paso al costado a estas alturas.

— No pretendas negar lo que ya has visto, mi amor.

— Puedo hacerlo, y muy bien, Viviana, hasta que Joaquín no nos venga con tamaña novedad.

— Nos esperan a almorzar en casa dentro de un rato, ahí pregúntale y zanja con franqueza tanta incertidumbre.

— No, mi amor, muy pronto. Cancela el almuerzo y recién resolveremos todo en la cena. Reviso algunas cosas, pensamos un rato, barajamos posibilidades, no sé.

— ¿Estás seguro?

— Por supuesto. Explícales que para la cena sería estupendo... ¿Pero qué le puede estar pasando a Joaquín?

— Tal vez a la noche espere a un amigo y no a un director de campaña, Richard, recuerda eso. Antes que nada es nuestro amigo.

Cuando escuchó el timbre de la casa, Joaquín ya tenía vuelto todo al cajón del escritorio. Las hojas que había dispuesto fueron guardadas intactas, en blanco, y la vieja cajita de caoba, de goznes oxidados y mohosos, ya no estaría en el estante de la derecha, oculta tras los volúmenes encuadernados de *romans* franceses del diecinueve, sino más próxima, como una pluma fuente o un lapicero. Había revisado nuevamente la nota que acompañaba al arma nunca devuelta, escrita en su habitual tinta verde sobre un papel timbrado por el estado peruano de otro tiempo, siempre más amarillento y envejecido, ajado: ¿Ya es el tiempo?, leyó otra vez, sin responder a una pregunta que ya sentía caduca. Revisó si los mecanismos del revólver seguían funcionando como en los tiempos en que disfrutaba dar uno o dos tiros al aire para remediar la ansiedad, el desvelo de marchas intensas a lo largo de la puna trajinando el aliento de una mula prestada, peruana (*perdonen la tristeza*). El funcionamiento era el correcto, sin trabas el tambor, el percutor ni el gatillo, las seis balas continuaban alojadas en sus respectivas cámaras y el cañón, roñoso, requirió de unos cuantos minutos de dedicación para quedar a punto. El viejo Colt, que fuera del buen don Rómulo Balmaceda, había tolerado constantes modificaciones para no convertirse en una inservible pieza de museo; cambios en el cargador, algunas soldaduras y el canje frecuente de los pernos carcomidos por la herrumbre. Tiempo atrás, cuando se hospedaba en el hotelucho de la calle Huallaga, en su segunda visita Catalina lo encontró muy dedicado frente a ese hie-

rro soldado, recién pulido y brillante. Sentado a la mesa, con la misma atención que le había descubierto para sus lecturas, revisaba sus partes y aguzaba el oído buscando algún problema en el entrecocar de los metales, sin pólvora alguna maquillando su rumor. Se lo robé hace muchísimo a un amigo, le dijo aquella vez, disimulando la verdad en una sonrisa; guardando el arma al rato, luego de explicarle sus virtudes y sucesivas composturas. Nadie que irrumpiera ahora en el recinto habría supuesto que, tras ese talante animoso, diligente al cuidar y revisar un revolver antiguo, estuviera un hombre atribulado por las vacilaciones y las dudas, un suicida.

Catalina se acercó a la puerta del estudio y le comentó a Joaquín que ya estaban en casa las visitas; él dijo, pasa, entra, y dentro le dio un sonoro beso que sonrojó sus mejillas, mientras partía presurosa a arreglar y servir la mesa, a dialogar con sus amigos, a falsear su pena.

Sentados, aguardando la comida, dejaron discurrir la conversación sobre las ineludibles trivialidades que anticipan las preguntas más serias. El clima, húmedo y gris; la basura, inundando la ciudad; el tráfico, de perros con el perdón de los perros; la televisión, la mismísima basura que inunda la ciudad y las casas; el gobierno, incompetente por tradición; algo bueno debe haber, se preguntó en la mesa: no es la educación, no es el deporte, no son los servicios... enumeraron, mientras abrían una botella de *Merlot* cultivado en Burdeos, haciéndole compañía a los platos que ya empezaban a desfilar sobre el mantel. Se puede comprar buen vino a bajo precio, comentó Richard, consciente de la huachafería de sus palabras. Es cierto, dijo Joaquín, por seguirle la gracia, y agregó: También tenemos prostitutas que cuestan menos que una entrada al cine y jornales que no alcanzan para un pañuelo bordado, concluyó con inusitada acritud. Sólo bromeaba, Joaquín. Lamentablemente yo no. La cena se hizo tediosa, insufrible, los diálogos perdieron vivacidad y cayeron en la intrascendencia y luego en la evasiva, sin naufragar en el silencio. Al final, Viviana creyó oportuno no dilatar más la inquietud que rondaba la reunión desde el inicio: Joaquín, con franqueza, ¿podrías decirnos si de ve-

ras quieres postular a la Presidencia del Perú?, preguntó. Se dice que al pedir la mano en matrimonio a una mujer, no es sensato concederle horas o días para pensarlo, pues debe haber un sí o un no súbito, llegado desde muy adentro, sin racionalismos de por medio estorbando. Tú esperas la misma prontitud de mí... ¿Entonces? Entonces, sí, sí quiero.

Acostados en la cama, antes de dejarse llevar por la modorra del vino, de la comida en cantidad, Catalina quiso saber de Joaquín qué tanto de lo dicho había sido cierto, si de verás seguía ambicionando la posibilidad de postular y a la vez, cómo podía jugar con eso tan doloroso de marcharse. Amor, por supuesto quiero ser candidato, pero no dije que pueda o deba. Todavía permíteme el silencio, te pido paciencia. Es inadmisibile tu descaro en las palabras. Con Viviana, conmigo ¿Qué rostro te has puesto para seguir pidiéndome algo así? Dices que te irás, dirás adiós y debo comprender. Quiero comprender, para poder disfrutar lo que nos quede juntos; sin embargo, hay una sombra, Joaquín, que me cubre toda y preciso un destello salido de tus labios que me muestre el camino y tú, paciencia, compréndeme... Es muy difícil, mi amor, muy difícil. Él le tendió los brazos al cuello, la acercó a su cuerpo y le aseguró que la amaba con pasión, con razón, con frenesí, con ternura, con necesidad. ¿Pero?, preguntó ella... Nada, durmamos.

Media ciudad suponía que toda la ciudad dormía; pero en las calles, las parejas abandonando cines, hoteles o discotecas, se acercaban a taxis multicolores que venían laborando unas horas y seguirían hasta el alba. Los barrenderos y barrenderas, con sus uniformes arruinados, se distinguían en la penumbra de los delinquentes y las meretrices que se compartían o peleaban las calles de Comas, del Centro, de San Borja o Miraflores. Los vendedores de droga hacían transacciones fabulosas o arriesgaban el pellejo por unos soles, vendiendo paquetitos de pasta adulterada a los angustiados insomnes que merodeaban alguna mujer descuidada, sin compañía, presurosa por alejarse de una reunión desastrosa. Grupos de muchachos se hacían los adultos frente a autos viejos detenidos en las esquinas, libando licores sin nombre, emborrachándose al menor precio por demostrar la hombría. Los

puestos de comida bajo toldos colorinches, caldo de gallina o chifas al paso, seguían esperando a los comensales, lidiando con el frío y el desgano. En las casas, algunas parejas estarían retozando amores prestados o también, legítimas querencias y, en sus habitaciones o estudios, no pocos postulantes postergarían maldiciones al tiempo por hacer más cortos los días restantes para el examen, el único examen. Un lector, tal vez dos o diez, disfrutando un libro se prestaría a dejar ya sus hojas porque más tarde habría que trabajar, se diría, pensarían muchos, muchos de los que siguen pegados al televisor sin ver francamente nada, sin interesarse por nada; mientras que la otra mitad de la ciudad duerme, ignorante de la vida que allá fuera sigue desvelada y alerta.

Al despertar, Joaquín recordó a medias el sueño de siempre, subir, caer; no obstante, le pareció reconocerle algo distinto y no eran los autos rugiendo constantemente en la pista ni el ascenso esforzado desde la acera, sino, por el contrario, creía que esta vez sí había alcanzado el rellano final de la escalera luego de muchísimas caídas y, además, comenzado a cruzar por lo alto la pista. Animado, quiso contarle esa virtual peripecia a Catalina; pero, a su lado, la cama estaba desierta y fría a pesar de los rayos del sol filtrados entre las persianas. Fuera del cuarto, tal vez en el comedor o la cocina, se oían voces como murmullos y rumor de trastos llevados y traídos de un lado a otro, así pues, no tuvo más remedio que levantarse y mandar a la espalda el cansancio que le había dejado el sueño, aparentando una actividad de la vigilia y no de la fantasía.

Afuera de la casa, con el motor apagado, el Mercedes negro aguardaba las diligencias para el día. Con una taza de café bien caliente en la mano, Pedro imaginaba que los días por venir serían los buenos, trabajando para personas serias, como decía su Carmencita tantas veces, y no cachueleando en carros de alquiler, persiguiendo pasajeros para compensar el gasto en gasolina o haciéndola de gasfitero, pintor y electricista, sin tener la más peregrina idea de cada oficio. La ocupación le parecía de lo más tranquila; además, los jefes, considerados y cordiales. ¿Qué más se puede pedir?, les había dicho a los amigos del barrio cuando se les

apareció con el auto, la tarde en que pudo darse una escapada para presumir frente a su esposa. Una rareza aquel lujo reluciente abriéndose paso entre la polvareda de las calles sin asfalto, estacionado frente a una casa de ladrillos sin tarrajear, con puerta contraplacada en la fachada y techo de calamina, en un paraje de *volkswagens* escarabajos. Pedro era un hombre con sueños; pero aprendió desde su niñez, arreando yuntas de bueyes ajenos y haciendo surcos en el campo de su padrino, que hasta los sueños tenían límites precisos. Mirando la casa de Pallardelle tan prolija, el auto que por encargo y confianza manejaba, observando las otras viviendas de la zona, la limpieza y el orden de las calles, los jardines tan verdes y bien cuidados, sabía que nada de eso le era accesible; sin embargo, confiaba terminar de construir bien su casa, tal vez salir de la barreada y mudarse para San Juan o el Agustino; aunque, sobre todo, el norte lo había puesto en tener un hijo, porque la revancha a la vida no la lograrían ni su Carmen ni él, sino el ingeniero o el médico que harían de su niño a punta de esfuerzo.

Joaquín le dijo nos vamos y él, por supuesto, señor, sin esperar más indicación para abrirle la puerta y encender el auto. El día estaba templado, ni frío ni caluroso, perfecto para caminar sin prisas, pensó comentarle Joaquín, mientras le solicitaba dirigirse hacia el Centro, por la plaza mayor.

El Mercedes negro se abrió paso entre las combis, micros y *coasters* hasta llegar a la Vía Expresa, ahí pudo correr junto a demás autos, adelantándose, dejándose adelantar, permitiendo que les cierren el paso aunque a un candidato no le sienta mejor parecer suizo que un criollazo de raza y corazón. Estaban por dar las nueve de la mañana y ya esperaban en radio Santa Rosa al señor Joaquín Medina para llevar acabo la entrevista que la semana pasada postergara. La jerarquía del partido le había aconsejado que estas emisoras de amplitud modulada, con una programación que intercala los sermones católicos o las exhortaciones morales, las citas y discusiones bíblicas con los huaynitos y el folclor de sierra y montaña, le caían mejor a su candidatura que las estaciones de fm, escuchadas por los jóvenes de todo Lima; pero que en poco

abarcaban el resto del Perú. Estas radios son las que escuchan los camioneros, los comerciantes, los minoristas de los mercados y los mayoristas de la Parada, los ambulantes, los obreros de la Capital y provincias, que son el público a captar, mi querido Joaquín. Ninguna invitación se desestima, le apuntó Richard fuera de la reunión. Evidente y muy acertado, pensó Joaquín, postergando su preocupación, pues como la vez aquélla, tan negligente, en que accedió a asistir al canal del Estado para exponer su posición sobre los nuevos aportes históricos originados con los hallazgos arqueológicos en Vilcashuamán y otras regiones de Ayacucho y Cuzco, se exponía a ser visto o escuchado por un auditorio incommensurable y eso, amén de provechoso, era sumamente peligroso. Sin embargo, la comprensible vanidad y, luego, el verdadero afán de proponer un diferente enfoque a la historiografía actual, lo habían llevado a los *sets* de televisión y, para esta ocasión, sin haberse anunciado aún la candidatura, el imperativo de ser una voz y un pensamiento reconocible por las masas según directivas del partido, lo tenía sentando en la cabina con un entusiasmo contagiante, exponiendo las virtudes del pisco y las exquisiteces del pisco sour, los detalles del escudo patrio, las mentiras oficiales sobre el incario y eludiendo con elegancia cualquier pregunta que se anticipara al categórico anuncio del sábado, último día del año.

Pedro lo esperaba en el estacionamiento, dormitando con la puerta cerrada y su infaltable diario deportivo cubriéndole el pecho. Joaquín abrió la puerta despacio, no por evitar despertarle sino por darle un susto; pero el susto se lo llevó él cuando sintió dos manos apresando su brazo con gran fuerza y unos ojos aturdidos y encolerizados indagando en su mirada, antes de reaccionar y ofrecer las disculpas por el arrebató, como Joaquín, por el abuso de confianza. Pensé que entraban a robar, señor Medina, mil disculpas. No, discúlpame a mí, no debí entrar así. Es su auto, señor Medina. Pero es tu sueño, pues Pedro; y así, fueron excusándose el uno al otro, en tanto el chofer aceptaba tomarse un jarrito de cerveza con su jefe. Uno solo, señor, porque la tombería, usted sabe, se está poniendo brava; y le daba las gracias, también mil, porque

nunca se había sentado en un local de esos, tan de señores, señor. Por supuesto, sólo uno, afirmó Joaquín, llamando al mozo.

Desde la mesa podían ver el frontis del Correo Central y, mirando hacia otro lado, siguiendo el pasaje Santa Rosa, la pileta de la plaza mayor de Lima. El carruaje tirado por un viejo percherón seguía aguardando clientela al lado del municipio y, ahí cerca, grupos de gente revoloteaban ante las piruetas de algún malabarista eventual o contemplaban las buenas artes de uno que otro retratista; pero era muy temprano aún para el paseo de las familias numerosas, acariciando la posibilidad de una instantánea en el atrio de la Catedral o frente al Palacio de Gobierno, a cuatro solcitos nomás, tres luquitas y ya, bueno, bueno, se escucharía en la tarde y hasta en la noche, entre ambulantes que ofrecen relojes, cámaras, lapiceros, maletas, chocolates y baratísimos manuales de manejo, de inglés o de redacción, en esta ciudad diversa y dispareja.

La cerveza, dorada, de diminutas burbujas elevándose desde la base, helada incluso hasta perlar por fuera el vidrio del jarro copado de espuma hasta el borde, se sirvió acompañada de una picadita de salame bien salado, por convocar a la sed, a las ganas de refrescarse. Señor Medina, en la mañana, mientras lo esperaba, veía su casa, su zona, y pensaba también en la mía, que es bastante humilde, y me surgió una duda, si me permite. ¿Cómo se hace para ser rico? ¡Qué pregunta! No soy rico, Pedro, la casa es bonita; pero a su vez es pequeña y la compré no hace mucho casi de remate. El auto que manejas es una facilidad que me da una organización... ¿El partido? Sí, el partido. Entonces, ¿recibió una herencia o a punta de chamba? Perdone la indiscreción. Las cosas no son tan sencillas, Pedro. ¿Por qué te preocupa esto? Es que es muy jodido ser pobre, señor. Es como una enfermedad que te agarra en la piel, todos la notan y eso basta para que te ubiquen en un sitio y de ahí no puedas salir. En un lugar como éste, por ejemplo, sin el uniforme y, sobre todo, su presencia, yo sería un sospechoso, pensarían que estoy marcando, chequeando el movimiento. ¿Para robar? Sí. La pobreza espanta, señor. En mi caso, tampoco las cosas fueron color de rosa habitualmente, hubo una época en que yo no tenía ni para comer, incluso ni un techo donde cobijarme; pero nunca me

preocupó más que conseguir un alimento y escaparme de las lluvias. Qué raro lo que me dice, parece broma. El problema, señor Medina, es que ahora la plata dice cuánto vales. A un pobre no se le concede la posibilidad de ser hábil, inteligente o cultivado, pues si fuera así, ya debería haber abandonado las penurias. Ser pobre significa bruto, flojo o borracho. ¿Dime cuánto ganas y te diré quién eres?, podría ser la norma. Sí, así es, señor Medina. Joaquín le preguntó cómo iban los sueños de tener un hijo y Pedro le salió con los sueños que debían cumplirse con la educación del hijo. Oye, hombre, perdonando la franqueza, andas contando los pollitos sin tener aunque sea un huevo de gallina, te pareces a aquellas personas que ya tienen bien resuelto lo que harán con el dinero del premio mayor de la lotería, sin haber comprado siquiera un huachito. Es que usted no tiene hijos, don Joaquín, y bueno, también es pues una persona realizada, si no fuera así, seguro me entendería. Mi hijo se llamará Pedro Condemarín, como yo, y él sí ingresará a la universidad y será médico o ingeniero, ya verá. Joaquín pidió dos platillos fríos para adelantar el almuerzo. No tardaron en llegar dos amplios platos hexagonales, con el cordero al centro y salsa *demi-glace* revistiéndolo, decorados con ramitas de romero y tomillo a cada extremo. Pedro continuó insistiendo en la pobreza, en lo jodida que siempre se empeña en ser, y refirió con desencanto que su abuelo le hablaba de mejores tiempos, del pasado; empero, que se repetirían en el futuro. ¿Cómo así? El viejo decía que lo ocurrido siempre regresa. Usted sabe, claro, que los incas fueron grandes y fuertes, buenos trabajadores y tenían plata y oro hasta para derrochar. Llegaron los españoles y de envidiosos, de codiciosos, acabaron con todo. Pero esta Lima, que es de españoles y nos tiene a todos aplastados, humillados, algún día se derrumbará y nuevamente el Cuzco será nuestra Capital y así, volveremos a tener un Inca, decía el abuelo. Seguro se refería a un Presidente, los incas están muertitos y enterrados, pero tendremos a alguien que se preocupe por la gente del campo, por los pobres. Tal vez llegue el día, señor Medina. De seguro esto usted no lo sabe: Dicen que el Inca fue descuartizado y su cabeza se enterró bajo la Catedral del Cuzco y el resto de su cuerpo en el norte, en Jauja, en Arequipa, otros

sitios, y que se está juntando por debajo de la tierra, y de ahí va a salir a reinar en un cataclismo que cambie el orden de las cosas. Fantasías de los viejos, dirá, eso es imposible; sin embargo, algo va a pasar, no por gusto se siguen contando estas historias, don Joaquín. Los del pueblo, los pobres, también sabemos cosas, no somos tan ignorantes como se piensa. Joaquín concedió con una sonrisa, dejando los cubiertos sobre el plato y pidiendo dos copas de vino al tiempo, para terminar. Escuchó de esperanzas que le parecieron individuales y al poco, descubrió que eran colectivas, ajustándose a los ensueños de una mayoría sin privilegios. En Lima está todo el Perú metido, don Joaquín. Dése una vuelta con su esposa por los barrios y verá. Acá en el Centro, nomás, viaje sin subir las lunas polarizadas del carro y descubra el país... Perdóneme la sinceridad; pero todo es tan diferente a su zona, al Mercedes encerado... ¿Qué tal si nos damos una vuelta contigo por el Jirón de la Unión?, le propuso por solucionar el desafío. Estupendo, señor Medina. Joaquín meditó en cuánto habría cambiado su rostro, cuánto escondía su traje o sus formas y maneras, para ser percibido como un encumbrado patricio y no el hombre llano e inculto que por mucho había sido.

El Jirón de la Unión estaba atestado de ambulantes, cambistas y serenos lidiando con el comercio ilegal. Niños canturreando tecnocumbias por vender una golosina y ancianas pollerudas exponiendo sus miserias para enternecer la compasión de los transeúntes. Frente al convento la Merced, un enjambre de mujeres ofrecía la salvación de las almas con un detente de San Martincito y cerca, los fabulosos escaparates de Saga Falabella ofrecían televisores y equipos de música a precios que juzgaban de ganga y ocasión. Los restaurantes de comida rápida perdían clientes frente a los sangucheros de las esquinas, a los vendedores de churros y pizza con refresco; los mozos de algunos locales cortaban el camino a los peregrinos para ofrecerles los menús y los precios de sus mejores platillos; y la mayoría de las personas caminaban sin importarles el resto, sin interesarse por los demás, porque sus problemas no son los míos y a mí qué chucha, se escucharía de algún jovenzuelo importunado por un orate roñoso, que le exigía unos

soles para volver a tomar. Los carteristas, parados junto a un quebrado tacho de basura o fingiendo vender una bagatela, esperarían un simple descuido para robar sin huir, caminando sin prisas, riéndose de la hazaña con los compinches, porque aquí nadie se interesa por nadie, quede ya nuevamente dicho. Joaquín sí conocía ese rostro de la Capital; pero Pedro le explicaba rozagante, como si de un espectáculo circense en códigos extraños se tratara, las flaquezas de la ciudad. Detenidos antes de cruzar Emancipación, una mujer vieja, sucia, con un atuendo que aglutinaba Ayacucho y Huancavelica, tan multicolor como ajado, les estiró la mano y al niño, que debía ser su nieto o algún muchachito prestado o de alquiler, esperando una dádiva, un sencillo para remediar el día. Pedro, a su lado, descubrió con sorpresa a su jefe intentando comunicarse en quechua, pero no obtuvo respuesta; tanteó el quechua del centro y ya no el cuzqueño, pero tampoco logró extraer una palabra. La viejita está casi sorda, explicó el chiquillo sin bajar la mano. Joaquín lo cogió por la cabeza, sintiendo sus cabellos duros y gruesos, pegosteados, mientras esquivaba el recuerdo de tantas veces pasadas en que decidió privarse de algún fruto para compartirlo con esos infortunados que siempre poblaban los caminos, pero el pedido seguía aguardando y Pedro procuró facilitarle unas monedas. Joaquín le atajó: no vale la pena, intentó decirle mediante la seña apresurada, pues mañana también tendrían hambre o en unas semanas se escocerían por el calor. El remedio no estaba en una limosna, quiso comprenderle su chofer; sin embargo, soltó unos cuantos soles a las dos manos que seguían aguardando, que las cogieron con un par de agradecimientos y un final lamento.

Los cines ya recibían a sus primeros clientes y las marquesinas ofrecían las novedades con letras coloridas. Las películas cómicas o de acción se ofertaban en horarios dobles, sin canchita ni gaseosa de cortesía. Afuera, las calles seguían bullendo, reinventándose una imagen a cada minuto. Decidió regresar al auto, ya era tiempo, pensó sin comentarlo con Pedro, que permanecía callado y pensativo. Dio media vuelta antes de llegar a la plaza San Martín, antes de encontrarse con la figura ecuestre del General

saludando a la ingrata ciudad que le dio la espalda; con la estupidéz de un camélido decorando la testa de una doncella de piedra tallada a los pies de su caballo, en vez de una flama; de apesadumbrarse por los orines que no dejaban de hervir bajo el calor que anunciaba el verano, expulsando su hedor de amonio alrededor de las bancas; de escuchar a los traficantes de la democracia y los panfletarios de politiquería. Fuera, fuera, le escuchó a Pedro, arrojando manotazos a un perro lampiño y sarnoso que se les acercaba. Joaquín le vio las orejas de murciélago, la cola de roedor, el mechón de plata coronando la cabeza, la falta de pelo, el color de ébano salpicado de múltiples eczemas y supo como un relámpago, que ya le estaba llegando el tiempo de partir. Déjalo, hombre, le indicó a su chofer, teniendo cerca nuevamente a un animal que en tantas otras ocasiones, distintas a la inicial, había observado de lejos, sin inmutarse, sin inquietarse, como algunas veces contemplaba el paisaje o a la gente; pero en esta ocasión sería la calle, la plaza al frente, el vino o la cerveza, o su tan afectiva proximidad, que terminó agachándose para estirarle la palma de la mano a dejarse olisquear la comida reciente, a dejarse olfatear el pasado y el presente. El perro se acercó sin temor, porque no le temían. Se veía muy mal, olía mucho peor; pero Joaquín lo abrazó sin cuidarse por las manchas de sangre seca que ensuciarían sus prendas, sujetándolo del cogote y confiándole muchas verdades inaudibles para el resto, ambulantes o uno que otro loquito detenido en la acera mirándolos, sin entender quién definía realmente lo que galardados doctores llamaban cordura. Joaquín sintió sus párpados húmedos, enredados por la nostalgia. Dejó caer unas lágrimas que empaparon la otra piel, que se arrojaron sobre el negro cuerpo del animal, quien también se dejó abrazar por la pena y la congoja compartida. Un silbido, a lo lejos, liberó al perro de su estado. Paró las orejas y estiró la cola, intentó un ladrido lacónico y seco, y, al poco, huyó dando vuelta a la esquina, hacia los portales, internándose aún más en los restos edificados de la gran Lima.

Pedro acompañó el regreso sin pronunciar una sola palabra, comprendiendo que todos, siempre todos tenemos un pasado que

nos ata, nos convoca y nos remece a pesar de los años, de las venturas o los fracasos.

Entonces, estamos todos de acuerdo. Regreso a más tardar el día viernes a Lima, los horarios y fecha de vuelos ya están confirmados, así que espero poder finiquitar de una vez por todas el tema Joaquín Medina. No, no... no se preocupen, aún no es necesario llevar custodia, guardaespaldas o cualquier zonzera, todavía es exagerado para provincia, confiemos en que a la distancia, Héctor logre monitorear con eficiencia mi seguridad; además, sería un exceso si seguimos pretendiendo que nuestras indagaciones sean secretas y reservadas. Pierdan cuidado, a este candidato no le pasará nada. Como siempre en mi ausencia, el doctor Melchor Segura queda a cargo de todo para estos dos días; y claro, si es indispensable consultar algo conmigo, el teléfono existe. Eso es todo. Muy buenos días, señores, señoritas... buenas tardes ya. Nos volvemos a reunir el viernes a las nueve de la mañana, en punto.

Joaquín acompañó en la mesa a Catalina sin probar bocado alguno, conversaron poco y se levantaron sin proponerse nada para la tarde. Él se dirigió a su estudio y ella entró detrás, preocupada, preguntando qué le ocurría. Él le refirió las escenas del Centro, reservándose la del perro, le reseñó las peculiaridades del diálogo con el chofer y reinventó sus impresiones frente a cada detalle visto y contemplado. Ya olvídate, le dijo ella. Pero el olvido nunca se elige, al igual que el odio, la pena o el amor, y, además, ése no venía a ser el problema sino, la sosegada sensación de ser uno de esos moribundos que vagan recogiendo por las calles y lugares de juventud o infancia, sus pasos. Le propuso salir al cine, a tomar algo, ya que lamentablemente las fechas de fiestas intentan anular toda actividad entre ellas y, aunque sólo a ti se te ocurra alargar las clases, la ciudad cae en la modorra, en la pereza, en la inercia, que al fin y al cabo, nos atrapa a todos. Le dijo Joaquín que bien, buena idea. Y se pasaron la tarde viendo una cinta latinoamericana que les confundió los ánimos, recorriendo algunos cafetines sin decidirse por ninguno y, finalmente, tomando unos

helados frente a un parque colmado por madres, niños, ancianos, también por músicos entusiastas, artistas de cuarta y pintores de a medio. En casa, las horas habían acomodado el día hacia la rutina, con Rosita descansando su jornada y todos los aparejos reacomodados en sus verdaderos sitios. Decidiendo no fastidiar el orden nuevo y reluciente, fueron hasta el cuarto de baño, luego al dormitorio y, por fin, a la cama. Se internaron bajo la colcha, entre las sábanas, animados a despojarse de toda prenda y, más aún, de todo prejuicio y temor.

Desnudos, con la tenue luz de una lámpara trazando sus formas, acercaron sus manos como chispas de estrellas cruzando los dedos uno con otro; se concedieron un beso en la mejilla, algunos más, y dos más en los labios, mordisqueando las comisuras en torno a la boca; luego jugaron con las orejas, con el cuello, y, al fin, recobraron las manos para emprender las caricias en el resto del cuerpo. Él acercó las palmas a sus senos, redondos y pequeños, tanteó con las yemas la parte inferior de su copa, la envolvió entera, la cubrió hasta el pezón sonrosado que se endurecía a cada contacto, que se erguía a cada roce, lo pellizcó ora con delicadeza, ora con fuerza; acercó el rostro a la frialdad de su busto, sintió la tersura de la piel, la calidez que comenzaba a apremiarle; con el rostro también se acercó a su ombligo, besó el orificio medio de su cuerpo, jugueteó con la lengua sobre los pliegues antojados de la pequeñísima oquedad; palpó su vientre libre de las cuadrículas tan apreciadas por las jovencitas atléticas, en cambio, palpó un vientre de mujer más obrado en algodón que en piel, se deleitó con su blandura y su tibieza; jugueteó aún con sus senos ansiosos, erigidos contra las leyes del tiempo y la gravedad, presionó entera su delicadeza, los meció con un vaivén acompasado; regresó a sus pezones ahora fuertes y dispuso un par de dedos a cada uno, para hacer de ellos un arrebató, apretujándolos entre sus yemas, improvisándoles una nueva redondez, luego acercó los labios y degustó el sabor de su carne abrasada por el calor interno que ya la hacía moverse, menearse. Mordisqueó cada pezón sin premuras, jugueteó con la lengua sobre la aureola rosa que esperaba por inflarse también; le besó el cuerpo, el cuello de nuevo, los hombros, dio

tenues dentadas a sus contornos, una, dos, diez veces; mientras con las manos tanteaba sus muslos calientes, ardientes, versátiles, inquietos, sintiéndolos gustosamente húmedos al rozarle, al tocarle. Con la palma cubriéndole el monte hirsuto y oscuro, el triángulo candente, entremetió cada dedo en los anillos de sus vellos, los acarició por atender al rumor que dejaba el contacto, por seducirse, por animarse a embestir en el enigma mayor y más ansiado. Descendió en el cuerpo prodigando besos minúsculos a cada palmo de su piel, hasta que llegó a la cavidad hirviente, mojada y carmesí; escondió el rostro tras la maraña de pelusillas negras que presagiaban los meandros de su piel, internó sus labios como un novato, como el novato que siempre fue, inventando con paciencia cada caricia cual primera vez, explorando con el gusto los sabores ácidos y amargos de un espíritu que ansiaba unirse al suyo. Retiró su rostro y le acercó el miembro erguido, por largo rato expectante del despliegue sensual; tentó lentamente el ingreso, despacio, y fue entrando ante la emoción desbordada de ambos; pero la naturaleza sabe ser infiel sin explicar motivos y el miembro fue decayendo y replegándose, huyendo de la oquedad ardiente, terminó sin terminar. ¿Qué ocurrió?, amor, preguntó Catalina, sinceramente intrigada. Qué más, pues, qué más. Tranquilo, quiso decirle ella con los labios; pero sus manos ya estaban hablando, posadas sobre sus hombros, sobre su cuello, sobre su pecho, sobre su vientre, entre sus piernas, sobre su miembro derrumbado, que muy poco tardó en despertar, en erguirse como ambos esperaban, mas no había prisas, y ella decidió deleitarse con su dureza, con la nervura de las venas tensando el músculo caliente. Retozó con las yemas sobre sus vellos por imitarle el juego, palpó sus contornos, le presionó, le aprisionó con fuerza, mientras subía y bajaba la mano en un ritmo cansino al inicio y luego frenético, logrando el hervor de la piel a mayor violencia; le sujetó luego los muslos, le acarició con delicadeza sin dejar de invitarle con la mirada a que hiciera con ella lo que le placiera, pues estaba indefensa para él, solamente para él. Ambos tocaron el cuerpo ajeno que una vez más se hacía propio, con las palmas, las yemas, los labios, compartiéndose susurros de amor que iban desde promesas de eternidad

a complicidades pasadas que vaticinaban futuras, se dijeron con un beso cuánto se amaban, también se mintieron rechazo por agrandar los deseos y se convencieron con unas caricias que podían retar a la muerte, como desde hacía tantos siglos venía instruyendo Quevedo. Decidieron con una mirada palpar nuevamente el ardor de la espada y el fuste, de la oquedad y la cuña, y pensaron que ya era el tiempo de mandar al diablo tanto impedimento fortuito; pero en esta ocasión, él se dejó hacer. Derribado de espaldas sobre las sábanas revoloteadas, la vio treparse sobre su cuerpo, elevarse como una amazonas sobre el manso caballo sin montura en que se estaba convirtiendo; la vio con los cabellos sueltos y echados a un lado, observó con sus manos la majestuosidad de sus senos redondos y pequeños, arrulló su cintura mientras ella comenzaba a menear las caderas sobre su miembro, acercándose de a pocos al mástil firme y tieso; le rozó con sus labios otros su comienzo, exhibiendo en los gestos del rostro el poder de la inicial redondez de su existencia erguida... sin sonrisas y sólo con ahogados susurros, supo él que ella lo estaba sintiendo, que ya todo estaba ocurriendo; sin embargo, no fue en el rostro de ella sino en su propio cuerpo, que descubrió el infausto desplome, nuevamente. Aguarda, le dijo Catalina, cuando retomó las caricias con los dedos; pero ya para qué, pensaba Joaquín, convencido de que sería inútil. No, espera..., le dijo sin que ella se detuviera. Quiero que sientas, mi amor. Estuve sintiendo, estoy sintiendo..., quiso terminar de explicarle antes de hundirse en el silencio, inclinado a pensar que para las palabras es imposible transmitir sinsabores o padecimientos. Hubiese querido confiarle que no requería más, que bien le bastaban las caricias y el afecto puro y hasta fraterno, que había decidido aceptarse, comprender que los cuerpos tienen sus alcances y, por lo mismo, sus restricciones; que lo lamentable continuaría siendo para ella, pues no acababa de ser ruinoso dejarle de cumplir en la cama como un hombre pretende a la mujer que ama; pero resumió todo diciéndole, pidiéndole: acéptame. Catalina posó sus ojos sobre los suyos por contemplarle, como en una mañana con lluvia o como en la tarde en el parque, con la misma mirada de todos los días, la mirada que para todo lo que vivieran

juntos le ofrecía. Joaquín desentrañó en sus ojos su respuesta, radiante la descubrió sin esperar a oírla de sus labios, radiante pues nada cambiaba, todo igual proseguía. Al poco, un sinnúmero de palabras refrendaron cuanto revelaba su mirada y atento, al escucharla, supo lo que pensaba, lo que ella concedía y deseaba.

Tres alumnos, aparte de Juan Manuel, aguardaban en el aula; mientras que en el parque, sobre el césped descuidado y entre arbustos, solamente hallaron a una pareja de conocidos, pero más interesados en remediar el frío matinal con caricias que en participar de una clase. Sin objeciones, los cinco propusieron culminar el año en la cafetería de una facultad cercana. Bizcochos y alguna infusión caliente para enderezar el día, bien bastaban como marco a un diálogo final sin grandes hasta pronto ni hasta mañanas.

La idea era impartir una clase; sin embargo, la fecha y los ánimos dejaban de ser propicios para proyectarle un nuevo final a un tema ya concluido. Ensayaron proponerse ideas, discutir hipótesis o compartirse informaciones distintas; pero todo fue naufragando entre las interrupciones de compañeros que se detenían a saludar, el barullo de las mesas vecinas y las constantes aclaraciones al servicio. Una lástima culminar el año de esta manera, convertidos en media decena de gatos sin mucho que conversar, confesó Joaquín con sinceridad. Era momento para que alguien le explicara que siempre son así las cosas, pues no había motivos suficientemente grandes como para retener unos días más al alumnado calentando el asiento, luego de haberlo hecho por casi nueve meses, cuando el último examen ya había sido tomado. Y se lo explicaron con claridad a Joaquín, tal vez por desagrarar a los ausentes o posiblemente, por evitar el silencio; pero a Joaquín le costó comprenderlo, hasta que Juan Manuel se lo expuso en más claros términos: El cronograma establece que las vacaciones comienzan días antes de Navidad, profesor.

De regreso a casa, Joaquín comentó con Pedro que su último día de clases había sido un desastre. Una cosa es ser el maestro al frente y otra muy distinta, ubicarse como un amigo en la mesa. Felizmente había estado Juan Manuel, con quien pudo comentar

varias cosas y postergar muchas más para luego, le dijo, sin indicarle para cuando. Un apretón de manos y un buena suerte entre todos, alcanzó para clausurar finalmente un año académico que hacía rato exigía tener término.

Cerca de casa, Joaquín pidió detener el auto frente a una panadería. El quinto turno de pan estaba saliendo y el sugestivo olor, el vapor que inundaba el recinto, avivó su deseo de comerse algunas piezas con mantequilla bien derretida, como se ufanan en hacer los niños cuando sus madres están fuera. Compró diez panes, pensando compartirlos con su chofer, Rosita y su Catalina. Subió al auto ahora contento, despreocupado del mal inicio que había tenido la jornada. Al dejar la Arequipa y entrar a Pallardelle, ya la mañana se llamaba mediodía y el día era otro, gustando del sabor del trigo amasado y cocido.

— Sí, tío. Dígame.

— *Confirma la reunión para mañana, Héctor. Al parecer estaré arribando a Lima hoy a la noche...*

— ¿Todo bien?

— *Por supuesto, sobrino. Encárgate tú de todo. Ya mañana se enterarán.*

— De acuerdo, tío. Buen viaje. Cuídese.

— *Siempre me cuido, hijo, siempre. Nos vemos.*

El almuerzo estaba listo y la mesa por servir. Catalina abrió los panes y los untó por ambos lados, antes de repartirlos. Rosita salió de casa a entregarle a Pedro un vaso de gaseosa y dos piezas, tomándose un tiempo antes de volver a entrar, conversando muy entretenida un rato; mientras dentro, en la sala, Catalina escuchaba de Joaquín que no quería visitas ni que le pasaran en la tarde llamadas, que estaría luego del almuerzo en el estudio, revisando algunos papeles, viendo algunas cosas... ¿qué cosas?, mi amor. Ya terminaste con las clases. Lecturas, redactar el discurso para el sábado, cosas así. Almorzaron sin dialogar mucho y antes de levantarse, Joaquín volvió a indicarle que estaría entre sus libros, sumergido en el estudio.

Sobre el escritorio, volvió a disponer unas hojas en blanco y esparció sin concierto varios libros: novelas, poemarios y también, una Biblia. Abrió el cajón de la derecha luego de cerciorarse desde su sitio, con un vistazo, que la puerta hacia el pasadizo permanecía cerrada. ¿Ya es el tiempo?, leyó Joaquín al abrir la cajita de caoba. Observó el arma dentro; pero no la sacó de su escondrijo, solamente la contempló como a un objeto sin valor, libre de afectos o temor, antes de volverla a ocultar en el cajón, reteniendo el papel timbrado y amarillento. ¿Ya es el tiempo?, leyó nuevamente, antes de rasgar en dos, luego en cuatro y así, en pequeños pedazos, el viejo papel de la pregunta antigua.

El sol filtraba con dificultad sus rayos por la única ventana del estudio; pero incluso así, Joaquín prefería no encender la luz eléctrica, prefería la sombra de la tarde a la farsa amarilla de los dos focos del recinto. El silencio era imperturbable entre los estantes repletos de libros y la ventana hacia el exterior cerrada, negándole el paso al barullo de la calle y al viento, con su olor cada vez más penetrante y aún desconocido. Un vaso de agua lo esperaba servido a su lado y, además, una jarra cristalina en la mesita de junto; con todo, no encontraba la manera de empezar sus líneas de despedida. Quería dirigirlas en un principio a Catalina, luego a los amigos vivos o muertos y, finalmente, explicar el motivo de su suicidio; sin embargo, no es nada fácil contarle a un pedazo de papel que uno quiere matarse, tampoco detallarle el porqué y, menos todavía, confesar con rigurosa sinceridad que no hay nada ni nadie capaz de variar tamaño cometido.

Abrió la Biblia, necesitado de encontrar una cita que refiriera algo sobre el suicidio. Ya no era un hombre profundamente religioso, de aquellos que temen y reverencian a la divinidad, ya no creía ciegamente en el cristianismo ni pensaba seriamente que hubiera un juicio final, una vida ultraterrena ni un castigo o redención eterna; pero aún confiaba en Dios, aunque no podía afirmar que existiera, aunque negara cualquier velada existencia. Necesitaba, siempre necesitó creer en ese Dios que no coincidía a fuerza con el del sermón o la eucaristía del catolicismo, que bien podía ser un dios taoísta o celta, según las atribuciones que su dejadez y

su razón con el paso de los años le conferían; pues era un dios suyo, particular, brotado de aquel Dios cristiano que lo enfrentó contra su destino en su momento primordial. Juntos, el Dios y su criatura se habían ido modificando con los años, tanto, que su vida ya no podía identificarse con la existencia del resto; por otro lado, la muerte tampoco tenía el mismo significado para su pareja o sus amigos frente a lo que simbolizaba a su entender. No era un experto, un exegeta de la Biblia, y por más que hurgó, solamente dio con la sanción, el castigo perpetuo al homicidio. Pamplinas, hubiera pensado si aún brillara el día y se mantuviera en la calle sintiendo la risa de la vida en unos niños o viendo el hedor de la miseria en una pareja de mendigos; pero si los rayos del sol ya no se filtraban en el recinto, la puerta y la ventana seguían cerradas, sus papeles todavía permanecían en blanco y no había Catalina que desde fuera importunara, podía la muerte ser un supremo castigo. Se paró y dio unas vueltas en torno a su escritorio para disipar su mente de tan absurdas imágenes, propias de tiempos ya idos, de situaciones pasadas. No pudo enumerar todas las veces en que deseó morir ni tampoco todas las ocasiones en que ansiaba salvar la vida del frío, los peligros o el hambre. Le pareció tan ajeno aquel hombre que urdía planes, cada cual más inalcanzable que el anterior, sin tener conciencia de estarse inventado motivos para vivir. ¿Podría inventarse uno nuevo ahora? Abrió de nuevo el cajón del escritorio y con el arma en la mano, se preguntó si de verdad podría idearse una salida; y, abrumado, inquirió algo más sobre el camino contrario: ¿todavía valía la pena seguir con vida? El arma, mudo testigo del rumor de muchos sucesos y algunas fantasías, en sus manos dejaba de ser el objeto inerte de la caja cuadrada, el seguro y los goznes oxidados, para convertirse en la arena de lidia entre la permanencia y el fin.

Dos toques en la puerta, tres más siguiendo una melodía y luego uno para terminar, espaciado, lo llevaron a Joaquín a decir abre, pasa; pero Catalina se quedó a contemplar desde el umbral, sin preguntar por la oscuridad que ensombrecía el recinto, preocupada por si algo le faltaba, si algo quería. No, nada. Estoy en el cuarto, amor, le dijo ella a manera de invitación y despedida, luego de

cerrar nuevamente la puerta, de marcharse taconeando por fastidiar desde afuera, por facilitarle una sonrisa.

Sentado nuevamente, encendió la tenue luz de la lámpara del escritorio para iniciar, por fin, la nota fúnebre de su despedida: Tengo miedo, pensé que no temería; pero... Rasgó la hoja y la tiró al tacho. La recogió al poco y, con la ayuda de un encendedor, le prendió fuego. Se dirigió con cuidado hacia la ventana, cubriendo del ligero viento la flama que consumía siete sinceras palabras que no le interesaban; sin embargo, las cenizas se esparcieron tanto adentro como afuera de la habitación, en el silencio y la opresión del recinto, en la soledad de la calle, pobre de pasos, premuras y de autos, habitada por ladridos lejanos o algún silbatazo en anuncio de una guardia recién relevada, emprendida. Quería decir que lo lamentaba, lo lamentaba tanto que le aterrorizaba la decisión; que amaba profundamente a Catalina y que también pudo haber amado a Flor, a Florcita; que si pudiera extrañar, extrañaría también a Josefina a secas; quería expresar lo que significó en su vida don Rómulo; escribir sobre Richard, Viviana, hasta del maldito Pizarro, a quien nunca terminó de comprender; mencionar a La Tircha, enigmática y por lo mismo, aterradora; hasta quería escribir sobre el hijo que Pedro tal vez nunca tendría; empero, comenzó dibujando sobre el blanco papel tres palabras urgentes: Te amo, Catalina. No requería otro inicio. Continuó: Esta carta va dirigida a ti y, aunque entre todo lo que escriba a veces me refiera a personas que ni siquiera frecuentas, que ni imaginas, no te afanes en buscarlas o contar a quienes conozcas lo que en estas líneas te dejo. Esta hoja de papel es para tus momentos de intimidad, para que aprendas a perdonarme por lo que haré en unos días. Seguro pasará muy poco hasta que la encuentres en la caja donde debía estar el arma; por supuesto, yo estaré ya enterrado y de mí te habrás despedido con una oración o te seguirás despidiendo aún en casa; pero recuerda que el tiempo seguirá siendo nuestro presente mientras lees estas palabras, será el presente cuando regreses a ellas aunque se marchiten tus años y conserves en quién sabe qué rincón esta hoja que ahora te escribo. Hace un rato dejaste de entrar al estudio, te quedaste en la puerta cuando yo esperaba que me

rescataras de estas tinieblas y tú seguro evitabas molestarme... Así son las incomprendiones, ¿no? Una palabra que se escapa del pensamiento puede, a veces, trastocar la voluntad, mas nunca los designios. Recuerda siempre que no había palabra o frase que me dirigieras, capaz de alterar mi decisión. Sé que necesitas saber por qué acabaré... acabé, con mi vida, y te lo voy a explicar; pero seguro, antes ansías escuchar que te amo y te recuerdo, que si pudiera amar desde donde estoy o no estoy, no lo sé, te seguiría amando. Es confuso todo esto; quisiera componerte estas líneas como si estuvieras ahora al frente de mí, pero también quiero escribirte para todos tus días. Te amo y no olvides nunca que me diste el mejor tiempo que yo haya tenido; no obstante, tuve a una vez el valor y la cobardía de cortar de un balazo tanta dicha, porque... Te parecerá inconcebible; pese a tantos deseos de detallar, de compartirme mi vida, de hablar por fin, no encuentro el camino para revelarte el porqué de mi suicidio, mi Catalina. Hacerlo de la manera en que me entiendas, logres comprenderme. Joaquín alzó el papel y lo leyó sin corregir ni cambiar nada, pues no esperaba quedar satisfecho ni tampoco decepcionado, sólo descubrir si todo lo que estaba experimentando estaba ahí. A pesar de la franqueza, no encontró tanto, solamente un remedo del dolor, la frustración y el miedo, una copia burda de la ansiedad por finiquitar su destino. Cogió otra hoja, guardando la primera dentro de la caja, debajo del arma, juzgándola ya terminada. Pensó narrarle su vida; pero cómo resumir una existencia imposible sin que pensara que se asesinaban en sí mismo el cuerdo y el loco. Escribió: Tengo tanto años soñando cosas que nadie sueña, soñándolas despierto, quiero decir, que ni siquiera caí en la cuenta de que debía haber muerto hace mucho tiempo. Tengo la edad del olvido, así de longeva es mi existencia, mi amor. La muerte me desdeñó cuando yo me olvidé de ella y sin nunca encontrarnos, he decidido buscarla para que me libere del cansancio de una presencia perpetua, que fue muy dura, muy difícil y que tú hiciste bella. No es sencillo precisarte con detalle lo que refiero y, sobre todo, sería inútil; primero, porque te resistirías a creer cuanto leas y segundo, porque francamente no hace falta. Recuerdas a mi amigo, tu amigo Juan Manuel Chávez,

búscalo y dile que te cuente sobre qué hablábamos, tal vez aquello logre más que unos párrafos de alucinación que no sé escribir. No pienses que él miente cuando no comprendas, cuando te niegues a entender, solamente escúchale y vuelve a estas líneas, acaso así completes lo que ahora se muestra fragmentado y confuso. Joaquín repasó lo que había escrito y guardó la segunda hoja también en la caja, bajo el arma.

El viento arrastraba el polvo de la calle hasta las sombras que se resistían a marcharse de los estantes, lejos de la débil luz de la lámpara. Joaquín quería seguir escribiendo; pero ya se había hecho muy tarde y afuera el silencio parecía prudencia y sigilo de presencias ocultas. La noche era extraña, demasiado apática y callada, parecía resentida, capaz de agredir o dejarse agredir, contrariada.

Catalina apagó el televisor cuando lo vio entrar. Te esperaba, le dijo; mientras él la arrullaba en un abrazo, evitando la inquisición de su mirada. Se acostó a su lado, luego de pasar por el baño y mudarse de ropa. Se dieron un beso y unas caricias y no intentaron más, porque habían aceptado que más no podrían. Miraron la calle a través de las rendijas libres de las persianas y notaron que afuera garuaba, que la noche se haría fría con la neblina densa que desde lejos se acercaba y que mejor sería dormir bien abrigados, mejor aún, juzgaron ambos, muy abrazados, a ver si hacían posible compartirse los sueños o cuanto menos, soñarse el uno con el otro.

Joaquín no pudo dormir tranquilo, imágenes interrumpidas lo despertaban a cada rato y los segundos del reloj le martillaban su sonido sin descanso. Sobre el velador, entre las sombras, distinguió los caracteres rojos parpadeando persistentemente: 2:32, 3:10, 4:18, 4:46 y 5:09, confirmándole que no dormía, que sólo cerraba un tanto los párpados por el cansancio. Salió de la cama luego de burlar los brazos de Catalina, de cubrirle bien las piernas y cobijarle los pies, de darle un beso. En la cocina, todo estaba en orden. Tras la ventana, sin la cortina corrida, pudo ver que nadie transitaba y ni un barullo desde fuera se dejaba escuchar. Imaginó que en otras casas la gente se acurrucaba entre las colchas y las sábanas, que solamente unos pocos, muy contados, entre las sombras

deambulaban sin merecer el sueño a pesar de la fatiga, de las ansias desesperadas por dormir. Se sirvió un vaso de agua y salió a la calle aún en la penumbra, descalzo, sin mudarse de ropa. Sintió el frío rocío en sus plantas, el aire también frío que anticipa la mañana refrescándole las mejillas. Se sentó en el césped bien cuidado de su jardín, pegó la espalda a la pared de su casa, de su casita de Pallardelle, y distinguió en lontananza el primer destello del sol, mientras en el lado opuesto, el lucero del amanecer se resistía a marcharse.

— Hoy debemos dejar todo listo para mañana; así que mejor comenzamos temprano, Vivi. El día puede ser largo, y los jóvenes ya deben estar en el local trabajando.

— Antes, no sería mejor telefonar a Joaquín y saber cómo está, qué anda pensando.

— ¿Sigues preocupada?

— Tú también, ¿a quién pretendes ocultárselo?

— Tú lo oíste, sí quiere postular. Cierra ya ese tema. Catalina no te dijo ayer por teléfono que se encerró a preparar su discurso, ¿qué más esperas?

— No estoy convencida, los visitaré más tarde.

— Vivi, has lo que quieras. Pero no me vengas a buscar con la noticia de un Joaquín Medina de portada, sin ánimos de postular.

— ¿Qué estás queriendo decir?, amor.

— Lo que escuchas, cielo. Lo que escuchas.

Se fueron reuniendo poco a poco en torno a la mesa ovalada. Ramiro Lazcano llegó, muy entretenido, conversando con Graciela Narváez y Ximena Masías. Les contaba, nuevamente, que ésta era su tercera participación en una candidatura, y claro, sería la vencida, repitieron ellas no por seguirle la muletilla sino porque confiaban en la victoria, como también confiaba el pleno del Concejo que seguía congregándose entre frases de estima y expresiones optimistas. Finalmente, don Melchor Segura le restituyó el asiento a Santiago Calderón cuando transpuso la puerta en compañía de su sobrino Héctor, ambos muy sonrientes y dicharacheros,

impacientes por dar inicio a la reunión, en unos minutos, a las nueve en punto.

— En esta ocasión, no nos hemos reunido para atender sus pedidos o sopesar sus propuestas, hoy se han sentado a esta mesa a escucharme. Así que, sin dilatar más el inicio, permítanme participarles nuestra primera victoria en estas elecciones. José Villanueva Durán es un vecino de Cajamarca con cierta importancia en la región, ha sido alcalde provincial más de una vez y, entre otras particularidades, está la de ser un tipo bastante acaudalado, obviamente con significativos grupos opositores y gran cantidad de intrascendentes envidiosos hablando sandeces a sus espaldas, de esos que siempre regatean el éxito a cualquiera, como su propio hermano, un mequetrefe llamado Jonás, según me refirió Héctor, que también pudo conocer a la madre, en su Huaraz natal. Una buena y vieja mujer que habla de su mejor retoño con rebosante orgullo, exhibiendo entre sus pertenencias sus fotografías en diarios, haciendo suyos los logros del hijo. En fin, una familia entre tantas. Este Pepe Villanueva es una persona cortés; pero nada inocente. Si nos ha dado una mano, no es por gusto. Al referirse a mí, usaba el título de Presidente, el muy ridículo. Definitivamente espera que el favor se pague con favor y, en consecuencia, no habrá que olvidarlo en los meses siguientes. Hace unos días, por teléfono me dijo que recordaba el nombre de este profesor, buen profesor del colegio La Libertad. Sin dudas ni titubeos me reveló el nombre: Joaquín Medina. Ayer, en su casa, comiendo unos cuyes gigantes con papita picante y cebollita china, con unas jarras de chicha de jora, todo muy campechano e íntimo junto a su mujer y sus hijos, que tiene hasta para regalar, me reiteró exactamente lo mismo y, es más, me tenía preparado este regalito, sin haberle detallado yo lo que esperaba. Miren al centro de la foto, ¿a quién ven? ¿No es acaso nuestro estimable catedrático sanmarquino? La misma cara, el rostro pálido, el cuerpo esmirriado. Definitivamente es él, a pesar de la barbita de comunista que no logra ocultar mucho. Miren ahora atrás, la fecha: catorce de noviembre de mil novecientos cincuenta y siete, cuando Pepe Villanueva cursaba recién el primer año de media. Claro, pueden decir que esta foto es trucada,

es falsa, los nuevos avances de la técnica logran cualquier cosa; pero no olviden que Villanueva no tenía nada clara la idea de lo que yo andaba buscando ni tampoco la tiene muy clara hoy, después de haberme marchado de su provincia y, menos aún, supone que este Joaquín pretende postular. La prensa, afuera, o nuestros rivales, pueden decir que esta fotografía es un embuste, una farsa; sin embargo, los catorce que hoy estamos aquí reunidos sabemos perfectamente que esta toma es real y que ese profesor es la única falacia, la única fantasía en todo esto.

— Santiago, ¿estás seguro de que esta foto es auténtica?

— Por favor, Justo, no soy ningún idiota. Lo único que logra la foto es confirmar una suposición muy poderosa que yo tenía hace buen tiempo. Recuerda que esto no es la prueba final de un dato tirado desde afuera. Todo lo hemos manejado, mal que bien, dentro de estas cuatro paredes a raíz de mis sospechas. Esta toma sirve para el público, para los electores, para algunos de ustedes mismos que aún no se convencen, no para mí, yo cuento con muchísimas instantáneas, todavía en colores, conservadas en mi memoria desde la adolescencia.

— Es decir, Santiago, ¿pretendes acusar públicamente al profesor, al catedrático Joaquín Medina, no sé si de fraude, estafa, lo que sea, de mentiroso, acaso? ¿Cómo lo piensas hacer?

— Ahí está el problema, Melchor.

— ¿Cómo el problema?, don Santiago.

— Es que, Graciélita, no puedo pararme frente a los medios a decir que este Joaquín tiene el mismo rostro de hace cincuenta años.

— ¿Entonces?

— Para eso nos deben servir todos estos folios de investigación, ¿no?

— Por supuesto, Héctor. Pero ni aún con todo, salir con esta noticia a la prensa es tan fácil.

— Escúchenme todos un momento —pidió Jorge Noriega, poniéndose de pie, un tanto nervioso, venciendo su incapacidad para exponer abiertamente sus opiniones o sus dudas, por más apreciadas y aprovechadas que siempre han sido—. Obviamente, don Santiago no podrá, no debe, pararse frente a las cámaras a contar

las cosas que nos ha revelado hoy como lo ha hecho con nosotros. Pretendiendo ser un estadista, lo que peor le cabe es mostrarse como un acusete público, aunque parezca forzoso en una situación aparentemente tan clara, veraz y comprobable. Es decir, don Santiago no saldrá a exponer y, más aún, a exponerse, frente a los medios, a pesar de la gran persuasión que ostenta y que nos transmite con respecto a esta acusación.

— Oye Jorge, tú no crees un ápice de cuanto vengo exponiendo, ¿no?

— La verdad, no importa lo que yo crea. Estoy aquí porque soy un buen abogado, no un servil chicheñor, don Santiago. Quiere mi verdad, pues no lo puedo creer; y nada tiene que ver con la integridad de sus palabras o porque su veracidad sea cuestionable. Ocurre algo simple y cotidiano: No lo termino de comprender. Si yo, que estoy viendo tantas pruebas y respirando tanta convicción, poco entiendo y, por ende, me resisto a creerlo, cómo esperar que la prensa acoja con seriedad esta denuncia.

— ¿Qué estás sugiriendo?, Jorge.

— Usted, Don Melchor, y con el perdón del resto de los presentes, es el hombre más intachable de esta mesa. Honorable y de palabra, ¿de acuerdo? Si usted comete una falta y un opositor apresurase a los medios para hacerla pública, tenga la certeza de que en muy poco dañaría su buena fama, puesto que no tardarían en aparecer sus buenos amigos, sus partidarios e incluso, sus acérrimos adversarios, a defender su honor; claro que el rumor iría por calles y plazas y, bueno, la duda podría quedar sembrada; es más, la prensa hurgaría y seguro daría con algunos trapitos insólitos que serían comidilla por unos días, unas semanas; pero luego la noticia, porque al final todo es noticia, sería desplazada por otra novedosa, tal vez grotesca o ridícula venida de un personaje distinto, inmerso en otros hechos. Sin embargo, si a usted en intimidad le manifiestan tamaña verdad y lo descubren sin necesidad de alzar la voz, de increparle esa gruesa falta cometida, el golpe sería mayor, porque no hay persona íntegra que se mantenga erguida ante un espejo deformado. Así, a las personas como usted se las mella sin mancillar su honor en vitrinas y rótulos, sino, en una habitación a puerta cerra-

da, charlando de a dos, con sinceridad descarada. Esa es la forma de asumir este asunto, señores. Porque si Joaquín Medina no se cuidó de limpiar todos sus rastros de archivos o registros, no puedo más que pensar en un perfecto descuidado o, estrictamente, en un caballero incapaz de ocultar y menos aún, de falsear cualquier verdad, aunque le sea espinosa y adversa. Don Santiago, hace unos días usted también nos confió que considera una persona honorable y respetable a este profesor. Si mantiene ese juicio intacto, ataquemos bajo la estrategia que les propongo.

— ¿Sugieres que lo busque?

— Mejor mañana, tío... don Santiago. A la noche, entre sus partidarios y sus buenos amigos anunciará su participación en las elecciones. Por qué no apartarlo hacia un lado a manera de brindar con unos *wiskisitos* en mano, luego de escucharle su discurso, y revelarle de sopetón todo lo que tenemos, incluyendo la foto, por supuesto.

— Claro, Héctor, es una buena idea. ¿Qué le parece?, don Santiago. Verá que para el domingo nos quedamos sin un contendor; después, usted decide qué hacemos con la información.

— Les confieso algo. Quiero hacer de él un cadáver político, sin lugar a dudas; pero no quiero hacer de él un cadáver social. Seguro como estoy de lo que esconde, si bien al recontármelo no dejo de pensar que es un disparate, les ratifico que no me estoy equivocando, aunque más de uno dude a pesar de tener las pruebas regadas sobre la mesa frente a sus ojos. Sin embargo, no estamos hablando de un extraño, Joaquín Medina fue mi profesor, un maestro de aquellos, y yo siempre me he preciado de ser un hombre agradecido; aunque de rival no lo quiero, y no es temor ni recelo, solamente es precaución, no pretendo dañar al hombre, no me interesa hacerlo. Así que si a ustedes también les convence la propuesta de nuestro Jorge Noriega, evitaremos la publicidad, que al final es riesgo nuestro, sin renunciar a encajar el golpe; pero lo haremos de frente.

— ¿Quién nos garantiza que renuncie?

— No necesitamos garantías, Ximena, estamos utilizando el camino más limpio; si éste no funciona, le pondremos luces y mar-

quesinas, punto: Va a la prensa. ¿Le parece don Santiago, don Melchor, a todos...?

— De acuerdo, Jorge.

Antes de dar por culminada la reunión, Santiago Calderón dispuso que Ramiro Lazcano se hiciera cargo, junto con Rivadeneira y Serrano, del acopio, síntesis y final redacción de todos los datos e informes recogidos sobre Joaquín Medina. A las cinco en punto quiero el resultado final sobre mi portafolio, dentro de un fólter y con la foto anexada, señores, aclaró. Al cruzar la puerta, pidió se verifique la hora y el lugar de la presentación del día siguiente. No nos ha llegado invitación, don Santiago, le dijo desde el fondo Marita. Él la miró desconcertado, dejándole una frase por despedida, antes de tirar tras de sí la puerta: No le hacen falta tarjetitas a los Presidentes, señorita Galarza.

Catalina levantó el auricular luego de varias timbradas, pasando apresurada del comedor a la mesita de noche, en la sala. Al otro lado de la línea estaba Josefina a secas preguntado por Joaquín. Ya te lo paso. ¿Cómo estás?, le preguntó por saber realmente algo más con la respuesta; pero ella le dijo bien, con un poco de frío nomás, acotó al final. Aló. Estamos amistados de nuevo, ¿no?, le consultó con un encantador tonito de voz a Joaquín, quien dijo por supuesto, cómo no, muchachita, cuándo hemos estado distanciados, y ella, que no lamentaba la escena; pero si, haberlo hecho enfadar y seguro, también apenarse; además le afirmó que ya no volvería a fastidiar con sus preocupaciones, ni una sola, mi amigo. Sin embargo, él no tuvo ninguna queja, ninguna objeción. Pierde cuidado, se escuchó confiándole, me hace bien, me hace sentir muy bien que te preocupes así por mí, aunque seas tan impulsiva, Josefina a secas, terminó por decirle.

Estaban concluyendo el desayuno, cuando sonó nuevamente el teléfono, esta vez era Viviana, anunciando, casi comunicando, que les visitaría con Fiorelita dentro de un rato, que no se preocuparan por el almuerzo y menos aún por el desayuno, lo que deseaban era verlos, saber si todo andaba bien.

Joaquín entró con Catalina al estudio. Ella vio los libros aún desperdigados sobre el escritorio, y entre todos, le llamó fuertemente la atención la Biblia que había sido de su madre, abierta como una flor de mañana, con un marcador atajando una hoja contra la brisa ligera que se filtraba por las rendijas de las ventanas cerradas. Con sutil gracia le preguntó si estaba retomando su fe perdida; pero él pareció no escucharla, ya que rodeó en silencio su escritorio y, acercándose a la silla, sin sentarse, leyó en voz baja algunas de las frases que bamboleaban en la página. No recordaba con certeza haber dejado separada esa hoja la noche anterior, ni siquiera haber dejado abierto el libro; pero ahí estaba. ¿Qué lees?, le preguntó Catalina. Nada, le dijo él, simulando desinterés, mientras corría las páginas, mientras dejaba el libro y cogía otro. La llevó hasta el sillón negro que miraba hacia la ventana, la sentó sobre sus piernas como a una niña y le leyó, con el grueso volumen recostado sobre sus rodillas, uno, varios de los versos más hermosos de Octavio Paz: *todo se transfigura y es sagrado, / es el centro del mundo cada cuarto, / es la primera noche, el primer día, / el mundo nace cuando dos se besan...* Ella continuó la lectura con su voz dulce, con su tono agudo: *...amar es combatir, si dos se besan / el mundo cambia, encarnan los deseos, / el pensamiento encarna, brotan alas / en las espaldas del esclavo, el mundo / es real y tangible, el vino es vino, / el pan vuelve a saber, el agua es agua, / amar es combatir, es abrir puertas, / dejar de ser fantasma con un número / a perpetua cadena condenado / por un amo sin rostro...* Leyeron otros versos, otros párrafos, como aquel en que el niño Ernesto descubre la maravilla, paralizado y turbado frente a una piedra de sangre hirviente, borboteando sus venas en una noche ámbar del Cuzco antiguo. Se rieron juntos con las peripecias de un Pedro Balbuena peruano y muy peruano con pasaporte peruano, y también con las quejas primeras del feto Tristram Shandy. Degustaron algunas líneas que hacía tiempo no sufrían, como la prisión de Edmundo Dantes o el drama vital de Jean Valjean disfrazado de señor Madeleine. Leyeron mucho y poco, como el raro lance que le ocurrió a Harunu-r-Raschid con el joven Al-Omani en la noche quinientos once, saltándose las historias de Simbad el marino, pero no las de ladrones y amantes. Le-

yeron por leer, por el legítimo gusto de inventarse imágenes y ver fantasías, por la delicia de seguir compartiendo unidos, por negarse la realidad pendiente, por contradecirla unos instantes, unas horas siquiera.

Viviana llegó toda acelerada, comentando como si Fiorella no estuviera a su lado, sus logros recientes y cada uno de sus descalabros. Se quejó nuevamente de los modales tan atrevidos que venía asumiendo cada vez que se ponía frente al volante, de esa habilidad tan suya de convertirse en camionera de cuarta cuando un imberbe chofer de combi le cerraba el camino. Se te olvida que eres una señorita, le reprochaba frente a sus amigos, sabiendo que ella le repetiría que era señorita en su casa y con sus padres, tal vez entre conocidos; pero que en este país no se podía ser muy señorita subida en un auto y en plena calle. Tanto hemos gastado en educarla, para que venga con esto. Han visto esos cartelitos que llevan las combis esas: *Mi educación depende de usted*. Es el colmo de la ignorancia y la desvergüenza, así estás tú, hija. Por favor, Vivi, ya deja de mortificarla. No, tía; me recrimina esperando que me ponga respondona, le divierte. Si no fuera así, usted cree que mantendría tremenda mueca en el rostro. Bueno, dejemos el tema tranquilo, hija. Dime, Catita, ¿cómo van? Espero que no como Fiorelita, dijo Joaquín, sonriendo en burla con la jovencita. Comentaron que estaban bien, que no había verdaderos motivos para preocuparse y, mejor aún, con sus gratas visitas; sin embargo, Viviana les recordó que el encuentro de la noche pasada no había sido bueno, que anduvieron callados, esquivos. Ustedes también, se apuró en señalar Catalina, agregando que no les acosaba ningún problema, sino que habían tenido un mal día como los tiene cualquiera. ¿De veras?, Joaquín. Ay, Vivi, a veces las cosas se presentan de tal forma que no es tan fácil ordenar las ideas o tomar decisiones; pero son inconvenientes que deben resolverse dentro de nuestra intimidad, incluso cuando les atañe a ustedes en cierto sentido, la postulación, el partido y todo eso; no obstante, accedan a facilitarnos un tanto de libertad, el espacio para actuar... No, Joaquín, pierdan cuidado, mi intención al venir hasta aquí no es presionar ni incomodar. Indudablemente lo sabemos, Viviana, es-

tás preocupada, inquieta; pero mañana tendremos ocasión de dejar cada incertidumbre, en notorias galas además. Claro, tienes toda la razón... Ustedes son una pareja y yo una metete intranquila. No es así, lo sabes bien, amiga, le dijo Catalina. Tu interés nos conmueve, le confió, entregándose a un inusitado abrazo, más pesados de lo que sus palabras querían revelar. Joaquín las observó como apartado, rumiando sus pensamientos, hasta que agregó, con un tono de arrepentimiento leal en cada frase: Por hoy y mañana antes de la ceremonia, quisiera que me concedieran la posibilidad de permanecer solo, aunque parezca extraña esta necesidad de apartarme de sus compañías... concédanmelo. Sé que están a mi alrededor, cerca de mí y que estarían gustosas de hacerme sencillo lo complicado; lamentablemente, pese a sus esfuerzos lo harían sencillo hasta la angustia. Sobrelleven conmigo estas extravagancias, siquiera con el conformismo que sabe guardar el afecto; se los pido por favor.

La hora del almuerzo aún no llegaba; pero los platos ya estaban poblando la mesa del comedor, con Rosita a medias trabajando, a medias escuchando la confidencia ajena. Viviana apresuró la despedida, pues almorzarían con Richard, según les explicó. Se tomaron unos refrescos y probaron unas galletas, mientras se aseguraban un día magnífico para el siguiente, antes de decirse nos vemos, ya hablamos, cuídense mucho y hasta luego.

Sentados a la mesa, Catalina preguntó a Joaquín si de verdad prefería estar solo. No es que lo prefiera, amor. No escojo alejarme de ti en vez de permanecer a tu lado, sino que es necesario, forzoso hacerlo. Iré al estudio, me pasaré la tarde revisando algunas cosas; pero por supuesto, puedes perturbar mi tranquilidad cuando quieras y cuanto quieras, Catalina; eso ni dudarlo. Muchas veces pienso que al decir yo, me refiero a ambos y al pretender estar solo, lo que espero es estar contigo... Pero no es eso ahora lo que deseas, ¿cierto? Tú me pides que te comprenda; en cambio a mí, ¿quién me comprende? Me dices que te irás, desaparecerás, no lo sé, sin caer en la cuenta que haces todo más angustiante al retacearme los momentos que todavía podemos compartir. Estás yéndote antes de haberte marchado, Joaquín. Él supo que habría

sido significativo explicarle que su cercanía, el roce de su piel, que el descubrir constantemente, como a una novedad, el brillo de su mirada sobre su rostro, a pesar de la dicha, hacía también más dolorosa su decisión. Por el contrario, prefirió callar, pues no cabía revelar tanto sin desmentir el pasado que había inventado, sin dejar de contarle un sinnúmero de urgentes verdades que se le atragantaban en la garganta, lidiando por salir.

Hace un rato, en la mesa, casi no contengo las ganas de decirte la verdad. Es viernes a la tarde, estoy en el estudio como te dije y sigo esperándote, mirando a cada rato la puerta abierta, ni siquiera junta, ansiando que vengas a importunarme, a perturbarme; pero aún no llegas, aunque sé que vendrás, que tus ganas de compañía son tan fuertes como las mías. Qué raros somos, ¿no? Estás tan cerca, a unos pasos en la misma casa y tengo que valirme de una hoja de papel para decirte lo que no me aventuro a revelarte de frente. Fue muy doloroso escucharte reclamar comprensión y, es cierto, yo pido y pido y de ti espero lo que en apariencia nunca te concedí. Escribo con la duda persistente sobre la importancia, la valía de cada palabra, de cada idea, pues ya estaré muerto para enmendar errores cuando pases tus ojos sobre estas líneas; sin embargo, si en algo reparo tu propio dolor, créeme que sí te comprendo, pero si aún así no llegué a explicarte todo lo que tu amor, tu amistad, tu fraternidad, reclamaban, fue porque no era el tiempo de quitarme la máscara, porque Catalina, las falacias comienzan con mi fecha de nacimiento, con el lugar y con las correrías de niño, que más de una vez te conté. Nada de eso es cierto. Ni nací en Pampa Galeras ni lo hice un catorce de febrero y no fui un muchacho alegre que corría tras las vicuñas para ayudar a esquilarlas. Qué tremenda patraña, mi amor, y luego, luego cada incidente, cada aventura que te narré... Nada de eso es cierto. Pienso que debe ser terrible enterarte tan tarde de mis falsedades, imagino que tus párpados están inundados de lágrimas y tus mejillas se han enrojecido por una cólera que no puedes aplacar, por una decepción tan honda que no encuentras forma de remediarla, y sabes, me siento muy mal ahora que escribo, pues detesto hacerte sufrir, verte llorar, y mira, seguro estás muy dolida y lo peor, lo

seguirás estando, siendo plena y total responsabilidad mía. Debe ser realmente triste saber que la vida que te alegró en mí, fue una tramoya y, sobre todo, conocerlo de esta manera. No mereces el daño que trae la verdad, porque sabes, cada historia que te fui contando, si bien las inventaba a raíz de pericias ajenas, anhelé tanto hacerlas mías, inventarme una vida con los retazos dispersos de experiencias prestadas, que al mentirte, me mentí a mí primero y me convencí antes, me obligué a convencerme de que todo lo que te compartía debía ser cierto. La mentira solamente es mentira cuando hay intención de falsear y yo nunca tuve esa intención, ni contigo ni con ninguna otra persona; era una necesidad, un afán irrefrenable de hacerme de una vida normal, de aceptarme para sentir que podían aceptarme, porque crecer, envejecer, experimentar alegrías, decepciones, acabar, eso que para cualquiera es su esencia, su llegada y su fin, para mí, corazón, no existió. En un momento de mi vida, algo que todavía no he llegado a descubrir, ocurrió, y ya ves, me tienes aquí garabateando este papel, expresándote que soy un mentiroso que en alguna forma dijo su verdad, siendo tal vez esta propia página mi mayor embuste, puesto que ando creyendo en la valía de cuanto escribo por el simple hecho de enunciártelo con sinceridad. ¿Cómo continuar?, mi amor. Decir te amo no basta, sentirlo tampoco... Joaquín leyó en voz muy baja la página recién escrita, amontonada en letras minúsculas. La tinta se había corrido, las ideas parecían dispersas y la escritura, en muchos pasajes, estaba ilegible; pero valía, pues las confesiones y las dudas, los titubeos que ahí leía, eran reales. Guardó el tercer papel bajo el arma, junto a los otros, y cerró la caja sin enterrarla aún en el cajón.

Como en el día anterior, comenzó a garuar con esas menudencias de gotas, ridículas, como bien sabe llover Lima, exhibiendo también su densa neblina y su cielo siempre velado, con las gotitas sin hacer ningún ruido en las azoteas o las aceras, precipitándose a tierra, silenciosas, imperceptibles a la vista o al oído; pero empapando, mojando de a pocos la ciudad, corriendo las pinturas baratas de las fachadas, arruinando más los arruinados trastos regados sobre los techos de las viejas casas, limpiando sus ca-

lles de la basura que aparecía nuevamente, arrastrada por los flamantes canales que al paso de las horas se formaban, porque llovió muchas horas en la ciudad jubilosa, luego atenta y después preocupada, porque llovió bastante hasta muy entrada la noche, como si fuera un llanto de niña en navidades sin padres, como el llanto de un prójimo que no tiene con quien hablar, con quien compartir sus desgracias y, a veces, sus grandes venturas. Siguió lloviendo al traspasar la medianoche, apresurando las precauciones de una ciudad desacostumbrada a los chubascos, a los verdaderos antojos del clima. Al final, llovió como goteras de vivienda mal remendada. Agotada el agua del cielo, fue deteniéndose su caída, haciéndose más espaciada la llegada de gotas al suelo, más imperceptible al rayar la mañana, al aparecer el sol.

Con las tinieblas enseñoreadas todavía en el estudio, Joaquín sintió desde muy lejos unos golpecitos sobre su hombro. Joaquín, amor, le decían. Alejando su mejilla del escritorio, resistiendo el crujir de sus huesos en cada movimiento, sintiendo ahora sí el frío, aunque ya el sol intentara penetrar al recinto con sus primeros destellos, escuchó desde más cerca, casi a su lado: Despierta, corazón. Susurrándole al oído, aún en ropa de dormir, con el rostro deslucido de las mañanas, intrigada y preocupada, persistió Catalina: ¿Qué pasó?, cielo. Me quedé dormido, le dijo, medio atontado, con voz casi inaudible, explicando más para sí mismo que para ella. Se desperezó sobre la silla estirando el cuerpo como un animal: brazos, piernas, tronco, extendidos y vueltos a plegar. Le dolía hasta el alma. Catalina seguía junto a él, a su izquierda, contemplándole y contemplando el desorden sobre su mueble. Los libros permanecían regados por todos lados, la Biblia entre ellos, una hoja garabateada y varias en blanco, los adornos en su sitio, la lámpara todavía encendida y la cajita de madera cerrada. ¿La cajita de madera?, se preguntó Catalina, sin atender a que él ya le hablaba, le comentaba algo. La cajita de madera, dijo pasmada, ¿qué hacías con ella? Nada, lo de siempre, no te preocupes. Pero ella sí se preocupó antes de aterrarse. ¿El arma, las balas? Todo está como siempre, el revólver dentro y las municiones, unas puestas, otras fuera, le dijo Joaquín sin lograr calmarla. ¿Y esos gara-

batos? Ambos miraron la hoja escrita en tinta verde, totalmente ilegible, más escrita por el cansancio que por el deseo de expresar algo. No es nada, le dijo, sin faltar a la verdad, porque ahí nada decía, sólo había rayas, puntos, círculos informes. Ahí no había nada; pero sí en la caja, y eso no lo comentó. Poco hay de mentira en mis palabras, se afanó en pensar; solamente oculto, intentó convencerse; mientras Catalina lo abrazaba desde atrás, dándole uno, dos besos. Es muy feo dormir sola sabiendo que estás cerca, me hace falta tu compañía. No fue adrede, amor; ni siquiera sé en qué momento me venció el sueño. Pero aun así, Joaquín; mira que estuviste aquí metido la tarde entera, toda la noche anterior. Él dio vuelta con su silla y, teniéndola al frente, la atrajo hasta sus piernas y la sentó sobre ellas, cogida por el talle, decidido a explicarle de nuevo que hacía falta su paciente comprensión; sin embargo, ella se anticipó con un fuerte abrazo, diciéndole que lo olvidaran, que no estaban para derrochar el tiempo en discusiones vanas. Vamos a tomar el desayuno, le propuso y él, por supuesto, le dijo que sí. Se levantaron de la silla con pereza, fingiéndose lentitud y parsimonia. Ella esperó a que guardara sus cosas, metiera la cajita de caoba tras los *romans* franceses o en el cajón, regresara a sus respectivos estantes algunos de los libros, depositara las hojas en blanco en un sobre y las garabateadas dentro de un fólter, cuando recordó. ¿Creo que tienes algo para mí?, le dijo, y ya Joaquín le estaba entregando cuatro carillas impresas por un solo lado: Es el cuento de Juan Manuel Chávez, de tu amigo, le apuntó, sin hacer falta. ¿Ya lo leíste? No, aún no, le respondió, mientras pasaban sus ojos por el inicio: *Te despiertas cansado. Los rayos del sol matizan las sombras que envuelven tu habitación. Te parece que es la seis, aunque no sabes si de la tarde o del alba. Te acostaste al poco rato del almuerzo y desconoces cuántas horas llevas envuelto entre tu frazada y tu sábana. La huida de la luz, siempre desde niño, te confundió. Cuando cerrabas los ojos en pleno día y los abrías al llegar la penumbra, desconcertado llamas a tu madre para escuchar siempre lo mismo: recién va a dar la noche, hijo...* Catalina pensó leerlo en la tarde, antes de alistarse, de arreglarse para la noche. Vamos ya, le dijo.

Josefina a secas se despertó con frío, titiritando se acercó a la ventana cerrada y notó que la ciudad estaba empapada, con surcos y charcos de agua sobre las pistas y las aceras, con las gotas aún resbalando por las paredes, escapando de las copas de los árboles. Le gustaban los días de lluvia; pero no amanecer con frío y tampoco, descubrir tantas sombras el último día del año, contrariando su superstición. Se volvió a enfundar en la cama, bien tapada hasta el cuello, con colchas y frazadas encima, invitándola a seguir durmiendo, y el sueño llegó, mientras se acomodaba en las honduras de su colchón, mientras se movía buscando la posición que más le gustaba. La imagen era confusa, nada clara, pues veía un puente largo y alto y, debajo, una carretera de dos vías por la cual viajaban a gran velocidad autos en direcciones opuestas, autos coloridos que no se detenían nunca. En el sueño, escuchó el ruido estrepitoso de los motores aturdiendo sus oídos despiertos y, a lo lejos, al pie de la escalera, descubrió a un hombre de pie, contemplando su inmensidad. Lo vio de espaldas y de espaldas también vio su primer intento por subir, y luego caer, como solamente se puede caer en sueños. Cayó tantas veces como intentos tuvo; pero con testaruda persistencia alcanzó finalmente el descanso principal, el descanso mayor; de ahí, emprendió la ruta hacia el otro lado, contemplando desde arriba los autos multicolores que viajaban sin detenerse. Caminaba rebosante, feliz. Cruzó por lo alto y se aprestó a descender sin prisas, tanteando cada paso con cautela, exhibiendo en el rostro el gustazo de haber burlado aquel escollo, con el rostro exhibiendo sus detalles más precisos: la forma de la nariz, el contorno de los ojos y el color de sus pupilas, sus labios ralos y descoloridos, su piel mortecina, su tono pálido, sus cabellos descuidados y canos, su frente agrietada, sus orejas descolgadas, viejas. Aguzó la mirada y, a pesar de que el tiempo parecía haberse ensañado paulatinamente con aquel rostro, advirtió que le era muy cercano. Aguzó la mirada y supo con certeza quién era, que estaba frente a Joaquín, a Joaquín bajando de a pocos la escalera.

Santiago Calderón telefoneó a don Melchor Segura para ratificarle que se verían a las ocho de la noche en el cafetín de siempre. No tenía decidido si marcharía también con él hacia el gran *Salón de los espejos* o, si bastaba solamente la compañía de su guardaespaldas y el chofer. Mientras hojeaba el periódico, con la atención puesta en las páginas de política y sociales, volvió a dar una mirada a los seis papeles que resumían las investigaciones sobre Joaquín Medina y regresó a la foto descolorida, amarillenta, complacido por la convicción de que daría un golpe brillante e inolvidable a su minúsculo adversario; aunque, insólitamente, también se sentía conmovido, algo triste. El teléfono volvió a timbrar con su sobrino Héctor al otro lado de la línea. Con mejores argumentos, no desistió de proponerse como seria y prudente escolta para la noche. Su tío, sin los ambages o las delicadezas de las ocasiones anteriores, le dijo enfáticamente que no, cosa de adulto, muchacho, le informó, para que quedara muy claro. Cuestión de trayectoria, finamente resumió.

Con una caja bien decorada entre manos, irrumpió Rosita en el comedor a murmurarle a la señora palabras inaudibles para Joaquín, quien las contemplaba extrañado al otro lado de la mesa. Lo acaban de traer hace un rato, mi amor. Es para ti, le dijo Catalina, exhibiendo a sus ojos el moño, el listón, el lazo y la tarjetita color ámbar de cartón rugoso rubricada con su firma y aderezada con frases de amor, satisfacción y aliento. Joaquín cogió el obsequio y desgarró las cintas, el papel; luego de agradecerle las palabras de estímulo con un roce de manos sobre las suyas, con una caricia a sus dedos largos y delgados. Dentro del paquete sólo encontró un papel rayado muy viejo, arrugado, de color indefinido y en blanco. Extrajo la hoja de la caja y no descubrió en ella nada. Espera, le dijo Catalina, acercándole una vela encendida a sus manos. Ahora sí. Joaquín aproximó el papel a la llama inquieta y las letras comenzaron a aparecer. Una a una, las palabras brotaban formando oraciones, versos, luego estrofas, obteniendo sentido, brindando significados. Si Juan Gonzalo Rose hubiera redactado un manuscrito de nuestro «Exacta Dimensión», sería y estaría como el

papel que tienes en las manos, amor. *Me gustas...* Sintió el regalo como una ofrenda y también como un reproche; pero, sobre todo, experimentó genuina sorpresa y se sintió profundamente emocionado. Se puso de pie y en actitud de orador vencido, leyó el poema completo y también, se entregó a recitarlo de memoria una vez más, rebotante, pleno.

El teléfono timbró y escuchó Joaquín que le congratulaban con entregado aprecio. Pero no fue sólo una vez, sino muchas veces más que el teléfono volvió a timbrar con desconocidos hablándole de apoyo, de felicitaciones, e instándolo a lidiar con pasión. Algunos conocidos, varios de los que compartirían con él la reunión de la noche, también llamaron para brindar su irrenunciable adhesión a la causa que representaba. Tres tarjetas acompañando a un par de plumas o unos habanos que no fumaría, llegaron cargadas por mensajeros a su puerta, reiterando el mismo apego a su figura y a su cometido; mientras ellos aún no terminaban de levantar la mesa luego del desayuno, evaluando todo lo que significaba encarnar una ilusión. ¿Tienes miedo?, le preguntó Catalina, luego de seguir sus gestos de asombro frente a cada llamada. No es miedo, amor. Me siento embriagado por esta catarata de afecto, de confianza... Estás asustado, corazón. Piensa en que no son todas las personas ilusionadas con nosotros, conmigo, las que están llamando hoy... quedan muchísimas otras atesorando en su intimidad postergadas expectativas y yo no encuentro la forma de librarme de un testarudo pensamiento, Catalina: A cada uno le fallaré, traicionaré sus confianzas. Eso no ocurrirá, Joaquín. ¿Cómo no? Recuerda lo que hemos venido hablando, lo que te he confiado... Va a ocurrir, mi amor. Los ojos de ella se nublaron y su buen ánimo se derrumbó al suelo como un cristal inmenso hecho trizas, pues se había enfrascado en creer que de aquel diálogo y su ocasional alejamiento, sólo quedaba lo accidental; que solamente había sido un singular, un insólito estado de ánimo transfigurado en palabras tortuosas, palabras al fin, y no el preámbulo a una realidad incierta, pero contundentemente cruda sin su compañía. El amor no es dejar ir o partir, sino luchar de manera incansable, intransigente si es preciso, para perpetuar los momentos buenos y

los malos, sin distingo alguno; porque todos los ratos idos formarán en su comunión la memoria de un tiempo que es hermoso solamente por pertenecer ya al pasado, y bien aprendido está que todo presente en un instante es recuerdo; es decir, belleza, si la memoria sabe cumplir con atrevimiento su trabajo, se convenció Catalina sin dudas, ni una sola.

Joaquín decidió ir al estudio; pero Catalina le atajó, cansada ya de quedar sola en casa estando él tan cerca, a unos metros, y definitivamente tan lejos, cansada de pensar sus pensamientos y esperarlo, de aguardar a que le reservase un tiempo. Vamos al parque a caminar, mi amor, le dijo con un tono áspero que no pretendía ser una pregunta y menos, un pedido, sino una imposición irrecusable. Antes de salir, sonó una vez más el teléfono, ahora con la voz de Josefina a secas saludando primero a Catalina y pidiendo luego a Joaquín. Catalina esperó en el umbral de la puerta a que terminaran de hablar, intentando distinguir en sus gestos de asombro y desconcierto, qué cosas estarían conversando; porque las palabras de Joaquín no se ajustaban a su natural moderación; porque tampoco se ajustaban a su habitual energía ese caminar turbado luego de colgar el auricular, propio de un ebrio; porque no era justo que al acercarse, prefiriera pasar de largo en silencio, reservado y ajeno. Siguió con la vista su recorrido aún desde el umbral de la puerta, desconcertada y preocupada, pues Joaquín se cogió de uno de los dos enanos, robustos árboles del jardín, abrazado por detener el bamboleo de su cuerpo como veleta al viento, por evitar desplomarse al suelo como castillo de naipes; pero al fin prefirió caer despacio, livianamente, escurriéndose por el tronco duro y rugoso hasta el suelo verde, húmedo por el rocío, a seguir trastabillando o tanteando pasos hacia ningún lado. Viéndolo sentado sobre el césped, recostado contra el árbol, farfullando quedito, Catalina decidió romper la inercia que la tenía pegada al marco de la puerta y acercarse hacia él, aguzando el oído para rescatar las atropelladas palabras que pronunciaba a media voz. Pedro había abandonado el auto y se mantenía presto a dar una mano de inmediato; pero Catalina lo contuvo con un gesto, mientras escuchaba de Joaquín nombres de lugares, de personas que

no conocía. Él volteó a verla cuando la sintió próxima, regalándole una sonrisa le indicó la grama para su compañía. Catalina se sentó a su lado, compartiendo el tronco por respaldar y, en silencio, se esforzó en comprender la letanía de situaciones que le narraba apresurado, como luchando contra la memoria esquiva o el tiempo. Cosas raras y absurdas, incoherencias, pensaba ella, queriendo indagar qué de insólito había traído esa última llamada. Trajo el sueño, mi amor. ¿El sueño? Sí, Catalina, el del final, del último sábado que es el primero y es el único. ¿De qué hablas?, Joaquín. Josefina a secas me soñó intentado como tantas veces cruzar el puente; y sabes qué, lo crucé no en los míos sino en sus sueños. Llegué al otro lado muy, muy viejo, carcomido y exhausto; pero llegué, dejé la vera de siempre y alcancé la contraria. ¿Qué significado le estás dando a todo eso? Ninguno, Catalina. No necesito asignar significados para justificar lo que haré; pero es conmovedor, también inquietante saber que hay un fin, un último peldaño a tocar. ¿Por qué ella? ¿Por qué no?, respondió convencido, creyendo irrefutable su pregunta como respuesta. Joaquín, mi amor, mírame, mírame: ¿Qué vas a hacer? Te lo he dicho muchas veces, ya lo sabes. ¿Marcharte?, le reprochó ella. No me hagas todo esto más difícil, Catalina... Tú lo sabes, lo has intuido bien, le dijo Joaquín, finalmente.

Dentro de la casa, Rosita atendía las llamadas que seguían llegando con saludos y cumplidos. Anotaba en una libreta los nombres y los encargos antes de proseguir con la limpieza, con el arreglo de la sala y el comedor. Ya hacía casi una semana que estaba trabajando con la pareja y si bien el trato era cortés, siempre cortés, no dejaba de sentirse como una extraña, hasta como una intrusa o el motivo de un favor ineludible. Mal que bien, pensó convencida, una se acostumbra a un lugar, a sus ritmos y a sus antojos. No se imaginó que tanto tiempo con los Pedraglio la llevaría a extrañarlos, a entristecerse por no estar con ellos a pesar de las toscas llamadas de atención de la señora o la dejadez total del señor; no obstante aquí, poco importunada por pedidos y, menos aún, reclamos, no se sentía mejor, pues percibía la más pelada indiferencia. Cómo evitar sentirse el equivalente a un mueble las

veces en que alguno entraba a la cocina y sin molestarse en pedirle nada se servía un jugo o se preparaba cualquier cosa de comer. Acostumbrada a servir, a ser regañada por yerros y a veces, por gusto, o a corretear ajetreada contra el tiempo, conquistó una rutina que en la nueva casa se le hacía imposible con la señora tan delicada, tan gentil; pero también tan dispuesta a no descuidar la atención que siempre procura por el señor, y él, casi siempre en lo suyo, concentrado y aislado. Casa tan silenciosa no le gustaba, pues no le gustaba que las paredes hicieran por las noches más ruido que las personas. Le asustaban las palabras contenidas, eso, eso, que la contención sea la norma, pensó.

Atravesando el corredor desde el comedor, desde la puerta del estudio le dio una mirada adentro. Sin habérselo expresado, sabía por la pulcritud del lugar, por el orden inalterable de los libros, de los papeles, y la disposición de cada adorno, que esos pagos no eran suyos. Que de la casa, de toda la casa, ahí no debía invadir con su trapito y su detergente a limpiar, a tararear mientras aseaba, tal vez ni siquiera entrar. Observando, le pareció maravilloso ese recinto donde el olor era a rancio, a viejo y extraño. Todo lo raro tiene un mismo olor, pensó, y era el olor de ese cuarto. Cruzando el umbral, distinguió desde lejos la cantidad de libros, los nombres en idiomas desconocidos, los estantes más pulcros que cualquier aderezo del resto de la casa que tanto se esmeraba en pulir. Tuvo sentimientos encontrados, porque no lograba comprender qué tanto de asombroso tenían todos esos textos para hacer de un hombre agradable y gentil, alguien tan dedicado, aislado y silencioso como era el señor entre esas cuatro paredes.

Desde el corredor, Joaquín y Catalina la miraban husmear en el estudio, recorrer con sus manos los anaqueles sin atreverse a extraer un libro o un adorno. Catalina siguió hacia la habitación, pues el vagabundeo al parque se había cancelado sin una palabra de por medio en el momento que se sentó a su lado y se dispuso a escucharle, mientras volvían a entrar en la casa, mientras lo dejaba entre sus libros y su mundo. Joaquín cruzó la puerta sigilosamente, cuando Rosita se esforzaba en leer los títulos a través del vidrio de los estantes. Señor, disculpe, le dijo al advertir su presen-

cia divertida, arrellanado en el sillón del extremo. Usted entra como un fantasma, ni siquiera lo sentí. No era mi intención estar aquí. Pierde cuidado, Rosita. ¿Te gustan? ¿Los libros? No, señor, le dijo con sinceridad, para sorpresa de Joaquín. Entonces, ¿por qué los mirabas con tanta atención? Me son remotos, señor. Rosita abandonó el estudio luego de escuchar la proposición de Joaquín de entrar cuando quisiera, de coger lo que su interés despertara. No, señor, le dijo ella antes de salir, apreciando el olor a rancio, a raro.

Joaquín se sentó en su escritorio y rebuscó nuevamente entre sus papeles nada que fuera urgente ni importante. Descubrió el arma dentro del cajón, en la cajita, y, abriéndola, recordó que en aquellas páginas que servían de colchón al revolver, faltaba revelar los sucesos o los motivos que impulsarían su suicidio. Sabía que muchos iban a esperar una nota fúnebre, esmerada en desnudar los recovecos de su mente hacia la decisión irreversible; pero también sabía o quería saber, que a Catalina no le haría falta tanta información morbosa para aceptar su ausencia, para comprenderla finalmente; pues prefería detallar sensaciones, recuerdos o añoranzas, que hacer una meticulosa lista de eventos justificando un balazo en la garganta o la sien. Sacó una hoja en blanco y como si emprendiera una carta, decidió seguir escribiendo para ella.

Desde la puerta, Rosita aguardaba a que levantara la vista para darle una serie de encargos. Cuando la advirtió, ella llevaba parada unos minutos en el umbral de la puerta sin animarse a quebrantar con su presencia el ambiente ajeno y hermético que aún permanecía en penumbras, con los rayos del sol titubeando antes de traspasar los cristales de las ventanas, con su olor a rancio más denso, más concentrado. Señor, le estuvieron llamando varias personas mientras estuvo afuera con la señora. Lo tengo apuntado. Todos mandan saludos y felicitaciones. Parece que lo quieren mucho a usted, ¿no? ¿Te parece que es por cariño?, Rosita, le preguntó Joaquín, al advertir en su voz un tufillo de recelo. No sé, pero si a mí me llamaran tantos sólo para saludarme, sabría que afuera hay gente que piensa en mí. Es que hoy, Rosita, el partido me presenta como su candidato a la Presidencia, y los que llaman son personas que confían en lo que puedo representar, no es cariño

propia, es expectativa. ¿Muchos confían en usted, entonces? Algo así... Sí, sí, Rosita, ahora se cree en mí, un significativo número de personas me está entregando su confianza. Gracias por el encargo. Joaquín cogió una de las hojas de papel y escribió en tinta verde, en letras grandes: Catalina, tal vez sea a mí a quien siempre busqué.

El teléfono timbró nuevamente y al otro lado de la línea estaban Viviana y Richard consultando cómo estaba, si no necesitaba algo, cualquier cosa. Joaquín les dijo que no, que descuidaran, que todo andaba bien. Entonces nos encontramos a la noche, aseguró finalmente Viviana antes de despedirse. Al colgar, Richard la observaba obligándose paciencia; pero se le antojó reprocharle su irrefrenable tozudez, esa impaciencia por precipitar las cosas. Te das cuenta de que nada le ocurre. Son cosas tuyas, mujer. De tan inoportuna vas a terminar propiciando incertidumbres que nadie persigue. Déjame tranquilo por lo menos durante estas fechas; ¿de acuerdo?, le dijo Richard, francamente fastidiado, hastiado. Estoy preocupada, sólo es eso, amor. Pues preocúpate en la habitación o en el baño, Vivi. No me hables así, le reclamó, luchando por no quebrantar el hilo de la voz que se le iba ahogando. Richard la observó detenidamente, escrutando entre su mirada a la muchacha que había desposado hacía casi veinte años. Teniéndola sentada en el mueble de tres cuerpos, con un vestido largo y suelto, los pies descalzos y el cabello recogido, distinguió que seguía siendo bonita; pero de una belleza que en muy poco le importaba, pues ahora le eran insoportables los ímpetus y las ganas siempre al tope de la jovencita que fue, violentadas en ese cuerpo moldeado y conservado a punta de esfuerzo en los gimnasios, definitivamente a destiempo, cuando mejor le quedaba la quietud y el reposo propios de la edad que compartían. Ya no disfrutaba de su compañía, siéndole indiferente cruzar palabras o dejarle de hablar; hasta la bagatela de aparecerse en casa con un obsequio improvisado, le parecía ahora una manía extravagante y, sobre todo, innecesaria. Tan lejano parecía el tiempo en que le llenaba las palmas de la mano con nimiedades que la hacían sonreír, tan lejano el tiempo, que prefería verla apesadumbrada antes que rebosante de

dicha. Cuando se despertaban, revueltos en la misma cama cada vez más pequeña, detestaba percibir su olor como si fuera el suyo, inmiscuyéndose en su cuerpo; sin embargo, alejarse de ella sería peor, pues mayor esfuerzo que el cambio no había. Responsabilizaba a su esposa de haberle extinguido los deseos por otras mujeres, convertirlo en un conquistador torpe y timorato cuando en sus primeros años de licenciado presumía de distante y sobrio. El tiempo mata de manera irreversible muchas cosas, y en él se iban agotando las ganas de poseer, las ganas de atraer jovencitas bellas, jovencitas inteligentes, idiotas algunas aunque atractivas... las ganas siquiera de seducir. Conocía a tantas que debían cautivarlo, e incluso así, prefería verlas de lejos, dejarlas ir; porque la experiencia de mierda le había enseñado que al final todo se jode, que es sólo cuestión de meses o años. Detestaba también a su esposa por seguir hablándole con irrenunciable calidez en todo momento mientras se empeñaba en ignorarla con descaro, detestaba que lo amara tanto y, más aún, seguir amándola sin el mínimo interés en demostrárselo. Nos vamos, le dijo Richard, desatendiendo las confidencias de su Viviana. Te espero afuera. No tardes, concluyó.

Recorriendo el empedrado de la plaza mayor luego de andar una a una varias de las calles del centro de Lima, Josefina a secas buscaba sin encontrar, la respuesta a ese sueño absurdo que venía a redondear su preocupación por Joaquín. Un sueño es solamente un sueño, quiso convencerse; pero era una supersticiosa contumaz que no renunciaba a escudriñar signos tras los eventos y los sucesos cotidianos para comprender plenamente a las personas. Sabía con sus sentimientos, no con su razón, que el día aseguraba oscuridades y tinieblas impensadas semanas atrás; sin embargo, no lograba comprender qué tanto involucraba ese mensaje cifrado que su amigo, al otro lado de línea, aparentó tomar con naturalidad tan incierta y afectada.

Entre vendedores y fotógrafos, Josefina a secas se abrió paso hacia el atrio de la Catedral con el afán de trasponer sus enormes pórticos y ponderar ahí, olvidada del mundo, tantas inquietudes

que asaltaban su mañana y prefiguraban su tarde hasta la noche. Dentro, en la nave principal, la gente rezaba en silencio oraciones inventadas, pidiendo y exigiendo favores que nunca merecían, mientras grupetes de turistas se llevaban en instantáneas multicolores las imágenes que orlaban el recinto. En pantalones cortos, con camisitas o polos con mensajes en inglés, transitando el lugar como si fuera un supermercado con vitrinas expidiendo bagatelas, destrozaban con los destellos de sus cámaras la penumbra que reinaba en cada recoveco de la vieja Catedral de Lima. Josefina a secas miraba a cada uno con desagrado, con disgusto franco, porque detestaba la estupidez de la gente; pero más aún, la impertinencia, y en esas personas que hablaban bajito como si sus voces chillonas fueran el problema, encontraba sobradamente ambas condiciones. Sentada en una de las bancas posteriores, recordó a su padre trayéndola desde San Isidro los últimos domingos de cada mes, a aburrirse en la misa del Obispo o del Cardenal. Lo conserva en su memoria alto y muy guapo, siempre vestido con esmero cuando tocaba dirigirse a la iglesia, ataviado como para un matrimonio o un evento trascendental. Trasponer esos pórticos era para su padre un periodo de respeto supremo, y el respeto lo entendía como escrupulosidad y silencio. Para ella, significaba cerrar la boca por una hora, ahogando carrasperas y sonrisas, luego de haber tolerado todos los arreglos que su madre le imponía hasta convertirla en una muñeca tan artificial, que le era muy ingrato reconocerse tras los moños, tules y rubores. Ahora, la misa sigue pareciéndole aburrida, tediosa e insoportable; pero no puede librarse de la necesidad de internarse en alguna iglesia en un día cualquiera, de sol, de niebla o de lluvia, para sentirse tranquila, encontrándose profundamente sola. Así, contemplando el altar donde un sacerdote acogía de sus monaguillos los aparejos de la eucaristía, se habló a sí misma en voz baja porque ya no tenía Dios a quien hablarle, pues lo había matado antes que muriera su padre, en el tiempo en que le dio por viajar sin dineros ni amigos y por leer libros prestados, creyendo que podría encontrar la verdadera libertad. En su delante, los feligreses se colocaban uno tras otro para recibir la ostia consagrada de manos de un par de curas

eficientes y circunspectos, tal vez algunos de los pocos que aún seguían siendo seres humanos a pesar de encarnar la Idea, el dogma intransigente que sólo en unos cuantos se cristalizaba como una virtud y, en cambio, en la mayoría, en el enjambre de acólitos, seminaristas o ministros, producía seres perversos por el solo hecho de creerse dueños de la verdad, de profesarla como la única e incontrovertible entre todas las verdades, tan incapaces de lidiar con el alto encargo en sus espíritus minúsculos, tan ineptos al confrontar su razón y sus sentimientos con la fe milenaria, que la consecuencia terminaba condensándose en insulsas diatribas y preceptos arcaicos, fanáticos y estúpidos. Contemplando a varios niños apresurar el paso hacia el altar, por jugar, por imitar, tras ese mendrugo de pan que se les negaba por ser exclusividad de los devotos confesados, de las almas bendecidas, improvisó una sonrisa antes de sumirse en sus pensamientos, sabiendo que las prisas no eran por hambre, pues el hambre seguía pululando afuera sin saber cómo entrar, estirando la mano al transeúnte o importunando las piernas de la dama bien vestida en alguna esquina, pues el hambre en Lima es miseria y por ende, suciedad, y la suicidad teme ofender la opulencia y la suntuosidad de los grandes templos, retrayéndose por respeto, por miserable decencia. Sentada en la banca, rehusando arrodillarse como hacía el rebaño fiel a las indicaciones del sacerdote, el persistente sentimiento de soledad la llevó primero a evocar, a pensar en otros tiempos, en momentos mejores, luego a hacerse preguntas urgentes que llegaron con tenaces recriminaciones a la mansedumbre con que había asumido la defensa de sus aprehensiones, reprochándose no haber actuado con más decisión frente a Richard o el mismo Joaquín, y, finalmente, enrostrándose vivir para el resto de las personas y negarse una vida propia, obstruísela por entero.

Catalina aguardaba sentada a los pies de la cama, con el televisor encendido en un programa que no veía, a que Joaquín entrase a la habitación y le propusiera reanudar el interrumpido paseo por el parque. Esperó creyendo sinceramente que él traspasaría la puerta en pos de ofrecerle el tiempo que necesitaba para extinguir

sus penas. No sabía, cómo podría, que en el recinto cercano Joaquín le hablaba sin levantar los ojos de un papel garabateado varias veces, escrito en tinta verde, con dos o tres palabras desfiguradas por las gotas de llanto del dolor y de la pena. Catalina no quiso aguardar más y sin esperarlo fue a su encuentro, puesto que el amor exige adelantarse a las acciones del otro, mostrarle con la propia entrega, las que debió asumir. Desde la puerta del estudio, sin necesidad de dirigir su atención sobre su figura encorvada, supo que se encontraba hondamente abatido. Se le acercó despacio, percibiendo en el ambiente la pesadumbre de los momentos difíciles y la opresión de la angustia desplazando el aire. Se acercó sin afán de sigilo, no obstante, al llegar a su lado, él no había levantado el rostro ni exhibido algún gesto ante su presencia; entonces, a pesar de su inmovilidad o posiblemente a raíz de ella, escondiendo sus dedos entre sus caballos canos, maltratados por el tiempo, por los años, decidió tenderle un brazo alrededor de su espalda para que descubriera a la amante y no a la intrusa. De pie, junto a él, resolvió leer las líneas que tenía al frente luchando desesperadamente en el papel, sin esperar mayor consentimiento que un rumor, un quejido o un sollozo. Leyó en silencio, mientras una palabra más se desfiguraba, perdiendo el color dentro de una lágrima. Se diluía y desaparecía un nombre: Florcita, Florencia, qué más da, quiso pensar, pues el párrafo refería el pasado sin nostalgia por la persona, sino, por el tiempo ido. Entre las líneas que referían viajes y expectativas, encontró una frase escrita con mano trémula, aludiéndola directamente en letras grandes, como un mensaje de advertencia ineludible: Catalina, tal vez sea a mí a quien siempre busqué. Rompiendo el silencio, Catalina pronunció cada sílaba en voz alta, confiada en que Joaquín abandonaría su mutismo entendiendo una pregunta en su expresión. Pero nada, sólo el silencio, la angustia y la pesadumbre copaban el ambiente, presionando los vidrios, los libros, inmiscuyéndose en las rendijas de los muebles, en los poros del cuerpo; mientras una lágrima, otra más, caía hacia la hoja manchada, nublando ahora una ciudad, otra época. Ella lo abrazó con fuerza, reprimiendo el llanto que también le copaba por dentro la cabeza, presto a estallarle en

cualquier momento; sin embargo, él se soltó y alejó, por aproximarse a uno de los cajones del escritorio. Al abrirlo, extrajo la cajita de caoba que ella conocía. Dentro, ambos observaron el revólver reluciente, machacando con su peso algunos papeles doblados, escritos en tinta verde. Joaquín sacó el arma, luego dobló en cuatro la hoja recién escrita, la dobló con diligencia haciendo coincidir sus puntas y contornos, luego la reunió con las otras y con el arma otra vez encima, guardó la caja y, finalmente, acabando la tétrica exhibición, cerró el cajón. Catalina seguía su maquinal movimiento esperando una explicación, cualquier luz o desvarío; y él se la daría en un instante, sólo que prefería estar de pie, alejarse de ese mueble y abrir las ventanas, tomar algo de aire puro, fresco, sentir en su rostro la calidez del día antes de hablar, de sincerarse por completo.

— Hace un rato me dijiste que había intuido bien lo que harías; pero si no es marcharte, ¿qué es entonces?

Joaquín dejó de mirar hacia fuera y volteó a verla. La encontró parada tras el escritorio, con las manos aferradas a la madera como si temiese salir disparada por el viento o, peor, pretendiendo defenderse de una verdad que la devastaría.

— ¿Por qué quieres escuchar en mis palabras aquello que ya está en las tuyas?, Catalina.

— Yo no he pensado nada. No quiero pensar nada; pero esos papeles, el arma... ¿Qué clase de rito macabro es ése?

— Ninguno, mi amor. No es un rito. Acepta lo que es, ya lo has visto, ya lo sabes.

— Deja los enigmas de lado, por Dios. Ya no puedo más, dime, háblame, háblame con claridad...

Catalina quiso seguir; pero rompió en llanto, un llanto ahogado, sofocado por un nudo en la garganta que le impedía emitir cualquier sonido, con el rostro desfigurado por la afonía, exponiendo en cada vena, en cada músculo, en la piel, la desesperación de no poder hablar, la incapacidad de exigir una palabra más, una miserable y maldita palabra, una sola por Dios...

SI LA RESPUESTA ES UN MOTIVO QUE DEBE PRONUNCIARSE PARA SER ACEPTADO. SI CONFESARLO ES TRASMITIRLO. SI COMPARTIRLO ES ENTREGARSE. OTOR-

GARSE NO ES TERMINAR. NO PUEDE SER EL FIN DE LA NOVELA AÚN NO ACABADA DE ESCRIBIR.

— ¡Me voy a matar, mi vida. Es eso lo que necesitas escuchar, es eso...!

Gritó Joaquín finalmente, estático, pensando en una ráfaga de tiempo, que debía, que quería, que necesitaba tanto como ella, abrazarla; pero estático, de pie, con la última palabra tintineando en su lengua y sus labios, no pudo más que regalarle su mirada, como si bastara, como si en tremenda situación sirviera de algo ese inservible remedo del verdadero sentimiento; pues ella seguía muda, destrozada por las lágrimas que inundaban su rostro, que malograban su maquillaje improvisando un payaso barato y ridículo en ese semblante hermoso, con los brazos caídos, tendidos, con el ánimo y el espíritu también caídos, desplomados y huidos.

Catalina inventó una sonrisa, recordando que las palabras no siempre significan lo que pretenden, ya que sabía por cinco años de testarudo estudio sobre las letras y el lenguaje, que no precisamente debían representar lo mismo para el emisor y el oyente. Sonrió nerviosa, perturbada, confiando en que escuchar no implicara comprender; pero ahí estaba Joaquín para exhibir en su mirada toda la tragedia de sus contados días en común. Ahí estaba, de pie, inmutable al frente, sin extenderle los brazos para acogerla, sin llorar con ella o por ella, constriéndola a ser la única que sintiera el dolor de ambos.

De pie, separados por escasos tres metros, por enormes tres metros de distancia alejándolos en esperanzas, en sueños quebrados, en futuros inciertos y presentes resueltos, de nuevo fue ella quien ensayó el primer paso, tanteándolo con aprensión como si estuviera frente a un extraño, a un desconocido a quien abordar. El recinto se había hecho enorme y el momento eterno, pues demasiado tarda lo que con angustia se espera; sin embargo, la templanza ya era absurda, la moderación injusta y cruel, y así, Joaquín desistió de la resistencia a su aflicción y se estrechó en un abrazo indestructible con su Catalina, la mujer que tanto lo amaba, tanto, que debía entender su total ausencia si era a su vez una forma de me-

recer la felicidad. El lenguaje del cuerpo, el único capaz de expresar el dolor, aseguró la confusión, sugirió la complicidad.

Viviana partió con Richard hacia el gran *Salón de los espejos* a ultimar los preparativos. Transitaban las calles en silencio, sin mencionar palabra siquiera en un semáforo en rojo, tampoco en la única vía ancha, larga y vacía, que tomaron por equivocación unos minutos. Fiorella, la hijita ya crecida, exigiendo le consintieran partir a una playa del sur para recibir el nuevo año entre amigos en vez de quedarse con la retahíla de viejos danzando y libando hasta el amanecer, convirtió el día de venturosas expectativas en una empinada cuesta de códigos marchitos y mensajes antiguos. En las fechas festivas, abrazar a la esposa era envolverla dentro del abrazo a la hija; las palabras de cariño, de amor, eran sólo un eco del sentimiento a la pequeña ya ida, pensaba Richard mientras lidiaba con el tráfico de afuera para no lidiar con la realidad que estaba sentada a su lado, jugando con sus manos, fingiendo leer en ellas su presente, a fin de comprender que había hecho mal en el pasado. Como en la fotografía que orlaba su velador, Viviana reconstruyó la imagen de familia que muchos años atrás habían formado: Él, al centro, envolviendo en sus brazos a las dos mujeres de su vida, pues eso decía en el reverso de su puño y letra; entrelazadas también ellas, madre e hija unidas fuertemente en un abrazo, componiendo los tres una pirámide delante de una catarata, de las tantas que visitaron aquel verano del noventa y tres. Pero imaginó que los rostros no debían estar ajados por las arrugas ni encanecidos los cabellos, y tampoco la niña era una jovencita, y por supuesto supo que inevitablemente el tiempo había transcurrido, dejando una vida atrás y proponiendo otra, sin preguntar, sin consultar si era así el porvenir que perseguía, sólo imponiéndose.

Sería extravagante; pero Viviana fue aborreciendo tanto el silencio opresor del auto, que hubiese preferido viajar, hecha un insignificante cualquiera, aturdida por el ruido de los parlantes de las combis o de sus primas hermanas las *coasters*, esas discotecas ambulantes que les cerraban el camino o se detenían en diagonal para pelearse algún pasajero, antes que seguir hundida en su

asiento al lado de Richard. El camino se hace largo cuando no hay nada que compartir y, entre ellos, habiendo tanto, la decisión de hacerlo era lo que faltaba, pues Viviana repasaba mentalmente la frase que salvara la situación, eligiendo entre cuatro o cinco, aquella que su esposo no pudiera eludir; sin embargo, animarse a compartirla suponía descubrir entre su total indiferencia al amigo, al conocido siquiera. En algunas ocasiones, una eventualidad, una situación externa precipita el diálogo, iniciándose con un comentario soso que hace de punta de la madeja, convirtiendo el silencio en un torrente de palabras; pero esta vez, ni la imprudencia de los peatones evitando las molestias del semáforo, la bestialidad de los conductores y tampoco la de los policías, ni el derrumbe cada vez más definitivo de la ciudad de Lima, harían que un mensaje rompiera la distancia infranqueable que Richard había impuesto a su esposa. Con la resonancia del motor y el susurro del aire acondicionado como únicas compañías a sus respectivas soledades, viraron a la derecha en Augusto Wiese antes de cruzar el portón de la playa de estacionamiento del local, oscura cual sótano a pesar del brillante día, anhelando encontrar un desconcierto mayúsculo, capaz de mantenerlos atareados hasta la noche.

Josefina a secas aún permanecía en los alrededores de la plaza mayor, perdida entre la muchedumbre de vendedores y de mirones, observando los juegos artificiales ofertados a buen precio, regados en el piso; las truzas ofrecidas como limones en verano y los baratos juguetes tentando a los niños que todavía esperaban su Navidad atrasada. Esta vez no encontró muchos mendigos en las calles del centro, como si el alcalde, para darle un mejor rostro, los hubiera enviado presos o transformado en peatones por un día mediante un buen baño. Lima se había intentado lavar la cara, remozando sus jardines, recogiendo a medias la basura, colocando cartelitos festivos por doquier y despachando a sus serenos a custodiar el desorden; y de resultas, lo que había conseguido era semejar una vieja puta con maquillaje excesivo.

La ciudad de Lima, entre el humo de los carros, el olor a pólvora de los cohetes ilegales, las gracias y desgracias del Rímac y

las veredas infectas sin las bolsas nauseabundas cubriendo los rastros de inmundicias pegadas en las veredas, seguía oliendo a mierda a pesar de las preciosas rosas de la plaza mayor, cuyo perfume moría en cada pétalo, cuya belleza efímera acrecentaba más la faz esperpéntica de la ciudad de nadie. Pero a quién le importaba, si la culpa la tenían los sucios migrantes, los cholos que siguen llegando con sus tamales, sus polleras y sus costumbres del cerro a transplantarlas a la Capital, y para colmo acriollándose, creyéndose dueños; si la culpa es del limeño de costumbre antigua, tan criollo que el trabajo y la dedicación le ofenden, pues la viveza y la sacada de vuelta son sus consignas; si la culpa es de las autoridades miopes a los problemas reales; si en definitiva, la miseria vista con ternura puede ser pintoresca; y si la culpa al fin y al cabo es de todos, o sea, de nadie.

Dejando atrás los portales del jirón Huallaga, acelerando el paso por Wiese, Josefina a secas resolvió continuar con el trabajo para la noche, esmerando cuidados en el gran *Salón de los espejos*, y dejar para la resaca del día siguiente tanto pensamiento roñoso, inadecuado en una jovencita tan bella y tan vivaz como ella, se dijo entre sonrisas, atrayendo a su memoria una de las tantas frases de su abuelo Bernardo.

Catalina se despertó asustada de las tinieblas del sueño. Cosa rara, pues antes había tenido formas y figuras delante, y ahora, despierta, su mente no podía retenerlas, quizá porque le fue imposible verlas en sus contornos y detalles, distinguirlas en vez de percibir o sentir, saber con la sutil concreción del sueño, qué eran. Sentada en la cama, viendo a Joaquín dormir plácidamente como si nada vital y fatal se hubiera espetado horas atrás, le acorraló la necesidad de desahogarse con alguien para aligerar el peso del profundo dolor, pues parecía tan increíble todo, que prefería pensar en Joaquín extraviado en la locura, perdiendo la razón, antes que comprender que se mataría. Pensó en Viviana, en sus padres o en Josefina a secas, y apresurándose hacia el teléfono, en el estudio al otro lado de la habitación, tuvo que aprender poco a poco que para los problemas, debemos quedarnos absolutamente solos. En casa

de Viviana y Richard el teléfono timbró incansablemente, lo mismo en el departamento de Josefina a secas; sin embargo, en casa de sus padres, la voz de Nicolasa, la viejísima Nicolasa, reconoció que nada bueno ocurría, lo reconoció como cuando niña le detectaba los pesares de estómago, de cabeza y principalmente, los de amores; pero no era ella a quien buscaba, aunque buenísima y fiel, más que una madre en muchísimas ocasiones, no comprendería la pobre con las escasas luces que le dejaba el Alzheimer, tanta realidad nueva. Su padre se puso al instante, y en su voz maltratada por la edad, por la enfermedad, en la carraspera persistente, descubrió Catalina que ya hacía mucho tiempo que de la jovencita y de la propia hija quedaba muy poco como para recurrir a un par de ancianos felices, felices ya que apartados del resto del mundo podían envejecer mejor sin forzarse a asimilar más, a conocer más, a descubrir más; no obstante, el padre la saludó cariñoso y luego le preguntó si algo ocurría. Detenida frente a una voz de toda la vida, dudó entre esfumar el silencio con la verdad o con la mentira. De súbito, negó cualquier desconsuelo, pues quién era ahora para arruinarles la serenidad de sus mutuas compañías con noticias funestas sobre un hombre a quien poco conocían, noticias sobre la enajenación o el inminente suicidio de un nombre al cual amaba; pese a todo, un nombre, sólo un nombre que les traería preocupación, pena y angustia, sentimientos todos que germinarían por ella, ansiando tanto que los sintieran por ambos.

Colgó reiterando los saludos navideños y la indeclinable invitación para la noche. Un gran beso, un gran abrazo y fin. Pensó nuevamente en Viviana, pues si no estaba en casa, donde estuviera debía estar con el celular prendido. El aparato timbró dos veces y luego escuchó al otro lado un gran barullo: ruido de cosas moviéndose, indicaciones cruzadas de voces conocidas y desconocidas, música a lo lejos y, entre la barahúnda, a Viviana preguntando aló, aló, ¿quién es?

— Hola Vivi, soy Catalina. ¿Dónde estás?

— *Qué pregunta, cholita. ¿Dónde más? Ultimando los preparativos aquí en el Salón, para recibirlos como se merecen. Richard anda por algún lado carajeando a quien se le cruza en el camino, luego le contaré*

que llamaste. Hace dos semanas contrató Josefina a secas el buffet con toda la decoración y todavía no aseguran una hora de llegada. La orquesta está probando el sonido que está terrible y los danzantes haciendo maromas en cada esquina, fastidiando el trabajo de los muchachos y nuestra tranquilidad. Estoy más nerviosa; pero mejor así, pues si no fuera porque hay tanto que hacer, el día habría sido insufrible, Catita. Fiorelita decidió marcharse con unos amigos a un campamento, una cabaña, no sé, imagínate, y sin la niña en casa, vernos las caras con mi marido hasta la noche hubiera sido imposible. Felizmente Joaquín es tan calmado, tan tranquilo, si fuera distinto, seguro ya estaría jalándose los pelos de la ansiedad, loco de atar.

— Sí, seguro...

— A propósito, ¿qué anda haciendo?

— Durmiendo, reposando el almuerzo.

— Así da gusto, haciendo patria.

— No, no, es que el día estuvo difícil...

— Y seguirá estando difícil, corazón. Éste no es cualquier día; tanto así que te voy dejando, Catita. Cualquier cosa, ya sabes, por aquí nos encuentran, y si no tienen nada mejor por hacer que dormir, aquí les espera mucho trabajo.

— Sí, Vivi, descuida. Con total entrega, los apoyamos a la distancia.

— Muy simpática.

— Vivi, ¿sabes dónde está Josefina a secas?

— Acá, al frente, moviendo las manos, supongo que a manera de salud... para ambos, dice. ¿Te la paso?

— No, no, saludámela nomás. Ya nos veremos más tarde, ¿no?

— Por supuesto que nos veremos. Ahora te dejo, cholita. Un beso para los dos, cuidense como nunca hasta la noche. Bye, bye.

Catalina se encontró nuevamente sola, ahora en aquel recinto que su Joaquín usaba para eludir la realidad. Podía telefonar a Ximena o a Valeria, al mismo Roberto; pero no pretendía comentar el último libro de las estanterías de Larcomar o la reciente película argentina que el circuito comercial no traería a Lima, esta vez requería de alguien para hablar de vida y muerte, de sentimientos, dejando fuera las divagaciones académicas. Sentada en la si-

lla rodante, frente a un escritorio que no era suyo; pero que tenía el olor que en sí reconocía, las marcas que también encontraba en su piel, reparó en cómo dos palabras al parecer tan diferentes como vital y fatal podían significar en buena cuenta lo mismo: de suma importancia o trascendencia y, por otro lado, inevitable; así, la línea que separa la plena existencia de la nada, no puede ser más que una presunción errónea, una fallida interpretación de las reglas del tiempo. Próxima a los libros de Joaquín, a las lecturas que emocionan su espíritu, se enfrascó en vislumbrar qué tanto de metafórico cabía en su confesión desesperada, confiando encontrar al orate y no al suicida; pero no podía olvidar que además de las palabras al vuelo, quedaban las frases escritas y un revólver oprimiendo con su peso inmensurable la densidad de sus significados. A un lado, en el segundo cajón de la derecha, una cajita en caoba de goznes roídos por la carcoma del óxido, cerrada para ser abierta, lo aguardaba para enmendar su incertidumbre y convertirla en implacable certeza. Nunca había hurgado en los papeles de Joaquín ni en la intimidad de sus escritos o trabajos, ni siquiera había pretendido hacerlo con sus más cotidianos pensamientos; sin embargo en esta ocasión, lo que estaba en juego involucraba a los dos y, fundamentalmente, a ella, pues orate o suicida, para ambos casos la soledad sería su recompensa, su castigo. Siendo el hombre un animal que adopta y descarta con cierta libertad hábitos y costumbres, inmiscuirse en lo ajeno no era para Catalina una cuestión de jalar el cajón y abrir la caja, era transgredir un espacio, intuyendo que la transgresión siempre tiene un precio. La escritura fija el pensamiento de un instante y, las más de las veces, por el contrario, constriñe a un burdo soporte lo eterno, lo etéreo, pues el sentimiento de un hombre es el sentimiento de muchos otros que anidan por una vez en él, los pensamientos de un hombre son los pensamientos de todos los hombres de tiempos y lugares cercanos o lejanos, que deciden interpretar el rol del oficinista mediocre, del deportista esforzado, del estudiante irreverente o del suicida confeso, para condensar en un personaje a la especie repetitiva y previsible. Cada cual es un ejemplo más y, a la vez, la síntesis de todos los nombres; por tanto, husmear entre los

demás papeles en tinta verde que Joaquín sepultó bajo el arma, bajo las únicas líneas leídas con claridad: *...tal vez sea a mí a quien siempre busqué*, podía también ser para Catalina, desgarrar por fin el velo que sigue ocultando las verdades del suicidio de su tía Mabelita, de cuando niña; significa, en definitiva, remover los escombros que el silencio durante muchos años se esforzó en sepultar y es, sobre todo, encarnar demasiadas preguntas escarbando en una sola de las respuestas.

Rosita invadió el umbral del estudio cuando Catalina alejaba su mano de la manija del cajón. Se sorprendió la muchacha de encontrarla sentada en la silla del señor, imitando su postura, con su misma melancolía.

— ¿Qué deseas?

— Pensé encontrar al señor. Disculpe.

— No está aquí. ¿Qué querías?

— El señor, hace un rato, me ofreció que podía ver los libros cuando quisiera, hasta coger alguno si me gustaba.

— ¿Venías a pedir un libro?

— Sí. Quería revisar uno de éstos. Es el libro aquel, atrás de usted.

Catalina se levantó de la silla y abriendo la puerta del anaquelel, extrajo un volumen viejísimo de cuero oscuro en la cubierta y pan de oro en los bordes. Ése, le indicó la muchacha, al tiempo que Catalina le precisaba que aquel libro de poesía era uno de los tantos que heredó de su abuela paterna. ¿Todos estos no son del señor? La verdad es que la mayoría son míos, le reveló. Dime, ¿qué buscas? Me llamó la atención el título, señora. Las letras góticas labradas en relieve ofrecían al lector poemas de amor en lengua castellana y algunas leyendas románticas de prosistas franceses que Catalina venía leyendo desde niña. Así, recorriendo sus páginas, ubicó varios de aquellos títulos que descubrió cuando abandonaba la infancia, aquellos que soñó recibir de boca de algún enamorado apasionado. ¿Leerás estos poemas? No, señora. Quiero que me los lean. Catalina se detuvo a contemplarla y, a pesar de que su cuerpo regordete y pequeño desairaba la solemnidad de su brazo estirado, esperando el préstamo, sintió envidia, pues se daría el lujo de domeñar a su amado, de regalarse el placer de es-

cuchar versos al oído cuando a ella ahora se les esfumaban, huidizos. ¿Tienes un novio? Sí, señora. Y haré que me lea alguna de esas cosas bonitas de los poetas, como hace el señor con usted. El señor no me lee, me susurra, le dijo Catalina sin afán de reproche ni de revancha. Se sentó y le indicó a ella que lo hiciera. Alegó la muchacha que queriendo marcharse al cerrar la tarde, necesitaba acabar con la limpieza de la casa que aún estaba a medias y que el lonche no estaba listo y que nada, nada, le dijo Catalina, todo va a esperar.

Aún librándose de la modorra, Joaquín buscó a tientas con la palma de la mano a Catalina; pero a su lado sólo quedaba la hondura, el espacio frío que había dejado su cuerpo al levantarse. Girando hacia el cuerpo ausente, Joaquín le resumió su último sueño: Cruzé el puente. Sin embargo, no quedaba quien lo escuchase, quien atendiese a esa emoción. Desperezándose, notó recién que en la habitación no estaba ella y que sus palabras de nada habían servido, pues escurriéndose por los vericuetos del cuarto, únicamente habían sonado para sus oídos. ¿De nada? Cruce el puente, le participó de súbito al espejo del tocador cuando notó que al mirarlo le devolvía un rostro tan distinto al de la mañana, sin los surcos horadando su piel o desorbitados los ojos por el llanto. ¡Catalina!, gritó para ser escuchado en toda la casa, postergando el dolor que obligaban las frases lanzadas hace unas horas, como si decir me mataré o voy a suicidarme, fuera un ejercicio cotidiano, expresiones inocentes sin su cabal significado. Cerca, seguro Catalina lo escucharía y partiría de inmediato, apresurada por atender su excitación; y así aguardó, sentado en la cama, con las piernas dobladas y la espalda recostada en la cabecera, repasando las innumerables caídas que necesitó para cruzar a la otra orilla, donde no encontraría nada ni nadie como le anticipó Josefina a secas. ¿Por qué ella?, se preguntó ahora sí extrañado, buscando una respuesta a sabiendas que sería imposible, porque la vida, y con ésta el sueño, son solamente antojos imprevistos de titiriteros aburridos; intentando sí, jugar con las conjeturas para reemplazar la ausencia inaceptable. ¡Catalina!, exclamó nuevamente, confiando en que la primera vez no le habría escuchado. Pero si bien ella no

estaba en la habitación, desde el otro lado del corredor, en el estudio, había oído con nitidez ambos llamados; no obstante, había decidido no atenderlos todavía.

Fuera de la cama, alargando los pasos alrededor del cuarto, Joaquín ocupó su mente en recuerdos que de compartirlos, no los creería nadie, pues éstos se iniciaban malogrados, sin sus padres o hermanos, en una embarcación cruzando el Atlántico desde Cádiz, dentro de un camarote oscuro bajo un temporal interminable, siempre de noche, cuando muchacho; continuaban en Tierra Firme, joven aún practicando el oficio de herrero, carpintero y hasta recaudador de impuestos para no tener que mendigarle baratijas a los grandes aventureros y conquistadores, con sueños de gloria espantando al hambre sobre las calles recién construidas en las ciudades de nombres ostentosos, fundadas siempre ayer; y seguían a pie o a caballo por territorios inexplorados, inventando la nueva historia de los hombres, aunque dudando, comenzando a discrepar; luego vendría el alejamiento, el germen de la soledad. Recordó que el impulso del desengaño le permitió reanudar sus pasos cansados, desfallecidos, estrenando delirios para cancelar cada derrota. ¿Cuántos Incas no dejó de buscar entre indígenas, mestizos o criollos? ¿Cuántas mentiras no paró de inventarse para seguir existiendo? Su singular Francisco Pizarro murió a traición, cuestionado y repudiado antes que apreciado; pero su tierra dio nombre a nuevas tierras y su estirpe hoy se entronca con la gloria de los prohombres de la humanidad toda. Lo lamentable no es vivir hasta hoy o mañana, sino dejarse morir antes de haber alcanzado todos los propósitos. Soñar es empeño de valientes y nuevamente descubrió Joaquín que no estaba entre aquellos imbéciles que abandonan sus planes, posponiéndolos por desgano, por complacencia y por cobardía, pues cruzar un puente ilusorio es también recibir un sinfín de llamadas esperanzadas, atender a voces de desconocidos confiándole expectativas y encargándole destinos. Quiso creer finalmente; es decir, supo que el camino concluiría.

De pie, antes de abandonar la habitación, llamó por tercera vez a Catalina, confiando en que por fin se acercaría; pero nada. Tuvo que ser el mismo Joaquín, quien atravesando el pasadizo, buscán-

dola primero en el comedor y la sala, la encontrara en el estudio dialogando sin entusiasmo con Rosita, una frente a la otra arrojándose interrogantes para poder arrastrar las palabras en cada respuesta. Ambas callaron al advertirlo. Rosita abandonó el asiento y pidió permiso para marcharse entre agradecimientos por el libro, por la plática; en cambio, Catalina prosiguió sentada, invitándolo a acompañarla con un gesto moroso y una frase inaudible. ¿Cómo estás?, amor... ¿Qué ocurre? ¿Sabes qué me contaba la muchacha? Joaquín presumió dichos y expresiones; pero prefirió negar para escuchar. Exigirá a su noviecito que le lea algunos poemas. Imagínate a esta provincianita no sólo proponiendo sino también, disponiendo. No admite una sola infidelidad, ni siquiera la duda royéndola. Así de joven, ha despreciado a varios pretendientes por mujeriegos, malgeniados u holgazanes. No admite tachas. Hermoso respeto, ¿no crees? ¿Qué quieres decir?, Catalina. ¿No te queda claro?; pues escúchame con atención, vida mía: estoy cansada, sencillamente harta de tener que admitir tu extravagante y absurda locura. Has resuelto marcharte o te quieres suicidar, y debo yo desplomarme en lágrimas para conmover a tus sentimientos sin lograr nada sobre tus decisiones, pretendiendo que acepte tamaño disparate como si me informaras de una salida al parque o a trabajar. No, Joaquín, hasta hoy perseveró mi docilidad. O abandonas las necesidades e impido que te marches o nos vamos juntos, pues pienso ir contigo hasta el sepulcro si es preciso.

Afuera, el sol no se había decidido a brillar, el cielo seguía gris a pesar de los pompones de algodón inventados de rato en rato por las nubes, las calles se aceptaban feas y bonitas según la nostalgia o a la vista y el barullo de miles, millones de diálogos se percibía entre el ruido de motores o de equipos de música, mientras demasiadas personas transitaban las aceras aquejadas por las manijas del reloj, apresuradas como si el tiempo para la festividad de medianoche, amén de acortarse, fuese definitivo; sin embargo, en la casita de Pallardelle, los segundos tardaban minutos y los minutos horas entre el silencio estupefacto de Joaquín y la actitud desafiante de Catalina. Sentados, contemplándose, examinándose los gestos, leyéndose los rostros como páginas escritas,

descubrieron que las miradas hondas, entregadas y cristalinas, no alcanzarían para remediar el único y definitivo obstáculo que habían sembrado en la relación. Joaquín sabía que le correspondía hablar; pero afirmar que se marcharía solo, desechando la severidad que Catalina usó para plantearle el dilema, no era tarea sencilla; pues a pesar de dominar las palabras que explicaran con exactitud la brutalidad de un balazo en la sien y, sin dificultad, lograran presentarlo como el acto más solitario de un hombre, siempre se quedaría corto al pormenorizar con la generosidad debida, que la resolución era ineludible, era feliz. De esa manera, con franqueza, le aclaró Joaquín que ni el amor ni el compromiso prevalecerían sobre su decisión.

Existen momentos, instantes, en los cuales una palabra puede inventar nuevamente el mundo; pero Catalina, por el contrario, recibió una bofetada en ambas mejillas: amor y compromiso. Al poco, huyendo del silencio que no tardaría en instaurarse, se puso de pie y, sin dirigirle la mirada, rozó con la palma de su mano el rostro envejecido y cansado de Joaquín, un toque áspero, que bien podía entenderse como una caricia o como el eco de un golpe, antes de marcharse.

El reloj de la sala anticipó las cinco campanadas de alguna parroquia cercana y las campanadas a las bombardas de muchos barrios festivos por el advenimiento del nuevo año, como si traspasar una fecha, una idea en suma, augurase tiempos distintos, mejores. Feliz año nuevo se dirán los amigos, los familiares, se pronosticarán los desconocidos en la calle, esperanzados todos en que la frase trastocara los deseos en realidad, asegurase aunque sea un poquito de felicidad.

Josefina a secas consideraba que todo ya estaba a punto, cuando advirtió que la araña central, gigantesca, emitía ligeros chirridos al ponerse en movimiento; entonces exigió que se revisaran con escrupulosidad los engranajes y las cadenas que la sujetaban hasta encontrar la falla. Más tarde, asumió que la tarea estaba cumplida al contemplar desde un extremo la inmensidad del salón; sin embargo, le encontró defectos a los vitrales recién pulidos. No tar-

dó en objetar la presentación del buffet o la caída de los manteles o la sonrisa de los jóvenes del servicio. Ya váyase a alistar, señorita, le dijo el viejo Cubas. Ella lo examinó de pies a cabeza, buscándole la falla para poder mandarlo a componer también; pero a pesar de que descubrió sus arrugas, su descuido en el vestido, sus ademanes perezosos, no le expuso reparos al momento de admitir que estaba inventándose motivos para evitar marcharse a casa. Cubitas indagó sobre el porqué sin inmiscuirse, sin entrometerse demasiado; no obstante, Josefina a secas ya lo había largado a realizar cualquier tarea dos veces, luego de revelarle que estaba cansada de permanecer sola. ¿Sola?, le preguntó Viviana al coger la explicación al vuelo. Josefina a secas asintió, recelosa. Recuérdame exponerte más tarde lo que significa estar sola, jovencita, le indicó, inclinada a pensar que sus pesares eran mayores, sin advertir en la otra mirada, la misma convicción de su propia verdad.

No quedaba más por hacer, así que luego de despachar a cuanto muchacho se cruzaba en su camino tras algún desperfecto, Richard resolvió marcharse también. Llamó a Viviana y, luego de ultimar detalles con Josefina a secas, que al parecer no pensaba abandonar aún el local, partió al volante, eludiendo el tráfico por las calles menos importantes, comentando con su mujer nimiedades, cosas de la recepción, del protocolo y de los invitados, para no dejarse agredir nuevamente por el silencio.

Acompañada por cinco chicos, jóvenes como ella, Josefina a secas puso fin a los arreglos con el primer brindis de la noche. Por la buena suerte, proclamó al chocar su copa con las demás, recordando la sonrisa perdida entre los ajetreos del día; no obstante, a pesar de las risas y los comentarios ligeros que lograron divertirla, a pesar de iluminarse con los halagos entusiastas que le brindaban a su trabajo, a su eficiencia, a su entrega y, finalmente, entre titubeos, a su belleza; sabía que un día empezado con sombras y un sueño indescifrable, terminaría por arruinarse.

Abandonó el centro de Lima restándole importancia al camalache de carros y micros detenidos en verde, detenidos en rojo. Dejando atrás la avenida Tacna, siguiendo por Wilson hacia Arenales, advirtió que entre los vendedores de *software* piratas y el sin-

número de ambulantes que ya terminaban la jornada, con la caída del atardecer comenzaban a aparecer los pastrulitos en las aceras y las prostitutas en las angostas calles transversales. De los primeros, era ruinoso verlos escandalear la calle por nada, transitando en grupos, empujándose, canturreando, rebuscando con la mirada el caminar ajeno; de las segundas, abundaban las gordas y viejas, las feas un tanto más jóvenes, las pequeñas de rostro asustado eran contadas, no faltaban las patéticas de sonrisa exultante. Recostadas en paredes y postes, luminosas por el colorete y las prendas chillonas, miraban al transeúnte sin pretensiones ni ofrecimientos, aún seguras de su tiempo. Josefina a secas, entretenida con el aspecto de las prostitutas, no se afaná en especular ni juzgar, pues viéndolas de pie, disfrazadas con esmero singular, tolerando las idioteces de los peatones, alcanzó a comprender el más umbrío de los sentidos de la dignidad. Tronaron los cláxones y las consabidas insolencias. El semáforo estaba en rojo; pero ya un policía había aligerado el tránsito mientras lo embrollaba; así, una mujer al volante, distraída o lenta, merecía las obscenidades o atrevimientos del cobrador de combi, del chofer de micro, del padre de familia apurado; sin embargo, ella prosiguió con las lunas subidas, olvidada, mirando afuera, camino a casa.

En el departamento, luego de abrir y cerrar ventanas, luego de revolotear de la cocina-comedor al comedor-salita y de la habitación al baño, alistó la tina de agua caliente y la ropa nueva para el festejo. Desnuda ante el espejo, contoneando las caderas mejor que cualquier puta callejera, delineando sus prodigiosas formas con las yemas de sus dedos, advirtió a pesar del vapor que comenzaba a ocultarla, el contraste entre su rostro triste y su cuerpo ansioso. Mientras desaparecía sus pequeños pies dentro la espuma y el vapor del agua, varios de los pensamientos que le habían entorpecido el día surcaron su mente; pero inútiles, ya no debían importarle ahí, pues enteramente cubierta por la tibieza, la delicia del calor penetrando cada poro de su piel, prefería ocuparse en sí misma, consolarse o, aunque sea, satisfacerse.

Joaquín creyó que Catalina volvería al estudio; pero luego de permanecer sentado sin hacer más que pensar necedades, pasó a ubicarse en su escritorio a contarle mediante un papel, las cosas que todavía no le había dicho. Debió revisar las páginas escritas previamente; sin embargo, lo último que le preocupaba era repetirse, pues ahora ya no esperaba su entendimiento y su tolerancia, sino, su perdón. Hoy te insulté, escribió en medio de la página y, enseguida, en vez de ofrecer disculpas o razones, escribió con su tinta verde la fecha y la hora, un te amo, un te amaré, y, doblando la página en cuatro, la dejó a un lado, aguardando a la que vendría. Estoy seguro de que has corrido tras estas páginas luego del funeral, por eso lamento no tener la capacidad de reconfortarte, de aliviarte el dolor con estas frases. Sé lo que significa quedarse solo, conozco la angustia y el temor que conllevan la noche, la hora del sueño cuando no queda nadie con quien compartirlo. Sé también lo que es renunciar al amor, tener que aceptar a fuerza la distancia primero, la ausencia después. Además, sé muy bien todo lo que vale la vida, el placer de disfrutarla, la expectativa siempre renacida de despertar al día. No he vivido en vano, Catalina. El balazo que escucharás entre tantos incondicionales y amigos, no es el símbolo de una derrota. ¿Recuerdas que me encontraste con la Biblia abierta hace tan poco? Era el Antiguo Testamento, primera de Samuel. Esas páginas no las ubiqué yo, me ubicaron a mí. La historia es sencilla: Derrotado por sus enemigos y tomando posturas de loco, luchando por mantener su posición aunque Dios lo había rechazado para darle su lugar a otro, Saúl se dejó caer sobre su espada. Fábula trágica, que en poco tiene que ver conmigo, empero, a ese Dios que desprecia también lo conocí yo. Me atormentó demasiados años la doctrina de mi tiempo, y así, viví pendiente de su comprensión, de su piedad, fanatizado con la esperanza de reconciliarme finalmente con Él. Luego lo olvidé, más tarde lo maté. Sean los muertos los que entierren a sus muertos, se ha escrito ya muchas veces desde Quevedo. Después de mucho vengo a pensar seriamente en Dios y sabes, me equivoqué con Él, pues juzgué que precisaba de su existencia para creer y no es así. Ahora quiero creer, sabiendo que no existe. Lamentablemente, tampoco

presiento que estaré mirándote desde algún punto de la habitación cuando leas estas páginas, estas frases sueltas que trazo. En todo caso, sé que tú confías y sientes que estoy cerca y eso basta. Me estoy despidiendo, Catalina, aún sentido por haberte escupido el compromiso y el amor en una sola expresión. No me arrepiento de las palabras, ni siquiera de la forma, porque fue la única manera en que reconociste definitivamente mi decisión; pero hoy, mañana, y en los días por delante, recuerda que mis sentimientos fueron sinceros y francos, tan suficientes para convertir una derrota en victoria y la muerte en vida; no obstante, tamaña suficiencia no alcanza para obstruir mi elección: aunque tardía, ya es hora del descanso a mi vida. No me he dejado morir por desamor, por desdicha ni por frustración sino por fatal necesidad, querida mía. Este tiempo debió llegar hace mucho; pero nunca consideraré que me ganaría estando contigo. Somos marionetas, ¿no crees? Personajes de una puesta en escena antojada. ¿Cuál será tu rol ahora?, mi amor. ¿Qué dispondrá para ti el titiritero incommovible que mueve nuestros hilos? Yo me despido ya de esta farsa habiendo cumplido a cabalidad mi papel, triste y contento, melancólico, nostálgico y feliz, pues creo haber alcanzado la única meta que me empeñé en perseguir durante toda mi existencia: Encontrar al Inca; desafortunadamente es español-peruano, más viejo que sus ruedas más viejas e ilegal. Hoy lo descubrí tras el sueño de mi Josefina a secas, tras mi sueño, y lo veré, sé que lo veré en los rostros de nuestros partidarios, de todos aquellos que se afirman en mí, confían y esperan. Ya lo sabes, corazón, es tiempo de acabar.

Desde la puerta, con un ligero toque en la madera se anunció Rosita a Joaquín. La señora me manda a decirle que están sobre la hora, señor. Pregunta si piensa alistarse o quedarse en casa. Ya voy, dile. Por supuesto, señor... Señor, perdone que me entrometa; pero a la señora se le siente muy triste. Gracias, Rosita, lo sé. Anda, dile que ya voy.

Joaquín se recostó sobre el respaldar de su silla contemplando la última carta que escribiría. Le faltaba el párrafo final, el de despedida, debió pensar al recoger su lapicero en tinta verde y escribir: No estoy sepultado en este papel, Catalina. Aquí siempre me

tendrás a tu lado, acompañándote con vida. Piensa que este simple acto de trazar líneas y formas, está fijando la inmortalidad en nuestras memorias, corazón, mi amor. Te dejo todos los besos y un abrazo. El verso, la perla, la pluma y la flor que le regaló Darío a Margarita Debayle en dos líneas. Te regalo mi recuerdo y el recuerdo de la exacta dimensión de Rose. Adiós. Joaquín dobló también en cuatro el papel y, reuniéndolo con el otro, se dispuso a guardarlo bajo las demás hojas, en la cajita de caoba, dentro del cajón del escritorio; pero nuevamente le importunó Rosita desde el umbral de la puerta, esta vez muy avergonzada, apurándolo de parte de la señora. Ya iré, volvió a indicarle sin revelar en su voz ningún fastidio, con el tono cálido que siempre procuraba para todos. Solo, otra vez, decidió dejar fuera de la caja el arma cargada con seis balas en el tambor; el resto, quedaría oculto por unas horas, unos días, dentro de la madera vieja y resistente. Joaquín se puso de pie y antes de salir del estudio, ordenó alguno de sus libros, volvió a la Biblia tras las páginas sobre Saúl y recorrió las esquinas del recinto como recogiendo sus recuerdos.

Afuera de la casa, dormitando en el asiento trasero, Pedro se sobresaltó al descubrir a su jefe parado a su lado, esperando que despertase. Perdona, don Joaquín. Siempre me encuentra durmiendo usted. Disculpe. Escúchame, Pedro. Dentro de un rato saldremos al centro, a la ceremonia; ahí ocurrirán sucesos extraños, ya verás. Para entonces, quiero que te encargues de la señora Catalina con tranquilidad, con esmero y mucho aprecio. Te pido que la traigas tú y procures estar cerca para todo aquello que necesite. Sé que es fin de año y preferirías estar con tu familia; sin embargo, así son y serán las circunstancias, hombre. Ya comprenderás. Confío en ti, pues muchos no pensarán con calma... Pero, ¿y usted? Por eso confío en ti. ¿Qué va a ocurrir?, don Joaquín. Joaquín, a pesar de la oscuridad, de la sombra de la noche sobre el rostro de su chofer, reparó en que estaba totalmente intrigado y preocupado, y adivinó recién que ese diálogo era un error, compartiéndole tanta incertidumbre a ese hombrecillo simple. No, Pedro, nada tan grave como para que te vengas a preocupar, le dijo, con una sonrisa a flor de labios, esperando que sus prácticas le indicasen un

código distinto. ¿Cómo que no es grave?, don Joaquín. Qué estará tramando usted, escuchó de su chofer, interesado sí; pero más tranquilo. En todo caso, Pedro, no descuides a la señora. Pierda cuidado, yo no le fallo.

Sentado a la mesa, aguardando a su amigo Santiago, don Melchor Segura vio entrar en el cafetín a Héctor sin más compañía que su ansiedad. Le invitó a tomar asiento; pero no a acompañarlo con un brandy, ni siquiera un café. Le escuchó con atención sus apuros, sus impulsos y, finalmente, lo mandó a casa a tomarse unas copas con los suyos. Pero, don Melchor..., protestó él; sin embargo, ya su tío estaba a su lado, aguardando una efectiva explicación para tanto arrebato. El joven no se limitó a aventurar situaciones complicadas para la reunión, sino que, además, indicó que como miembro de la junta directiva del Partido, tenía derecho a participar en cualquier diligencia y, sobre todo, el deber de intervenir si fuera preciso. Ah carajo, me saliste respondón, resopló Santiago en tono jocoso, mirando a don Melchor. Déjeme acompañarle, tío. Los dos mayores se miraron y, luego de estrecharse las manos y darse un abrazo por el saludo postergado, asintieron con la cabeza, más resignados que convencidos. Pero te quedas en el auto, muchacho, se le indicó finalmente a Héctor, a manera de condición y advertencia.

Me soñé cruzando el puente, le confió Joaquín a Catalina, rompiendo el silencio. Ella lo miró sin decir palabra, después siguió con los ojos puestos en la calle, observando a través de los cristales del auto. Parece nada, amor; pero por muchísimo tiempo el sueño fue incompleto... Tu amor también lo es, y de eso no dices nada, le reprochó sin voltear a verlo, atenta a los transeúntes que se apresuraban a tomar un transporte en la Arequipa, por marchar lo más rápido posible a sus casas, sus reuniones. No seas injusta, Catalina... ¿Injusta? Nos queda una noche larguísima donde debemos alegrarnos y emocionarnos con muchas personas a nuestro alrededor; donde vas a hablar y, al igual que el resto, yo deberé aplaudir arrobada, seducida; además, tendremos que estrecharnos en

un abrazo de amor sin recelos ni tormentos a la medianoche para cumplir con la fiesta, con el protocolo y con las fotos. Es decir, cumpliré mi papel de entregada compañera sin tachas, aunque ansíe seguir tirada en la cama intentado dormir profundamente por unos días, confiando ilusamente en que al despertar, todo será distinto; pero claro, mi dolor, mi pena y mi angustia, tienen que comprender que hay cosas más importantes, así de comprensiva soy yo, mi amor, pues estaré en la mesa junto a Vivi, Richard o quien sea, sonriendo como idiota, fingiendo alegría. Sabes, de verdad me emociona, me desquicia totalmente la idea de verte parado ante todos, convencíndote de la necesidad que nuestro país tiene de ti; sin embargo, a tan grata excitación la tengo postergada por tu descarada espontaneidad. Ni el amor, ni el compromiso, Joaquín. Nada, en suma, tiene el mismo valor para los dos, cuando masticas en frases lo más importante. Él la contempló apenado, inclinado a pensar de que no admitiría su decisión ni siquiera descubriendo las cartas fúnebres; con todo, supo que dejarse aplastar por la congoja terminaría por robarles irremediablemente las últimas horas que les quedaban para estar juntos. Así, suspendiendo los reproches, le propuso con la misma franqueza, descaro, que precisó para destrozarse su corazón, que requería su complicidad en una sonrisa. Y sí, ella sonrió maquinalmente, confundida por la frase antes que asintiendo; pero sonrió, para regocijo de Joaquín y hasta del propio Pedro, adelante, quien creyó recién comprender las frases de su patrón, dándole el justo crédito a su oído indiscreto. Ya estamos por llegar, les indicó al poco, cuando ya tenían bien dispuestas sus mejores máscaras para la gran noche.

Dos hombres uniformados se acercaron a abrir las puertas traseras del auto, escoltando a la pareja cuando estuvo finalmente aparcado en el estacionamiento; mas regresando sobre sus pasos, Joaquín le pidió a Pedro, lejos de Catalina, que permaneciera pendiente de lo que pasara adentro y, sobre todo, de ella. Cuento contigo, le indicó por despedida, antes de estrecharle la mano izquierda. Pero yo cuento con usted, jefe, le advirtió el chofer, sintiéndose un poquito amigo. La pareja siguió su camino custodiada, ella tomada de su brazo y él, hurgando con disimulo en el bolsillo dere-

cho de su chaleco, como lo hiciera en el auto, como lo haría en el recinto. Suerte, escucharon a sus espaldas, cuando ya se perdían en las escaleras hacia el gran salón, sin enterarse que entre incertidumbres, Pedro les masculló una bendición.

Adentro del local, Josefina a secas nuevamente revoloteaba de un lado a otro, todavía preocupada por los más nimios detalles, mientras Joaquín Medina y su pareja, Catalina Mariño, transponían la puerta del gran *Salón de los espejos* ante el aplauso entregado de los concurrentes. De pie, abandonando conversaciones, cada asistente batió sus palmas al ver pasar a la pareja. Los saludos y los vítores tronaron dentro del recinto, acompañados por los primeros acordes de la banda, acomodada en la descomunal araña central, suspendida a medio camino entre el techo y el suelo. Caminando a través del corredor que habían improvisado las mesas de largos y brocados manteles, la pareja saludaba asintiendo nerviosa como los novios en las bodas a sus invitados, dirigiéndose hacia la mesa de adelante, al otro extremo de la puerta, a los pies del pequeño tabladillo, donde Richard Benavente, su esposa Viviana Sanz, don Tiziano Roggero y los Castro Cisneros, les aguardaban entre copas servidas, con el fresco champagne anunciando el brindis. El presentador, micro en mano, pidió que se alzaran las copas para celebrar la reunión y el momento de todos en una persona: Nuestro amigo, el profesor Joaquín Medina. La ovación continuó y el agasajado, de pie, observando a una multitud inventada por los innumerables, incontables espejos que presentaban su nombre al recinto de fantasía, agradeció con una venia tanto cariño y emoción, sinceramente conmovido. Entonces, don Tiziano Roggero, sin más preámbulos, subió por un extremo al proscenio y, aguardando el silencio de sus viejos amigos, de sus compañeros de ensueños e ilusiones, de sus partidarios y de sus incondicionales, habló para cada uno, en nombre de todos: Hoy estamos reunidos, cumpliendo la promesa que me hice para nuestro Partido, cuando hace buen tiempo, al conocer a un intachable, decente, inteligente y dedicado profesor, en medio de agitados vientos en los cuales muchos de ustedes auguraron que algunos sueños ya no tendrían ocasión en la realidad, pues mequetrefes de la

prensa que ahorita se agitan al fondo, en torno al buffet, predecían como agoreros la muerte de nuestra agrupación y, con ellos, las cabecitas novatas recomendaban entre murmullos que me retirase de la política activa y pasiva, para convertirme en recuerdo, supe que todavía estaríamos en la brega. Y así, el señor Joaquín Medina, nuestro amigo, nuestro elegido, nuestro anhelo, se dejó seducir por el reto que lo tiene aquí al frente de mí, encarnando el cambio posible y esperado. No cansaré sus ánimos refiriendo las virtudes de nuestro candidato, pues de ellas ya hablarán sus contendores con la hidalguía que proyecta Joaquín, tampoco pienso apremiarlos con largas disquisiciones sobre la ética y la moral que gobiernan su conducta y actitudes; pero sí, los invito a involucrarse por entero en esta causa noble y lozana, ya que su compromiso los hará actores, dejando de ser el inerte escenario que han sido durante tantos años; y, además, porque los hará parte de la empresa que en unos años les agradecerán sus hijos, sus nietos. Hoy, en vísperas de un nuevo año, de las buenas épocas que hace tanto demandamos, presento para todo el Perú a nuestro candidato, a su candidato, porque él, entre las claridades que irán descubriéndole, no cree en ese viejo adagio, tan fallido y tan peruano, que a la letra reza: nunca digas de esta agua no beberé, nunca digas nunca, como se anima a expresar el tibio con desparpajo. Así, Joaquín disiente, pues durante toda su vida se ha venido preparando para rechazar sin tribulaciones lo grotesco y lo torcido, ya que la integridad, la dignidad, exigen la capacidad de asumir el desafío de contestar, de no transgredir, de no claudicar. Ese es nuestro candidato, un intolerante, sí, lo que oyen, el novísimo significado para la palabra intolerante.

La concurrencia, hipnotizada por la elocuencia del viejo caudillo, tardó en estallar en aplausos, confiando con él, que las buenas épocas llegarían. Luego, valiéndose de frases inútiles, vacías, el presentador celebró la lucidez de don Tiziano Roggero antes de dar paso al señor Richard Benavente, en su calidad de directivo del Partido, para la presentación oficial del candidato. Al micro, Richard llamó a su lado a Joaquín, procurando un protocolo aprendido en la mesa, hacía unos minutos. Nuevamente, las palabras

aspiraron a expresar la emoción y la expectativa que personificaba Joaquín; pero fue él mismo quien, con el inaudito temblor de sus manos, exhibió toda la conmoción que significa ser la ilusión de tantos. Paralizado ante la multitud de personas y reflejos, observando los detalles minúsculos de la arquitectura ostentosa, deteniendo su atención en las dos cúpulas maravillosas que se coronaban en el altísimo techo, sintiendo el rumor de la calle festiva a esperas de la medianoche y el nuevo año, sabiéndose repetido infinitas veces para el resto en los espejos del salón, eludiendo por total temor la mirada de su amada Catalina, carraspeó profundamente para aclarar la voz antes de empezar a hablar, de confiar verdaderas mentiras y mentiras verdaderas: Hace unos días, Viviana Sanz me preguntó el porqué de mi postulación a la Presidencia y yo le respondí a la amiga, no a la electora. Hoy pienso hacer lo mismo al hablar con ustedes; pues al estar sentados aquí, cada uno está exponiéndome con su presencia que confía en lo que encarno y, tan generosa confianza, merece la misma reciprocidad, dijo Joaquín, dejando de mirar al cielo, paseando su vista por los rostros de conocidos, de amigos, esperando dar con los términos justos en cada frase. Antes de excusarme y prometer, prefiero confesarles que siento mucho miedo. El temblor de mis manos lo denuncia sin prudencia y mi voz apagada es una lucha constante por descubrirme en cada palabra; pero el miedo que me abraza es equivalente a la emoción que los embarga. Qué singular, ¿no creen?, yo aquí temiendo o temiéndoles y ustedes ahí, emocionados conmigo y por mí. Pienso que así es la empresa para la cual ustedes me han honrado: Labor de todos, antes que mía, pues la Presidencia será posible, no proyectándola en este hombre que les habla titubeante, sino catapultando las expectativas y propuestas de cada uno de ustedes, convertidos en un bloque sólido y unido. Todos los que hemos venido aquí, cercanos o ajenos, creemos tener en común la ilusión, un sueño; entonces, si estoy aquí parado, dejándome observar, el señor Noriega, la señora Salinas o el joven Estela, podrían estar en mi lugar, puesto que el requisito ha sido simple y esencial: La dignidad indestructible del soñador. Bien lo ha dicho nuestro notable Tiziano Roggero: Somos los acto-

res; sin embargo, no solamente se actúa alcanzando el poder, también se actúa desde antes, desde el momento en que imaginamos la meta y decidimos no derrumbarnos hasta alcanzarla. Ahora preguntense cuáles son sus propósitos, luego, por qué están sentados acá y, en definitiva, si el barco es de verdad para todos. Somos personas distintas, venimos y vamos a lugares distintos; pero la ilusión debe ser la misma para lograr el cambio, para que los actores no necesiten a fuerza, sino por reglamentos y ornamento, a este humilde director. Es decir, cada uno de ustedes postula a su vez, si se involucra en esta ilusión.

Los concurrentes se miraron perplejos, incrédulos de haber escuchado tan redundante sinceridad. Asistiendo a oír a la personificación de un proyecto, lo que no esperaban era ser responsables conjuntamente de su viabilidad. Por eso, el silencio fue rotundo, sólo interrumpido por tres o cuatro aplausos corteses o convencidos; pero aislados entre el desconcierto. Joaquín Medina, el profesor, retomó el micro sin dejar salir al candidato que alguna vez creyó albergar: No pretendo engañarles, mis amigos. Toda candidatura es imposible sin electores; pero también, sin cofrades capaces de hacer suyo el reto. No estoy aquí parado conminándolos a participar activamente, estoy exigiéndoles que asuman un pleno compromiso, les desafió finalmente, convenciendo recién a su auditorio de la clase de situación que tenían al frente. Richard, aún a su lado, lo abrazó con calor, con afecto, mientras le declaraba al oído que no había presenciado peor político en su vida. Joaquín le devolvió por respuesta una sonrisa y, entre el aplauso tardío de los concurrentes, descendieron del tabladillo, mientras el presentador improvisaba halagos al candidato.

En la mesa, Viviana lo recibió con un fuerte abrazo, plenamente convencida de que Joaquín no quería postular; aunque también, que mejor persona no encontrarían. A su lado, Catalina aguardó a que los saludos pasaran, los apretones de mano, los demás abrazos que llovían uno a uno, en fila o revueltos con verdadera simpatía, para ella concederle el suyo. Cuando al parecer ya todos habían expresado su cariño y su apego, ella lo tomó del hombro y, olvidando el nefasto día, tal vez solamente decidiendo olvidar lo

tortuoso que había sido horas antes, besó sus labios como si estuvieran en el parque El Olivar o cerca de los olivos de la pequeña casita de Pallardelle, días atrás, enamorada otra vez, esperanzada inútilmente de nuevo.

Entre el desorden, abriéndose paso a pesar del tumulto, Josefina a secas robó a su amigo de los brazos de Catalina, colgándose de su cuello, contenta y triste por él, por sí misma; mientras la música ya intentaba sus nuevos acordes y las parejas se alentaban a danzar.

Joaquín Medina, luego del alboroto de saludos y felicitaciones, tomó asiento regalando una venia a la concurrencia, hurgando ahora sí con preocupación dentro del bolsillo derecho de su chaleco, pues entre tanto apretón, tanto abrazo, no sería extraño que más de uno le descubriese el revólver escondido, pensó. Entre ellos, don Tiziano Roggero, quien a su lado, luego de recomendarle algunas posturas de orador añejo, le confesó al oído que tampoco era de los que olvidaban el arma en casa, ya que cuidar la vida es como asearse, mi amigo: aunque viejo o decrepito, siempre debe hacerse sin ayuda de nadie, le recomendó para su sosiego. Joaquín asintió, persuadido por la máxima del Patriarca.

Alrededor de las mesas, la danza se inició con un conjunto de jóvenes ataviados con trajes multicolores, sombrerillos de paja, hojotas y maichiles en los tobillos, rodeando a los concurrentes entre gritos y silbidos al compás de la música, inventado de a pocos un círculo al centro del salón, bien acompañados por las palmas y el alborozo de las parejas y familias. Las potentes luces, en la noche cerrada, permitían al pan de oro cuzqueño de las columnas regar de fulgor los pies de los danzantes, quienes entre saltos a izquierdas y derechas, compitiendo por la chinita en el ritual actualizado con las melodías, derrochaban alegría antes de los empujones, raptos y riñas, simulados todos para deleitar al respetable.

La marinera y el tondero siguieron al huayno y al carnaval cajamarquino, mientras en las mesas, las risas, los diálogos, los brindis, aumentaban el calor del recinto y vigorizaban los ánimos. En la mesa de don Roggero, de Joaquín, Richard se dejaba seducir por su Viviana, pues atractiva y simpática sin discusión, se había

empeñado en dejar de sentirse sola, es más, decidió que sería de nuevo su esposo quien la haría una mujer dichosa y feliz. En cambio, Catalina volvió a las preocupaciones anteriores, al intuir que el viejo revólver se encontraba ahora en el bolsillo de Joaquín. Intentó acercarse, tomarle por la cintura para tener más certezas que incertidumbres; pero él la esquivó con disimulo más de una vez, hasta que no pudo esquivar la exigencia contundente susurrada al oído: Dame el arma, Joaquín, le indicó ella arriesgando la afirmación, a sabiendas de que respondería sin eludirla. Él la miró con severidad y, sin negar que portaba el arma, le afirmó entre dientes que permanecería consigo. Catalina, ahogando su preocupación, se afanó en entender lo que al poco le explicó don Tiziano Roggero, el hombre más respetable de la reunión, aquel que hablaba para ser escuchado, cuando en un aparte de la conversación, mientras se prestaban a bailar, le recomendó que dejara de especular necedades, además de asegurarle que la seguridad nunca deja de ser indispensable, como se lo había expuesto con claridad al ilustre candidato. Al sentarse, Catalina rehusó ahondar en sus sospechas con alguien más, pues ya don Roggero le había advertido con toda su franqueza y seriedad, que las enfermedades y malestares como los temores y precauciones, son asuntos personales y, cuando menos, de pareja.

El espectáculo había terminado y las amistades, las familias, ya habían abandonado sus sillas para bailar en grupos, organizando círculos y trencitos con total algarabía. En la mesa, Joaquín procuró continuar sentado a pesar de las invitaciones de más de un entusiasta, empeñado en interpretar su historia en los rostros de amigos y conocidos. Durante la mañana, cuando resolvió que el fin había llegado y, principalmente, que su propósito estaba cumplido, asumió que matarse sería sencillo, cuestión maquinal: un balazo y adiós; pero contemplando el baile indiferente de Catalina entre las risas estridentes de tantos seguidores, su razón convenció a su espíritu de que el suicidio no era un acto de valentía ni de cobardía, sino, un acto de profundo egoísmo.

Josefina a secas, revoloteando entre la demás gente, se abrió camino hasta Catalina para escucharle un par de palabras al ver-

la tan triste, acompañada y sola, sin Joaquín. Algo terrible está por ocurrir, ¿no?, le preguntó apartándola del grupo, como si curiosara sobre el clima o la moda. ¿Preguntas o afirmas?, hija. Tú sabes, tengo como presentimientos, le aseguró divertida. Entonces escúchame: Joaquín ha decidido suicidarse. Josefina a secas pensó en el día de sombras que presentó la mañana húmeda, fría, y decidió que era una bobería cualquier presagio, que ahora sí, todo lo funesto se vislumbraba en serio. ¿Cómo estás tan segura?, preguntó asustada, olvidando sus antiguas certezas, desechando el tono ocurrente del cual venía valiéndose. Tiene su revólver en el bolsillo y no lo carga por seguridad, lo sé muy bien; además, siento a la muerte rondando cerca, le afirmó Catalina, sugestionada, perturbada. La joven la observó atenta a cualquier guiño o gesto que delatara la broma; pero el rostro continuó afligido. No puedo creerlo. Eso es fácil, muchacha. Necesito ahora que me creas e intentes conmigo hacer algo. Para don Tiziano no hay de qué preocuparse, al parecer lleva siempre al cinto un arma; pero tú sabes como yo, que algo está ocurriéndole desde hace días a Joaquín. Sobre esto a mí ya no me escucha, tampoco te escuchará a ti; sin embargo, no podemos tolerar, aceptar, que se mate, le dijo alzando la voz, luchando por ser escuchada a tan cerca, entre el barullo, el griterío de la fiesta a su alrededor, entre el zapateo frenético y los jalones juguetones de las parejas, envueltas las dos por la alegría ignorante, desinteresada y, a lo lejos, por la mirada atenta de Joaquín, sentado aún frente a su mesa, sin probar ningún platillo ni tomar una bebida, confundido también, percibiendo el olor de la muerte cercana.

Hay diversas formas y lugares para matarse, pero hacerlo en público debe ser vedetismo, pensó Josefina a secas, mientras se acercaba a Joaquín, suponiendo que un acto tan solitario como el suicidio, pretendido en público, con tanto signo y aviso previo, podía evitarse. Sentada a su lado, no tuvo que preguntar para escuchar de sus labios que sí, podrían evitarlo aquella noche, tal vez a la mañana siguiente, ¿pero acaso valía impedirlo cuando ya había resuelto, con la razón y el sentimiento, que su existencia debía

acabar? Mirando a Catalina, invitándola a acercarse con un gesto, Joaquín le confió que se marcharía feliz, triste y feliz como son los resultados de la vida, esperando que quizá ella aceptara su derecho al egoísmo, cuando es la única forma de ser humano de verdad alguna vez en la vida. Catalina se allegó y, sentada al otro lado, cogida de su brazo, escuchó nuevamente su perorata sobre el egoísmo, resistiéndose a aceptar que el dolor de no tenerlo era también el dolor por quedar sola.

Cuando las parejas, despreocupadas, danzaban con frenesí a lo largo del gran *Salón de los espejos*, las tres personas, las dos mujeres y el varón, permanecieron estáticas, sin contagiarse de la euforia del resto, posando los ojos sin mirar más que sombras, brumas movibles. En eso, poniéndose de pie, Joaquín extendió su brazo hacia Catalina y, llevándola consigo, bailó unos instantes para luego dejar que ella siguiera con otra pareja, perdida en una ronda donde palmeaban alegres Richard y Viviana, otra vez esposos con sólo una decisión apresurada. Así, dirigiéndose al centro de toda la barahúnda, cercado por la multitud que inventaban los espejos, envuelto por rostros cercanos y ajenos que no le decían nada capaz de eludir el mensaje gestado día a día desde hacía casi quinientos años y que ya urgía un fin, hurgó con esmero culminante en el bolsillo derecho de su chaleco como si en ese acto encontrara la resolución del trapealista ante la cuerda floja. Él no buscaba un rostro, buscaba a un hombre: Verbo y acción, y ahí estaba por fin, observado por tantos y por todos, mientras la danza aletargaba su ritmo y las parejas se detenían, complacidas y exhaustas, perladas por el sudor, exhalando un sopor que fue empañando y relegando de su utilidad a los inmensos espejos del salón. Observó en derredor a toda la gente ahora sentada, mientras él, el agasajado, de pie, en el centro y sin interés de ser tomado en cuenta, se afanó estérilmente en retomar su aseo. Nuevamente contempló los reflejos, atendiendo a las miradas imprecisas tras el vapor que ascendía a los altos del recinto, lento y brumoso. Con la mirada fija al frente y, con la de él, la de todos los invitados, se amparó en aquellos que, en su silencio, le demostraran que sí era el hom-

bre tan esperado por sus obsesiones y sus empeños. Ya sin negarse a aceptar lo que hacía tiempo intuía, lo que ya sabía, posó su mano debajo de su saco, sobre el bolsillo derecho de su chaleco sintió el arma fría, el temor gélido; convencido de que el momento de terminar ya había llegado, pues sabía como buen diablo y perseverante viejo, que las sentencias de la parca no van más allá de un cómo y por qué, ya que para morir, cada cual decide cuándo quiere hacerlo o mejor, cuándo conviene. Descubriéndolo, un imponente espejo le devolvió la imagen que necesitaba. Miró a derecha e izquierda por inútil complacencia y el mutismo de los cristales se confabularon con su certeza. Fue sacando el arma con un terror que a pesar de la resolución y el compromiso tan antiguos, no sentía hacía tanto, tal vez varios años o tal vez décadas o quién sabe si siglos, ya qué importa, en aquella predestinada tarde de sábado, en lo que hoy llaman Cajamarca.

Lo había encontrado, lo buscó tanto y lo había encontrado. Era él. ¿Quién más podría ser? Las parejas a su alrededor se alejaron de los asientos y, multiplicados sus reflejos, reinventando círculos sobre el imprevisto ruedo que habían formado, con incredulidad fijaron los ojos en el hombre a quien fueron a celebrar, al homenajeadado que alistaba el gatillo. Reflejado su rostro en cada uno de los espejos del gran salón, no pudo Joaquín Medina evitar ser seducido por su imagen repetida infinitas veces, enfrentadas así la real con la ficticia, como quien dice, el ahora y el antes, el aquí y el allá juntos, confundiendo a todos.

Detente, gritó Josefina a secas, sentada todavía, estática, recién aterrorizada, recién comprendiendo que morir significa nunca más; pero para él ya no había marcha atrás, la decisión fue tomada aquella noche que obstinada dejó de ser tarde: No pararía hasta encontrarlo y encontrarlo suponía acabar con él. Qué parodia, qué locura, encontrarse consigo mismo. Catalina escapó de la inacción, luego de danzar, de bailotear, de abstraerse creyendo que dejar de nombrar, que postergar, es aceptar o abolir, y rota en llanto se precipitó hacia Joaquín, deshaciendo el corro estupefacto. Tarde, llegó tarde. Cuando una serpiente, insaciable, devora a un pajarillo,

los otros, los que podríamos llamar parientes, amigos y conocidos, forman un círculo alrededor, desesperados pero inútiles, aceptan observar el repetitivo proceder de la naturaleza. Catalina quiso ser el pajarillo transgresor, empeñada en contener lo inevitable; pudo lograrlo antes tantas veces, si por lo menos hubiera permitido a su intuición destaparle alguna certeza durante las dos semanas que llevaban viviendo juntos; pero tarde, llegó tarde. Tan tarde como Santiago Calderón, próximo Presidente de la República, quien tras un portazo, dejando en el estacionamiento al impertinente de su sobrino Héctor por adolecer del nombre y prestigio suficientes para ahuyentar a los vigilantes de la puerta, altivo blandiendo seis papeles inútiles a fin de distraer lo impropio de su presencia, descubrió que no se podía y, sobre todo, no se debía, desbaratar una reunión de prohombres ya desecha.

Joaquín Medina necesitó un instante para dejar salir la bala del percutor. En los diez segundos de conciencia que los galenos afirman quedarnos al llegar la muerte, pudo sentir cómo la bala desgarró su piel, perforando el hueso del cráneo, haciendo añicos sus costuras: todo sería consumado, la muerte ya lo requería. La bala entró sin dificultad a su cerebro, destrozándolo sin que él ya pueda darse cuenta. Extinguida su conciencia antes de los diez segundos que prescriben los médicos, no pudo saber que su corazón siguió latiendo, no resistente, tan sólo humano; despidiéndose de quien quisiera aceptar su despedida con pulsaciones cada cual más espaciada, cada cual más imperceptible; despidiéndose de aquellos a quien la vida o lo que en él pudo valorarse como vida, le permitió conocer. Lo encontró, porque es al final donde todo se encuentra. La cabeza brutalmente destrozada nunca permitirá afirmar sobre su rostro imposible, como diría el poeta Watanabe: *qué última palabra / queda fijada para siempre en la boca abierta y muerta del macho. / Nosotros no debemos negar la posibilidad de una palabra de agradecimiento*, aunque la tranquilidad última se desbarataba en gritos. Adentro, con lágrimas y sollozos pasmados. Afuera, con enorme incertidumbre. Eso fue un balazo, le dijo Héctor por acelerar una pregunta al uniformadito que corrió asus-

tado hacia el portón que les negaba la entrada al Salón. Y fue don Joaquín, joven. ¡Cómo podía imaginarlo! De cualquier forma, se jodió todo, le respondió el sobrino antes de arrojarse contra la puerta vociferando como una orden su parentela con Santiago Calderón, gritando abran ya, carajo; seguro de que una fantasía acorralada y armada se había convertido en amenaza.